Lucky Starr 1 - Ranger Del Espacio
Isaac Asimov



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Librodot

INTRODUCCION

Este libro fue publicado por primera vez en 1952, y la descripción de la superficie de Marte y de su atmósfera estaba acorde con los conocimientos astronómicos de la época.

Sin embargo, a partir de 1952 la investigación astronómica sobre el sistema solar ha avanzado mucho, gracias a la utilización del radar y de los cohetes espaciales.

El día 28 de noviembre de 1964 la sonda espacial denominada «Mariner IV» inició su trayectoria hacia Marte. El día 15 de julio del año 1965 la sonda estuvo situada a una distancia apenas por debajo de los 12.000 Km.; recogió así datos, obtuvo fotografías y las radió hacia la Tierra.

Se ha sabido de este modo que la atmósfera marciana tiene tan sólo un décimo de la densidad que los astrónomos le adjudicaban. A esto se agregaba que las fotografías han mostrado una superficie marciana sembrada de cráteres, similar en parte a la. superficie lunar. Por otra parte, no se han advertido señales claras de la existencia de canales.

Tiempo después, otras sondas enviadas en dirección a Marte han indicado que la cantidad de agua existente en el planeta es menor de la que se había creído y que los casquetes de hielo, visibles desde la Tierra, son en rigor bióxido de carbono congelado y no agua congelada. Todo esto significa que la vida en Marte -cualquiera que sea la forma que asuma- está muy lejos de existir en la actualidad o de haber existido en época pasada, aunque los astrónomos hubieran pensado lo contrario hasta 1952.

De todas maneras, espero que los lectores disfruten de este relato, pero no querría inducirlos al error de aceptar como verdaderos algunos datos que se estimaron «exactos» hasta 1952, pero que hoy resultan ya anticuados.

ISAAC ASIMOV

Noviembre de 1970

1

LA CIRUELA DE MARTE

David Starr estaba observando el rostro del individuo, de modo que vio cómo ocurría: lo vio morir.

Mientras aguardaba con paciencia al doctor Henree, David estaba disfrutando de la atmósfera del nuevo restaurante de la ciudad, el Internacional. Esta sería su primera fiesta después de haber obtenido su título y la cualificación para integrarse como miembro del Consejo de Ciencias.

No le molestaba aguardar. El Café Supreme aún brillaba con la reciente capa de pintura cromosiliconada. En la pared, junto al extremo de la mesa de David, había un pequeño y refulgente cuerpo cúbico; contenía la diminuta réplica tridimensional de la banda cuya música se expandía por todo el ambiente. La batuta del director era un destello de movimiento de un centímetro; la tabla de la tarima, por supuesto, era de «sanito», última palabra en materia de campos de fuerza y, exceptuada la deliberada fluctuación, casi invisible.

Los calmos ojos castaños de David se deslizaron por las otras mesas, semiocultas en sus reservados; y no lo hacía por tedio, sino porque la gente le interesaba más que cualquiera de los artilugios científicos que el Café Supreme ofreciera. La televisión tridimensional y los campos de fuerza eran motivo de maravilla diez años atrás, pero ahora ya estaban aceptados por todos. La gente, en cambio, no había variado; pero aún hoy, diez mil años después de la construcción de las pirámides y cinco mil después de la primera explosión atómica, constituía un misterio insoluble, un enigma sin desvelar.

Allí estaba aquella joven de hermoso vestido, riendo con suavidad junto al hombre que se sentaba frente a ella; un hombre maduro con sus incómodas ropas de fiesta, escogiendo el menú en el teclado del camarero automático mientras su mujer y dos niños le observaban con aire atento; dos hombres de negocios hablando con animación acerca del postre...

Y ocurrió cuando la mirada de David se fijó sobre esos dos ejecutivos. Uno de ellos, con la cara congestionada, hizo un movimiento convulsivo y vaciló. El otro, con un grito, lo cogió de un brazo, en un gesto inútil de ayuda, pero el primero ya había caído de su asiento y comenzaba a deslizarse bajo la mesa.

David se había puesto de pie a la primera señal de conmoción y ahora sus largas piernas devoraron la distancia entre las mesas en tres veloces zancadas. Ya dentro del reservado, una presión de su dedo sobre el contacto electrónico junto al aparato de tridivisión hizo descender una cortina morada con dibujos fluorescentes en la boca del pequeño recinto. A nadie podía extrañar que hubiese quienes quisieran gozar de una cierta soledad.

Tan sólo entonces el compañero del hombre accidentado halló las palabras adecuadas:

-Manning está enfermo. Es una especie de ataque. ¿Es usted médico?

La voz de David fue calmada, serena. Infundía fortaleza:

-Siéntese usted y no se altere. En seguida llegará el administrador y se hará todo lo que se pueda.

Cogió al accidentado para alzarlo: parecía un muñeco de trapo, aunque era un individuo pesado. Empujó la mesa hacia un lado, tan lejos como le fue posible: mientras aferraba la tabla, sus dedos permanecían a dos centímetros del mueble, rechazados por el campo de fuerza. Tendió al hombre sobre el asiento, y tras desprender el cierre magnético de la camisa, comenzó a practicarle la respiración artificial.

David no creía que aquel hombre pudiera recuperarse; pues los síntomas le eran bien conocidos: congestión repentina, pérdida de la voz y el aliento, breves minutos de lucha por la vida y, por último, el fin.

La cortina se agitó. Con notable presteza el administrador respondía a la señal de emergencia que David había enviado antes de abandonar su mesa. El administrador era un hombre bajo, de cara roja, vestido con un traje negro y ajustado, de corte conservador. Sus facciones estaban alteradas.

-¿Alguien aquí ha...? -sufrió un estremecimiento cuando sus ojos captaron la situación,

El otro ejecutivo hablaba con prisa histérica:

-Estábamos cenando, cuando mi amigo ha sufrido este ataque. Y en cuanto a este hombre, no sé quién es.

David abandonó sus inútiles esfuerzos. Apartó de su frente un espeso mechón de cabellos castaños y preguntó:

-¿Es usted el administrador?

-Soy Oliver Gaspere, administrador del Café Supreme. -repuso el individuo regordete, lleno de azoramiento-. La llamada de emergencia de la mesa 87 suena; cuando llego, está vacía. Alguien me dice que un joven se ha precipitado hacia la 94, llego y me encuentro con esto. -El hombrecito giró-. Llamaré al doctor de la casa.

David lo detuvo:

-Un momento. No tiene sentido que lo haga. Este hombre está muerto.

-¿Qué? -gritó el otro ejecutivo-. ¡Manning!

David Starr lo empujó hacia atrás, contra la invisible tabla de la mesa.

-Tranquilícese, caballero. No puede usted ayudarlo y no es momento para alborotos.

-No, no -concordó Gaspere, de prisa-. No debemos sobresaltar a los otros comensales. Pero verá usted, señor, un médico ha de examinar a este pobre hombre y determinar la causa de su muerte. No puedo permitir irregularidades en mi restaurante.

-Lo lamento, señor Gaspere, pero prohibo que este hombre sea examinado por nadie en este momento.

-Pero ¿qué dice usted? Si este hombre ha muerto de un ataque al corazón...

-Por favor. Le ruego que coopere usted conmigo y que no prosigamos una discusión sin sentido. ¿Cuál es su nombre, señor?

El amigo del muerto contestó con tono opaco:

-Eugene Forester.

-Vaya, señor Forester, quiero saber con exactitud qué han comido usted y su amigo.

-¡Señor! -el regordete administrador echó a David una mirada en la que los ojos se le salían de las órbitas-. ¿Sugiere usted que ha sido algo en la comida la causa de esto?

-No sugiero. Pregunto.

-No tiene usted derecho a preguntar nada. ¿Quién es usted? Es un don nadie. Exijo que un médico examine a este pobre hombre.

-Señor Gaspere, está usted hablando con un miembro del Consejo de Ciencias.

David descubrió la parte interna de su muñeca levantando la manga flexible de metallite. Por un instante sólo se vio la piel y luego una marca oval se fue oscureciendo hasta tornarse negra. Dentro del óvalo, diminutos gránulos luminosos danzaron titilando: reproducían las conocidas figuras de la Osa Mayor y de Orión.

Los labios del administrador temblaron. El Consejo de Ciencias no era un cuerpo gubernamental, pero sus miembros tenían acceso a muy elevados cargos en el gobierno; Gaspere murmuró:

-Le ruego que me excuse, señor.

-No es preciso que se excuse usted. Bien, señor Forester, ¿podrá ahora responder a mi pregunta?

-Ordenamos la cena especial número tres -murmuró.

-¿Ambos?

-Así es.

-¿Ninguno de los dos hizo ningún cambio? -inquirió David. El mismo había examinado el menú en su propia mesa. El Café Supreme servía delicadezas extraterrestres, pero la cena especial número tres estaba integrada con los más comunes platos terrestres. sopa de verduras, chuletas de ternera, patatas asadas, guisantes, helado y café.

-Sí, hubo un cambio. -Forester arqueó las cejas-. Manning ordenó marciruelas en almíbar de postre.

-¿Y usted no?

-No.

-¿Y dónde están ahora esas marciruelas?

David también había comido ese postre. Eran ciruelas maduradas en los amplios huertos marcianos, jugosas y sin hueso, con un sutil sabor a canela que se unía al delicioso aroma de fruta fresca.

-Se las ha comido. ¿Qué se imagina usted? -repuso Forester.

-¿Cuánto tiempo antes del colapso?

-Alrededor de unos cinco minutos, creo. Aún no habíamos terminado el café. -El hombre empalidecía segundo a segundo-. ¿Estaban envenenadas?

David no respondió. Se encaró, en cambio, con el administrador.

-¿Qué pasa con esas marciruelas?

-Pues nada. No tienen nada malo. -Gaspere había cogido la cortina del reservado y la sacudía con fuerza, pero no se olvidaba de no alzar demasiado la voz-. Eran parte de un cargamento fresco de Marte, controlado y aprobado por el gobierno. Sólo en estas tres últimas noches hemos servido cientos de raciones. Nada semejante había ocurrido hasta ahora.

-De todos modos, será prudente que ordene usted que se eliminen de la lista de postres hasta que se les haga un nuevo análisis. Y por si no fueran las marciruelas, tráigame usted una bolsa de cualquier clase y recogeré los restos de la cena para que sean estudiados.

-En seguida, en seguida.

-Y, por supuesto, no hable de esto con nadie.

Al cabo de unos instantes el administrador regresó, enjugándose la frente con un pañuelo blanquísimo.

-No logro entenderlo. En absoluto -murmuraba.

David acomodó dentro de la bolsa los platos plásticos usados, con restos de comida aún adheridos, los trozos sobrantes de unos panecillos y puso a un lado los vasos en que se había servido el café. Gaspere dejó de estrujarse con frenesí las manos y alzó un dedo hacia la superficie de la mesa.

La mano de David se adelantó de prisa y el administrador se halló con que tenía la muñeca prisionera.

-¡Pero, señor, las migas!

-También las cogeré. -Utilizó su cortaplumas para recoger cada migaja; la afilada hoja de acero se deslizaba sin dificultades sobre la nada del campo de fuerza.

El propio David dudaba acerca de la conveniencia de utilizar campos de fuerza como tablas en las mesas. Su total transparencia no contribuía a crear tranquilidad. La vista de platos y cubertería descansando sobre nada debía llevar a los comensales a un estado de

tensión; de modo que el campo tenía que estar fuera de fase, para inducir continuas interferencias que, con sus centelleos, brindaran la ilusión óptica de cuerpo, de volumen.

En los restaurantes eran muy comunes, ya que, finalizada la comida, sólo era preciso extender el espesor del campo unos pocos milímetros para hacer desaparecer cualquier miga o gota. Cuando David hubo terminado con su tarea de recogida, permitió a Gaspere que extendiera el campo de fuerza, removiendo primero el cierre de seguridad con un dedo y luego el hombrecito pudo hacer uso de su llave especial. Inmediatamente apareció una superficie totalmente limpia.

-Vaya, un momento. -David había observado el cuadrante metálico de su reloj y se dirigió hasta la cortina, uno de cuyos bordes alzó. Entonces llamó con voz suave-: ¡Doctor Henree!

Un hombre delgado, maduro, que se hallaba sentado en la misma silla que ocupara David quince minutos antes, se enderezó mientras echaba una mirada a su alrededor, sorprendido.

-¡Aquí estoy! -le dijo David, sonriente, y apoyó el índice sobre sus labios.

El doctor Henree se puso de pie. Las ropas le sentaban holgadas y sus cabellos grises y escasos estaban cuidadosamente peinados sobre el cráneo.

-Mi querido David, ¿estabas aquí ya? He creído que te habías retrasado. ¿Ocurre algo malo?

La sonrisa de David tuvo corta duración:

-Uno más.

El doctor Henree penetró en el reservado? al ver al hombre muerto murmuró:

-¡Válgame Dios!

-Ese es un modo de encarar la situación -apuntó David.

-Creo -dijo el doctor Henree, en tanto limpiaba sus anteojos bajo el suave rayo de fuerza de su barra limpiadora y los volvía a acomodar sobre la nariz-. Creo que lo mejor sería cerrar el restaurante.

Gaspere abrió y cerró la boca, sin un solo sonido, como un pez. Por último logró decir con voz estrangulada:

-¡Cerrar el restaurante! Pero sólo hace una semana que se inauguró. Eso será la ruina. ¡La ruina total!

-Oh, pero sólo por una hora o algo más. Tendremos que sacar de aquí el cadáver e inspeccionar la cocina. Sin duda usted querrá que le libremos del estigma de la comida envenenada, si es posible, y también sin duda, sería poco conveniente para usted que todo esto se hiciera en presencia de los comensales.

-Bien. Veré que el restaurante quede vacío, pero necesito una hora para que los clientes terminen de cenar. Espero que no haya publicidad.

-Ninguna, le doy mi palabra. -El rostro anguloso del doctor Henree era una máscara de pesar-. David, ¿quieres llamar a la recepción del Consejo y pedir por Conway? Tenemos un procedimiento especial para estos casos. El sabrá qué hacer.

-¿Debo quedarme aquí? preguntó Forester de pronto-. Me siento enfermo.

-¿Quién es este hombre, David? preguntó a su vez el doctor Henree.

-El compañero de mesa del hombre muerto. Se llama Forester.

-Vaya. Pues me temo, señor Forester, que usted tendrá que pasar su enfermedad aquí mismo.

Vacío, el restaurante resultaba frío y desagradable. Detectives silenciosos iban y venían. Con total eficiencia habían inspeccionado las cocinas, átomo por átomo. Por fin, el doctor Henree y David Starr quedaron solos. Se sentaron en un reservado vacío. No había luces y los aparatos de tridivisión de cada mesa eran meros cubos muertos de cristal.

El doctor Henree sacudió la cabeza.

-No lograremos saber nada. Ya he pasado otra vez por eso. Lo lamento, David. No es ésta la celebración que habíamos planeado.

-Ya habrá tiempo para celebraciones. Usted me ha mencionado en sus cartas alguno de estos casos de envenenamiento en la comida, de modo que estoy preparado, pero ignoraba que fuera necesario este absoluto secreto. De haberlo sabido hubiese sido más discreto.

-Oh, no te apures por ello. Ya no podremos ocultar la cuestión por mucho tiempo. Poco a poco se irá filtrando algún dato. Alguien ve a una persona morir mientras está comiendo y luego oye hablar de otros casos similares. Y siempre durante la comida. Esto ya está mal y se pondrá peor. Bien, volveremos a discutir el tema mañana, cuando hables con Conway.

-¡Aguarde usted! -los ojos de David se fijaron en los de su interlocutor-. Veo que algo le preocupa más que la muerte de un hombre o aun que la muerte de mil hombres. Algo que ignoro. ¿De qué se trata?

-Me temo, David -suspiró Henree-, que la Tierra está corriendo un grave peligro. La mayoría de los miembros del Consejo no lo creen así, y el mismo Conway sólo está convencido a medias. Pero yo tengo la certeza de que este supuesto envenenamiento de la comida es un inteligente y brutal intento de apoderarse del control de la economía y del gobierno de la Tierra. Y hasta el presente, muchacho, no hay el menor indicio acerca de quién está detrás de eso, ni de cómo se lleva a cabo esta operación. ¡El Consejo de Ciencias está inerme por completo!

2

EL CESTO DE PAN EN EL CIELO

Hector Conway, consejero jefe de Ciencias, estaba de pie junto a la ventana, en la habitación más alta de la Torre de la Ciencia, la elegante estructura que dominaba el suburbio norte de Ciudad Internacional. Las calles comenzaban a titilar en la penumbra temprana. Pronto aparecerían fajas blancas a lo largo de las vias peatonales elevadas. Los edificios se iluminarían, enjoyados, cuando sus ventanas reviviesen. Casi centradas frente a su ventana estaban las lejanas cúpulas de las oficinas del Congreso, custodiando la Casa del Ejecutivo.

Conway estaba solo en su despacho y el visor automático estaba programado para admitir sólo las huellas dactilares del doctor Henree. Un sentimiento depresivo invadía al funcionario. David Starr estaba ya en su propio camino, crecido de pronto y como por arte de magia, presto para recibir su primera misión como miembro del Consejo. Era casi como estar aguardando la visita de su hijo. Y hasta cierto punto, estaba en lo cierto: David Starr era su hijo; suyo y de August Henree.

En un comienzo habían sido tres; él mismo, Gus Henree y Lawrence Starr. ¡Cuánto recordaba a Lawrence Starr! Juntos habían estudiado, juntos habían logrado su cualificación para el Consejo y realizaron las primeras investigaciones juntos; y, por entonces, Lawrence Starr fue ascendido. Era de esperar, ya que, de los tres, fue siempre el más brillante.

Starr fue destinado a una base semipermanente en Venus y por primera vez uno de los tres amigos tuvo que separarse del grupo. Starr partió con su esposa e hijo. Bárbara. ¡La hermosa Bárbara Starr! Ni Henree ni él se casaron, y para ninguno hubo nunca una mujer que compitiera con el recuerdo de Bárbara. Cuando nació David, ellos se convirtieron en tío Gus y tío Héctor y, en ocasiones, David se confundía y llamaba a su padre tío Lawrence.

Luego, durante el viaje a Venus, se produjo el ataque pirata. La matanza fue total. Las naves piratas casi nunca cogían prisioneros en el espacio y más de cien personas murieron en menos de dos horas. Entre esas personas estaban Lawrence y Bárbara.

Conway recordaba el día, el exacto minuto en que llegó la noticia a la Torre de la Ciencia. Naves de patrulla surcaron el espacio en busca de los piratas y atacaron sus guaridas en los asteroides con una furia que no conocía precedente. Nadie podía asegurar que los bandidos capturados fueran o no los responsables de la masacre del navío enviado a Venus. Pero a partir de esa fecha el poder pirata quedó quebrantado.

Y las patrullas hallaron algo más: un pequeño cohete-salvavidas describía una órbita precaria entre Venus y la Tierra, radiando mensajes automáticos de socorro. Dentro sólo había un niño. Un muchachito asustado y solitario, de cuatro años. que durante horas no hizo más que repetir con firmeza: «Mamá me ha dicho que no debo llorar.»

Era David Starr. La óptica del niño deformaba el relato, pero aun así la interpretación era muy simple. Conway podía visualizar los últimos minutos dentro del navío asaltado: Lawrence Starr, moribundo, dentro de la cabina de mando, mientras los asaltantes forzaban el acceso; Bárbara, con una pistola lanzarrayos en la mano, desesperada por meter a David dentro del salvavidas, intentando fijar los controles lo mejor posible para lanzarlo al espacio. ¿Y luego?

Tenía una pistola en la mano; mientras tuvo oportunidad, ella debió de utilizarla contra los enemigos, y cuando ya no tenía sentido seguir resistiendo, sin duda la habría vuelto contra sí misma.

El mero pensamiento de esa escena destrozaba a Conway. Sí, lo destrozaba, y una vez más deseó que le hubiesen permitido ir en alguna nave de patrulla, porque de ese modo, con sus propias manos, podría haber contribuido a que las guaridas de los asteroides se tornaran océanos llameantes de destrucción atómica. Pero los miembros del Consejo de Ciencias le dijeron, eran demasiado valiosos como para ser arriesgados en misiones de represalia; y se quedó en su casa, leyendo los informativos a medida que se deslizaban por la pantalla de telenoticias de su proyector.

Junto con August Henree, había adoptado a David Starr; ambos dedicaron su vida a borrar de su memoria el recuerdo horrible de lo ocurrido en el espacio; ambos fueron madre y padre para el niño; ambos vigilaron su educación, con un único propósito en la mente: hacer de él lo que una vez había sido Lawrence Starr.

El joven superó todas las esperanzas puestas en él. En su peso, en su metro ochenta de estatura, reproducía la corpulencia y fortaleza de Lawrence, con los nervios templados y los reflejos rápidos de un atleta; con el cerebro incisivo y claro de un científico de primera línea, Pero aparte de todo esto, había algo en su cabello castaño, apenas ondulado, en sus ojos grandes, separados y oscuros, en el mentón con la traza de un hoyuelo que se le desvanecía al sonreír, algo que hacía vivo el recuerdo de Bárbara.

David cumplió sus períodos académicos y su paso produjo un reguero de chispas y cenizas frías al pulverizar los récords precedentes, tanto en los campos de juego como en las aulas. Conway llegó a sentirse preocupado.

-No es natural, Gus. Está superando a su padre.

Y Henree, poco proclive a las palabras innecesarias, dio una chupada a su pipa y sonrió con orgullo.

-Me pone enfermo decir esto -había proseguido Conway-, porque te reirás de mí, pero aquí hay algo anormal. Recuerda que el niño quedó durante dos días casi a la deriva en el espacio, y entre él y la radiación solar no hubo en todo ese tiempo nada más que la débil defensa de un cohete salvavidas. Se hallaba a menos de ciento treinta mil kilómetros del Sol durante un período de tormentas solares.

-Todo lo que has estado diciendo -replicó Henree- significa que David tendría que haber muerto calcinado.

-Pues no lo sé -murmuró Conway-. El efecto de la radiación en tejidos vivos, en tejidos vivos humanos, tiene sus misterios.

-Oh, naturalmente. No es un campo en el que la experimentación sea fácil.

Librodot

David finalizó su carrera con los más elevados promedios. Se dedicó a investigar en el campo de la biofísica, a nivel de postgraduado. Era el hombre más joven al que jamás se hubiera admitido en el Consejo de Ciencias.

Para Conway hubo una pérdida. Cuatro años antes había sido elegido consejero jefe; era un honor por el que había entregado su vida, aun cuando no ignoraba que, de vivir Lawrence Starr, la elección habría tomado otro curso.

Así, le restaron sólo contactos ocasionales con el joven David Starr, porque ser consejero jefe implicaba que en su vida no podía existir más que el cúmulo de problemas pendientes en toda la Galaxia. Incluso durante las pruebas de graduación, había visto a David a distancia, apenas. En los últimos cuatro años había hablado con él no más de cuatro veces.

De modo que su corazón latía con fuerza cuando se abrió la puerta. Giró y marchó vivamente al encuentro de los dos hombres que avanzaban hacia él.

-Gus, amigo. -Estrechó la mano que se le tendía-. ¡David, muchacho!

Transcurrió una hora. Era noche cerrada ya cuando lograron dejar de hablar de sí mismos y volvieron su atención al universo.

David cambió el tema.

-Hoy he visto un envenenamiento por primera vez, tío Héctor. Ya sabía lo suficiente como para no caer en el pánico. Hubiese querido saber lo suficiente y poder evitarlo.

-Nadie sabe lo suficiente -repuso Conway con sobriedad-. Supongo que sería algún producto marciano, como otras veces, Gus.

-No hay medios de asegurarlo, Héctor. Pero había una marciruela.

-Seguramente me diréis todo lo que pueda saber sobre este asunto -pidió David Starr.

-Muy simple -contestó Conway-. Todo es de una simplicidad horrible. En los últimos cuatro meses unas doscientas personas han muerto después de comer algún producto de los huertos marcianos. Es un veneno desconocido, los síntomas son los de una enfermedad desconocida. Se produce una rápida y completa parálisis de los nervios que controlan el diafragma y de los músculos del tórax. Esto conduce a una parálisis pulmonar que, en cinco minutos, es fatal.

»Y aún hay más. En los pocos casos en que hemos cogido a la víctima a tiempo, intentamos practicarle la respiración artificial, como tú lo has hecho, y hasta usamos respirador; a pesar de ello, han muerto a los cinco minutos. También el corazón se ve afectado. Las autopsias no han revelado otra cosa que no sea la degeneración de los nervios, y en todos los casos ha sido increíblemente veloz.

-¿Y qué hay de la comida que los envenena?

-Nada -suspiró Conway-. Siempre ha habido tiempo para que el producto o la porción envenenados fuesen totalmente consumidos; en otras mesas o en la cocina, ese mismo alimento ha resultado inofensivo. Lo hemos suministrado a animales y hasta a voluntarios. El contenido del estómago de los muertos ha ofrecido resultados inciertos.

-¿Cómo sabes, pues, que se trata de comida envenenada?

-Porque la coincidencia de la muerte tras comer un producto marciano, repetida una y otra vez, sin excepción conocida, es más que coincidencia.

-Y no es contagioso, es obvio -dijo pensativamente David.

-No. Gracias a las estrellas. Aun así, ya tenemos un grave problema. En la medida de nuestras posibilidades hemos mantenido todo esto en secreto, con absoluta cooperación de la Policía Planetaria. Doscientas muertes en cuatro meses, sobre la población total de la Tierra, es un fenómeno comprensible, pero el promedio puede crecer. Y si la gente de la Tierra se entera de que un bocado cualquiera de comida marciana puede ser el último, las consecuencias serian espantosas. Aunque pudiéramos asegurar que el promedio de muertes es de cincuenta por mes sobre una población de cinco mil millones, cada individuo estaría convencido de ser uno de esos cincuenta.

-Sí -respondió David-, lo cual significaría que el mercado de importación de alimentos marcianos quedaría por los suelos. Y esto no sería agradable para los sindicatos marcianos de horticultores.

-¡Oh, eso! Conway se encogió de hombros, desechando el problema de los sindicatos de horticultores como cosa fuera de lugar-. ¿No se te ocurre otra cosa?

-Sólo que la agricultura de la Tierra no puede alimentar a cinco mil millones de personas.

-Así es, exactamente. No podemos pasar sin la comida de los planetas coloniales. En seis semanas habría hambre en la Tierra. Y si la gente comienza a desconfiar de la comida marciana, no habrá modo de atajar esa situación, y no sé cuánto más la podremos detener. Cada nueva muerte es una nueva crisis. ¿Será ésta la que difundan los telenoticiarios? ¿Será ahora cuando se sepa la verdad? Y, además, está la teoría de Gus, por encima de todo.

El doctor Henree estaba arrellanado en el sillón, y prensaba el tabaco dentro de su pipa.

-Tengo la seguridad, David, de que esta epidemia de comida envenenada no es un fenómeno natural. Está demasiado extendida. Un día sucede en Bengala, al día siguiente en Nueva York, un día después en Zanzíbar. Tiene que haber una voluntad inteligente detrás de esto.

-Te diré... -comenzó Conway.

-Si algún grupo pretende el control de la Tierra, ¿qué mejor estrategia que atacarnos por el lado débil, el del abastecimiento de comida? La Tierra es el más poblado de los planetas de la Galaxia. Debe serlo, ya que ha servido de cuna a la humanidad. Pero las circunstancias nos han convertido en los seres más débiles del mundo, en cierto sentido, ya que no nos autoabastecemos. Nuestro cesto de pan está en el cielo: en Marte, en Ganímedes, en Europa. Si cortas las importaciones de alguna manera, ya sea por la acción de los piratas o por el mucho más sutil sistema que están empleando ahora, muy pronto estaremos indefensos. Y eso es todo.

-Pero -intervino David- si es así, ¿no habría intentado el grupo responsable comunicarse con el gobierno, siquiera para transmitirle un ultimátum?

-Así debería ser, pero quizá estén aguardando su hora; el tiempo de la sazón. O quizá estén en tratos directos con los horticultores de Marte. Los colonos tienen sus propios pareceres, desconfían de la Tierra y, en principio, si viesen su subsistencia amenazada, podrían entrar en tratos con esos criminales. Tal vez

-se interrumpió, agotado- ellos mismos son... Pero no quiero hacer juicios temerarios.

-En cuanto a mí -dijo David-, ¿qué queréis que haga?

-Déjame que te lo diga -pidió Conway-. David, queremos que inspecciones los Laboratorios Centrales en la Luna. Formarás parte del equipo de investigación que analizará el problema. En este momento están recibiendo muestras de cada envío de comida proveniente de Marte. Estamos empeñados en dar con algún producto envenenado. La mitad de la muestra se administra a ratas; el resto de las porciones de cualquier alimento fatal es analizado por todos los medios de que disponemos.

-Comprendo. Y si tío Gus está en lo cierto, supongo que tendrás otro equipo en Marte.

-Todos hombres de mucha experiencia. Pero, entretanto, ¿estarás preparado para partir hacia la Luna mañana por la noche?

-Por supuesto; iré a iniciar mis preparativos.

-Hazlo ahora mismo.

-¿Habrá alguna objeción en que utilice mi propia nave?

-No. Ninguna.

Solos en el despacho, los dos científicos observaron por largo rato las luces fantásticas de la ciudad antes de hablar.

Por último, Conway comentó:

-¡Cuánto se parece a Lawrence! Pero es muy joven aún y esto será peligroso.

-¿De verdad crees que el plan funcionará? -preguntó Henree.

-¡Sin duda! -Conway lanzó una carcajada-. Ya has oído su pregunta final acerca de Marte. No tiene la más mínima intención de ir a la Luna. Le conozco bien. Y éste es el mejor método para protegerlo. Los informes oficiales indicarán que parte hacia la Luna; los hombres de Laboratorio Central están advertidos y anunciarán su llegada. Cuando llegue a Marte, tus conspiradores, si es que existen, no tendrán motivo para tomarlo por miembro del Consejo; él mantendrá el incógnito porque creerá que nos está engañando. -Luego de una pausa, Conway añadió-: es un chico brillante. Será capaz de hacer lo que nosotros no podemos. Por fortuna aún es joven y es posible manejarlo. Dentro de unos años ya resultará ingobernable; nos captará con una mirada.

El comunicador de Conway repiqueteó con suavidad. Tras accionarlo, preguntó:

-Sí, ¿qué ocurre?

-Una comunicación personal para usted, señor.

-¿Para mí? Pásemela. -Al hablar con Henree su tono sonó rudo-: No puedo creer que sean los conspiradores de que has hablado tú.

-Abre y mira -sugirió Henree.

Conway cogió el sobre y lo abrió. Por un instante se mantuvo rígido, luego se echó a reír y tendió el sobre hacia Henree, para desplomarse entre carcajadas sobre su sillón.

Henree, al mirar el papel, vio sólo dos líneas mal garabateadas: « ¡Que sea a vuestro modo! Saldré para Marte. David.»

Las carcajadas de Henree eran incontenibles.

-¡Lo has instruido muy bien!

Y Conway no pudo por menos que dejarse llevar también por la risa.

3

HOMBRES DE LOS HUERTOS DE MARTE

Para un terrestre nativo, Tierra significa Tierra. Era, en un tiempo, tan sólo el tercer planeta a partir de esa estrella conocida por los habitantes de la Galaxia con el nombre de Sol. En la geografía oficial, sin embargo, la Tierra era mucho más: comprendía todos los cuerpos del sistema solar. Marte era más Tierra que la misma Tierra y los hombres y mujeres que vivían en Marte eran mucho más terrestres que si hubieran vivido en el planeta-madre. Legalmente, por supuesto. Votaban en elecciones de representantes para los Congresos Interplanetarios y de presidente planetario.

Pero hasta allí llegaba la situación. Los terrestres de Marte se consideraban a sí mismos muy diferentes y mucho mejor alimentados, y todo inmigrante debía recorrer un largo sendero antes de ser aceptado por un horticultor marciano como algo distinto de un turista eventual y de poca importancia.

David Starr lo comprobó casi al instante de entrar en el edificio de Oficinas de Empleos en Horticultura. Un hombrecito diminuto no se despegó de sus talones mientras él caminaba por los pasillos. Un hombrecito verdaderamente diminuto; no superaba el metro cincuenta, y de estar parados frente a frente, su nariz rozaría el pecho de David. Su cabello, rojizo pálido, estaba peinado hacia atrás, tenía una boca enorme, y llevaba el típico mono de cuello abierto y doble peto y unas botas altas, de color brillante, clásicas entre los horticultores marcianos.

Tan pronto como David se encaminó hacia la ventanilla que anunciaba «Empleo en huertos», los pasos, a sus espaldas, se hicieron precipitados y una voz de tenor le advirtió:

-Aguarda, chico. Sin prisa.

-¿Hay algo que pueda hacer por usted?

El hombrecito estaba frente a él y lo inspeccionaba con especial atención, palmo a palmo. Luego, con negligencia, aplicó un codazo a la cintura del terrestre, mientras preguntaba:

-¿Cuándo has descendido del viejo pedrusco?

-¿Qué dice?

-Muy voluminoso para ser un terrestrito, ¿Es que no cabías allí?

-Vengo de la Tierra, si.

El hombrecito hizo que sus manos, una tras otras, golpearan la parte superior de sus botas, con un sonido seco; era el gesto de auto-afirmación del horticultor marciano.

-En ese caso -dijo- vamos a ver cómo esperas y permites que un nativo se ocupe de sus propios asuntos.

-Como le parezca -respondió David.

-Y si tienes alguna objeción, la puedes aclarar conmigo cuando yo haya terminado con mis cosas, o en cualquier otro momento que te acomode. Mi nombre es Bigman(1). Soy John Bigman Jones, pero puedes preguntar simplemente por Bigman a cualquiera de la ciudad. -Hizo una pausa y luego añadió-: Ese, terrestrito, es mi apodo. ¿Algo que objetar?

-Nada, en absoluto -repuso David con tono serio.

-¡Estupendo! -dijo Bigman, y se dirigió hacia la ventanilla. David, tan pronto como el otro le dio la espalda, no pudo reprimir una sonrisa y se sentó para aguardar.

Hacía menos de doce horas que había llegado a Marte, sólo el tiempo para registrar su nave bajo un nombre falso en los hangares subterráneos de las afueras de la ciudad, para buscar alojamiento por una noche en un hotel y caminar durante un par de horas por las calles de la ciudad encerrada en una cúpula.

En Marte había tres ciudades como ésa, y tan escaso número era lógico, teniendo en cuenta el coste del mantenimiento de las enormes cúpulas y los torrentes de energía imprescindibles para alcanzar allí la temperatura y gravedad de la Tierra. Esta ciudad, Wingrad, así bautizada en honor a Robert Clark Wingrad, el primer hombre que había arribado a Marte, era la mayor.

No era muy distinta de las ciudades de la Tierra; casi era un recorte de la Tierra arrancado de allá y transplantado a un planeta distinto. Parecía como si los hombres de Marte, a sesenta y cinco millones de kilómetros del más cercano de sus congéneres, necesitaran ocultarse a sí mismos ese hecho, de cualquier modo. En el centro de la ciudad, donde la cúpula elipsoidal tenía casi quinientos metros de altura, se alzaban hasta veinte edificios históricos.

Sólo una cosa faltaba. No se veían ni el Sol ni el cielo azul. La misma cúpula era translúcida, y cuando el sol incidía sobre ella, la luz se difundía, uniforme, por toda la superficie de casi cinco kilómetros cuadrados. Bajo la cúpula, la intensidad de la luz era tan pobre que el «cielo», para cualquier habitante de la ciudad, resultaba amarillo, de un amarillo pálido. Sin embargo, el resultado final equivalía al de un día nublado en la Tierra.

Cuando caía la noche, la cúpula se confundía en una negrura sin estrellas. Pero entonces se encendían las luces de las calles y la ciudad de Wingrad se asemejaba, más que nunca, a una ciudad terrestre. Dentro de los edificios la luz artificial se utilizaba noche y día.

David Starr prestó atención a un repentino estallido de voces.

Bigman estaba dentro de un despacho, vociferando.

-Te digo que éste es un caso de lista negra. Vosotros me habéis metido en una lista negra, por Júpiter.

Al otro lado del escritorio, su interlocutor aparecía confuso; sus dedos no dejaban de juguetear con las pobladas patillas que le encuadraban el rostro.

-No tenemos lista negra, señor Jones...

-Mi nombre es Bigman. ¿Qué tiene de malo? ¿Temes mostrarte amistoso? Los primeros días me has llamado Bigman.

-No tenemos lista negra, Bigman. Ocurre que no hay demanda de horticultores.

-¿De qué me hablas? Tim Jenkins se ha colocado anteayer, en dos minutos.

-Jenkins tiene experiencia en cohetería.

-Yo puedo manejar un cohete tan bien como Tim y ahora mismo,

-Vaya, pero usted consta aquí como sembrador.

-Y de los buenos. ¿Nadie necesita sembradores?

-Vea usted, Bigman -dijo el hombre tras el escritorio-, tengo su nombre en la lista. Es todo lo que puedo hacer. Se lo haré saber en cuanto haya una solicitud. -El individuo se enfrascó en el libro de entradas con elaborada indiferencia.

Bigman giró y, luego, por encima del hombro, le dijo:

-Está bien, pero me sentaré aquí mismo y la próxima solicitud será para mí. Si no me quiere, me lo tendrán que decir a mí. A mí, ¿comprendes? A mí mismo, J. Bigman J.

Al otro lado del escritorio, el hombre siguió silencioso. Bigman cogió una silla refunfuñando. David Starr se puso de pie y se acercó a la ventanilla. No había quien le disputara el turno, de modo que dijo:

-Necesito trabajo.

El hombre cogió una ficha de empleo, en blanco, y un tipeador manual.

-¿De qué clase?

-Cualquier trabajo de horticultura.

-¿Es usted marciano? -el hombre había desechado el tipeador.

-No, terrestre, señor.

-Lo lamento. No hay nada.

-Pues verá usted -dijo David-, puedo trabajar y necesito hacerlo. ¡Gran Galaxia! ¿Hay alguna ley que prohiba trabajar a los terrestres?

-No. Pero sin experiencia no habrá mucho trabajo para usted en un huerto.

-De todos modos necesito trabajo.

-Hay muchos empleos en la ciudad. Por la ventanilla siguiente.

-No puedo tomar una tarea en la ciudad.

El hombre del escritorio echó una mirada inquisitiva al postulante y David pudo interpretarla sin esfuerzo. Los hombres viajaban a Marte por múltiples causas, y una de ellas era que la Tierra se había tornado muy poco c& moda. Cuando llegaba una orden, la búsqueda en las ciudades de Marte era total (después de todo eran partes integrantes de la Tierra), pero nadie hallaba a un fugitivo refugiado en los huertos de Marte. Para los sindicatos de horticultores el mejor asalariado era el que no se atrevía a ir a otro lugar. A ese tipo de individuo lo protegían y jamás lo entregaban a las autoridades terrestres, contra las que experimentaban resentimiento y sordo desprecio.

-¿Nombre? -preguntó el empleado, con los ojos sobre la ficha.

-Dick Williams -respondió David; era el nombre bajo el cual había registrado su nave espacial.

El empleado no requirió ninguna identificación.

-¿Dónde puedo hallarlo?

-En el hotel Landis, habitación 212.

-¿Experiencia en trabajos en baja gravedad?

El interrogatorio prosiguió; la mayoría de las fichas quedaron semivacías. El empleado suspiró, las introdujo en una ranura, obtuvo un microfilm y lo archivó.

-Ya me comunicaré con usted -dijo, pero su tono no era alentador.

David se volvió. No había esperado mucho de esta gestión, pero al menos ya quedaba fichado como un postulante de trabajo en un huerto. El próximo paso...

En ese instante tres hombres hacían su entrada en la oficina de empleos, y el tipo diminuto, Bigman, brincó colérico de su silla. Ahora se enfrentaba con ellos, los brazos abiertos a la altura de sus muslos, aunque no llevaba armas a la vista.

Los tres individuos se detuvieron; luego, uno de los dos que estaban más atrás, riendo, dijo:

-Parece que aquí tenemos a Bigman, el chiquitín forzudo. Puede que esté buscando trabajo, patrón. -El que hablaba era un hombre de fuertes espaldas y nariz aplastada. Sostenía entre los dientes un cigarro casi deshecho, de tabaco verde marciano, y su barba necesitaba un buen rasurado.

-Cállate, Griswold -dijo el hombre que venía al frente; era regordete, de estatura mediana y la piel de sus mejillas y de la parte posterior del cuello se veía lampiña. Llevaba un típico mono marciano, por supuesto, pero de un material mucho más caro que el de los monos de sus compañeros, y sus botas altas estaban adornadas con listas en espiral de dos tonos rosa. En ninguno de sus viajes posteriores por Marte, David llegó a ver otro par de botas de igual diseño y tampoco vio botas que no fueran de ostentoso mal gusto. Era el símbolo de individualidad entre los horticultores.

Con el diminuto pecho agitado y la cara deforme de ira, Bigman se acercó a los tres y espetó:

-Quiero que me devuelva mis papeles, Hennes. Tengo derecho a ellos.

Hennes, el regordete que iba al frente, le repuso con calma:

-Tú no te mereces ningún papel, Bigman.

-No conseguiré otro empleo sin los papeles en orden. He trabajado para usted durante dos años; he cumplido el trato.

-Has hecho mucho más que cumplir con tu parte del trato. Apártate de mi camino. -Eludió a Bigman y se acercó a la ventanilla diciendo-: Necesito un sembrador con experiencia, uno muy bueno. Quiero que sea alto, para remplazar a uno bajito del que tuve que desembarazarme.

-¡Por el mismísimo Espacio! -gritó Bigman, acusando el golpe-. Está usted en lo cierto, he hecho mucho más que mi parte; estaba trabajando cuando se suponía que no, eso es lo que ha ocurrido; estaba trabajando y lo he visto conduciendo un tractor de arena hacia el desierto, sobre la medianoche. Sólo que a la mañana siguiente usted me había echado por contar lo que vi, y sin los papeles en regla...

Hennes lo miró por sobre el hombro, cansado.

-Griswold -dijo-, échalo de aquí.

Bigman no claudicó, aunque Griswold podía partirlo en dos, sino que pidió:

-Está bien. Uno a uno.

Pero David Starr se había interpuesto, caminando con deliberada lentitud.

-Te has cruzado en mi camino, amigo -le dijo Griswold-, y estoy a punto de sacar una basura.

-Está bien, terrestrito -gritaba Bigman, a espaldas de David-, déjamelo a mí.

David lo ignoró, mientras se dirigía a Griswold:

-Este es un lugar público, amigo. Todos tenemos derecho a estar aquí.

-Sin discutir, amigo -repuso Griswold, y puso una mano sobre el hombro de David, con la intención de hacerlo a un lado.

Pero la mano izquierda de David cogió la muñeca de Griswold en tanto que su derecha aferraba el hombro del atacante. Griswold cayó, girando, contra el tabique plástico que dividía la habitación en dos.

-Me caen bien las discusiones, amigo -explicó David.

Con un grito, el empleado de la oficina de empleos se había puesto de pie. Otros empleados se asomaron a las ventanillas del tabique divisorio, pero nadie se atrevió a intervenir. Bigman reía y palmeaba la espalda de David.

-Bastante bien, para ser un tipo de la Tierra.

Por un segundo, Hennes quedó paralizado. El otro horticultor, bajo y barbado, con el rostro indefinido de quien ha vivido mucho tiempo bajo el pobre sol de Marte y no lo

suficiente bajo las lámparas solares de la ciudad, tenía la boca abierta en una mueca ridícula.

Lentamente, Griswold recuperaba el resuello; sacudió la cabeza y aplastó el cigarro que se le había caído de entre los dientes. Miró hacia arriba y los ojos se le inyectaron de furia; se apartó de la pared y en su mano hubo un veloz destello de acero.

Pero David se hizo a un lado y movió apenas el brazo; el pequeño cilindro curvo que habitualmente descansaba bajo su axila se deslizó por dentro de la manga para caer en la palma de la mano del joven.

-Ten cuidado, Griswold gritó Hennes-. Tiene un desintegrador.

-Tira tu cuchillo -ordenó David.

Griswold maldijo con furia, pero el metal resonó en el piso. Bigman se adelantó y cogió el arma, riendo entre dientes frente a la derrota de su enemigo.

David recibió el cuchillo y le echó una mirada.

-Bella, inocente criatura para que la lleve un horticultor -dijo-. ¿Qué dice la ley de Marte acerca de llevar cuchillos con campo de fuerza?

Cualquiera sabía que era el arma más infame de toda la Galaxia. Por fuera parecía un simple cuchillo corto, con hoja de acero inoxidable, apenas más gruesa que la hoja de un cuchillo común, pero que bien podía quedar oculta en la palma. Pero por dentro había un diminuto generador capaz de extender una invisible hoja de más de veinte centímetros; un campo de fuerza que podría atravesar cualquier cosa compuesta de materias normales. No existía escudo que se le resistiese y, ya que podía sajar tanto músculos como huesos, su contacto resultaba fatal en la mayoría de los casos.

Hennes se interpuso.

-¿Dónde está tu licencia para llevar un desintegrador, terrestrito? Guárdatelo y daremos por terminado el asunto. Vamos, Griswold.

-Un momento -dijo David, y Hennes se volvió-. Usted busca un hombre, ¿verdad?

Hennes se acercó, con las cejas alzadas en un gesto de divertido asombro.

-Busco un hombre. Sí.

-Estupendo. Yo busco trabajo.

-Busco un sembrador con experiencia. ¿La tienes tú?

-Vaya, no.

-¿Has cosechado alguna vez? ¿Puedes conducir un arenauto? Si he de juzgar por tu aspecto -y se hizo un paso atrás para tener mejor perspectiva-, no eres más que un terrestre que, da la casualidad de que es hábil con el desintegrador. No me sirves de nada.

-¿Ni aun -y la voz de David se convirtió en murmullo- si le digo que me intereso en envenenamiento de comida?

El rostro de Hennes permaneció inalterable; ni siquiera parpadeó.

-No sé de qué hablas -repuso, por fin.

-Piénselo usted bien -sugirió el joven, con una sonrisa tenue, mezclada con una pizca de humor.

-El trabajo en los huertos de Marte no es fácil -dijo Hennes.

-Yo no soy un tipo fácil -fue la respuesta de David.

Otra vez una mirada de valuación por parte de Hennes.

-Tal vez no lo seas. De acuerdo, te alojaremos y te alimentaremos; en principio tres equipos de ropa y un par de botas. Cincuenta dólares el primer año, pagaderos al fin d~ término; si no trabajas todo el año, los cincuenta serán confiscados.

-Es justo. ¿Qué tipo de trabajo?

-El único tipo que puedes hacer. Ayudante de cocina. Si aprendes, ascenderás; de lo contrario, allí será donde estarás todo el año.

-Acepto. ¿Qué hay de Bigman?

¡No señor! graznó Bigman que había estado mirando a uno y otro durante la conversación-. Yo no trabajo para este gusano de arena, y tampoco te lo recomiendo a ti.

-¿Qué tal te sentaría una temporada corta -le contestó David por sobre el hombro- a cambio de los papeles y la referencia?

-Vaya -dijo Bigman-, pudiera ser un mes.

-¿Es amigo tuyo? -preguntó Hennes,

David asintió.

-No iré sin él.

-Lo llevaremos, pues. Un mes y tendrá la boca cerrada. Nada de paga, sólo los papeles. En marcha ahora mismo. Mi arenauto está afuera.

Los cinco se pusieron en marcha; David y Bigman cerraban el grupo.

-Te debo un favor, amigo -dijo Bigman-. Te lo podrás cobrar cuando te apetezca.

El arenauto estaba abierto, pero David observó las ranuras por las que se movían paneles especiales: servían para cerrar la cabina herméticamente en caso de que se levantara una de las tormentas de polvo de Marte. El rodado era ancho a fin de evitar el hundimiento en las dunas de arena movediza. La superficie de cristal estaba reducida al mínimo, y donde la había, se unía con el metal como si ambos materiales hubiesen sido fundidos al mismo tiempo.

Las calles estaban concurridas, pero nadie prestó atención al muy habitual paso de un arenauto con horticultores dentro.

-Nosotros iremos delante -ordenó Hennes-. Tú y tu amigo podéis acomodaros atrás, terrestre.

Mientras hablaba, se situó en el asiento del conductor. Los controles estaban en el centro del tablero frontal, por debajo del parabrisas. Griswold se sentó a la derecha de Hennes.

Bigman se acomodó en el asiento trasero y David le imitó. Alguien estaba a sus espaldas. David se volvió a medias en el preciso instante en que Bigman le advertía:

-¡Cuidado!

Era el segundo de los secuaces de Hennes, doblado ahora junto a la puerta del auto, la cara barbuda e inexpresiva resollante y tensa en ese momento. David se movió de prisa, pero ya era tarde.

Su última visión fue la del extremo centelleante de un arma en la mano del hombre y luego tuvo conciencia de un sonido suave, un zumbido. Apenas lo percibía y luego una voz muy, muy lejana dijo:

-Bien, Zukis. Siéntate a su lado y no dejes de vigilarlo.

Las palabras le sonaron como llegadas desde el extremo de un largo túnel. Percibió una última sensación de estar moviéndose hacia adelante y luego lo envolvió la nada total.

David Starr se desplomó hacia atrás en su asiento y el último rastro de vida se desvaneció de su cuerpo.

(1) En inglés, «Gran hombre u hombrón». Calificativo irónico aplicado a este personaje, debido a su pequeña estatura o talla.

4

VIDA DISTINTA

Sucias manchas de luz envolvían a David Starr. Lentamente tomaba conciencia de un terrible zumbido y una presión fuerte en su espalda. La presión en la espalda provenía de su posición: de espaldas sobre una superficie dura. Al zumbido lo identificaba como el de una pistola paralizante, un arma cuya radiación obraba sobre los centros nerviosos en la base del cerebro.

Antes de que la luz se tornara coherente, antes que tuviese conciencia total del entorno, sintió que lo sacudían por los hombros, oyó, lejanos, los golpes de enérgicas bofetadas en sus mejillas. La luz invadió sus ojos abiertos y alzó un brazo que apenas le respondía para evitar la siguiente bofetada.

Bigman estaba inclinado sobre él; la diminuta cara de conejo con su nariz redonda casi lo tocaban, y al verlo abrir los ojos exclamó:

-¡Por Ganímedes! Creí que te habían liquidado.

David se apoyó sobre un codo dolorido. Luego respondió:

-Casi parece que lo han hecho. ¿Dónde estamos?

-En los calabozos del huerto. No es posible salir: la puerta está bien cerrada, las ventanas tienen rejas.

-El aspecto del sembrador era de total depresión.

David se tanteó debajo de los brazos. Le habían quitado sus desintegradores. ¡Naturalmente! Era lo menos que podía haber esperado. Preguntó:

-¿Te paralizaron a ti también, Bigman?

Este negó con un movimiento de cabeza.

-Zukis me puso fuera de combate con un golpe de culata. -Se palpó una zona del cráneo con gran disgusto. Luego se embraveció-: Pero casi le he quebrado un brazo.

Tras la puerta resonaron pasos. David se sentó, a la expectativa. Entró Hennes, acompañado por un hombre de más edad, de cara larga y fatigada en la que los ojos azules estaban casi cubiertos por cejas espesas y grises que nacían de una arruga permanente. Llevaba ropas de ciudad, muy similares a las de la Tierra, y no tenía las típicas botas altas marcianas.

-Vete a la cocina -ordenó Hennes a Bigman-- y tan pronto como estornudes sin permiso te partiremos en dos.

Bigman puso mala cara, saludó a David con un «ya nos veremos, terrestre» y salió entre un sonoro taconeo de sus botas.

Hennes lo observó mientras salía y cerró la puerta detrás de él. Entonces se volvió hacia el hombre de cejas grises.

-Este es, señor Makian. Dice llamarse Williams.

-Has jugado fuerte al paralizarlo, Hennes. Si lo hubieses matado, un material valioso podría haberse ido en el polvo del canal.

Hennes se encogió de hombros:

-Estaba armado. No podíamos correr riesgos. Y, de todos modos, aquí lo tenemos, señor.

«Discuten sobre mi -pensó David-, como si no estuviese aquí o formara parte de esta cama.»

Makian se volvió hacia él, con la mirada endurecida.

-Eh, tú, yo soy el dueño de estos huertos. En doscientos kilómetros a la redonda todo es de Makian. Yo digo quién estará en libertad y quién en la cárcel; quién trabaja y quién se muere de hambre; y hasta quien vivirá y quién morirá. ¿Me comprendes?

-Sí -respondió David.

-Entonces respóndeme con franqueza y nada tendrás que temer. Si intentaras ocultar algo te lo sonsacaríamos de uno u otro modo. Hasta podríamos matarte. ¿Sigues comprendiéndome?

-Perfectamente.

-¿Tu nombre es Williams?

-Es el único nombre que daré en Marte.

-Es razonable. ¿Qué sabes sobre envenenamiento de comida?

David bajó los pies de la cama, y comenzó a hablar:

-Pues mi hermana murió luego de comer un bocadillo de pan y jamón, una tarde. Tenía doce años y allí estaba, muerta, con los restos de jamón todavía en la boca. Llamamos al médico; dijo que era envenenamiento y que no comiésemos nada de lo que había en la casa hasta tanto él regresara con un equipo de análisis. Nunca más lo vimos.

»Pero, en cambio; apareció otro individuo. Parecía tener mucha autoridad. Llevaba una escolta de hombres con ropas comunes. Nos describió cómo había ocurrido todo. Luego nos dijo: "Ha sido un ataque al corazón". Le dijimos que era una ridiculez, porque mi hermana no tenía nada en el corazón, pero no hizo caso de lo que le decíamos. Nos advirtió que si íbamos por allí contando historias ridículas sobre comida envenenada nos veríamos en algún problema. Luego se llevó el jamón consigo. Y hasta se puso furioso con nosotros porque habíamos limpiado el jamón de los labios de mi hermana.

»Intenté comunicarme con el doctor, pero su enfermera siempre me decía que no estaba. Irrumpí por la fuerza en su despacho y lo hallé dentro, pero todo lo que me dijo fue que

había hecho un diagnóstico equivocado. Parecía temeroso y no quería hablar del asunto. Fui a la policía, pero nadie quiso oírme.

»El jamón que aquel hombre se había llevado consigo era la única cosa en la casa que mi hermana había comido ese día y el resto de la familia no; era una pieza apenas abierta e importada de Marte. Nosotros somos gente a la antigua y nos gusta la comida tradicional. Ese era el único producto marciano en toda la casa. Traté de enterarme por los periódicos si había habido algún otro caso de envenenamiento por comida. Todo este asunto me parecía sospechoso. Incluso viajé a Ciudad Internacional. Dejé mi empleo y decidí que de una u otra forma tendría que descubrir qué era lo que había matado a mi hermana y hallaría a quienquiera que fuese responsable. Por allí ocurrió que le di a un tipo y apareció la policía con una orden de arresto.

»Pues bien, como me lo estaba esperando, escapé por poco. He venido a Marte por dos razones: primero, porque era el único modo de librarme de la cárcel -aunque ahora no parezca así, ¿no?-, y segundo porque he descubierto algo. Ha habido tres o cuatro muertes sospechosas en los restaurantes de Ciudad Internacional y en todos los casos se trataba de restaurantes que elaboran comidas con productos marcianos. Así que he comprendido que la respuesta estaba en Marte.

Makian se recorría el contorno del mentón con un grueso pulgar.

-Los hilos concuerdan, Hennes -comentó-. ¿Tú qué opinas?

-Digo que necesitamos los nombres y las fechas, que hay que comprobar toda la historia. No sabemos quién es este tipo.

-Bien sabes que no podemos hacerlo, Hennes -la voz de Makian sonaba a lamento-. No quiero que se haga nada que saque a luz todo este embrollo. Destruiría a todo el Sindicato. -Se volvió hacia David-. Mandaré a Benson para que hable contigo; es nuestro agrónomo. -Luego se dirigió a Hennes-. Quédate aquí hasta que llegue Benson.

Media hora más tarde llegó Benson. En el intervalo, David se había recostado con toda tranquilidad sobre su colchón, sin hacer caso de Hennes, quien, por su parte, adoptó igual actitud.

Luego se abrió la puerta y una voz dijo:

-Soy Benson.

Era una voz cortés, dubitante, que pertenecía a un individuo de rostro redondo, de unos cuarenta años, cabellos rubios cenicientos y gafas sin montura. Su boca pequeña se distendía en una sonrisa.

Benson siguió adelante:

-Y supongo que tú eres Williams.

-Así es -le respondió David Starr.

Benson observaba con interés al joven terrestre, como si le estuviese practicando un examen visual. Luego volvió a preguntar:

-¿Estás preparado para la violencia?

-Estoy desarmado -explicó David- y rodeado por un huerto lleno de hombres dispuestos a matarme si me salgo un punto de la línea.

-Sí, así es. ¿Puedes dejarnos solos, Hennes?

Hennes se puso en pie, a toda prisa, para protestar:

-¡No hay seguridad, Benson!

-Te lo ruego, Hennes. -Los ojos apacibles de Benson estaban fijos en él, por encima de sus anteojos.

Hennes gruñó mientras golpeaba con una mano la caña de su bota, con evidente enfado, y se encaminó hacia la puerta. Tras él, Benson la cerró nuevamente.

-Mira, Williams, en los últimos seis meses he pasado a ser un hombre importante aquí. Incluso Hennes me escucha. Todavía no me he habituado a esto. -Sonrió una vez más-. Oye, el señor Makian me dice que tú has presenciado una muerte por ese extraño envenenamiento por comida.

-La de mi hermana.

-¡Oh! -Benson se sonrojó-. Lo siento terriblemente. Comprendo que será un tema muy penoso para ti, pero ¿podrías darme detalles? Es de gran importancia.

David repitió el relato que antes había hecho a Makian. Benson preguntó:

-¿Y ocurrió así, de pronto?

-No habrían pasado más de cinco o diez minutos después de que comenzó a comer.

-Espantoso. Espantoso. No tienes idea de lo duro que es todo esto. -Benson restregaba sus manos, nervioso-. De todos modos, Williams, quisiera completar esta historia para ti. La mayor parte la has adivinado ya y, hasta cierto punto, me siento responsable ante ti por lo que le ha ocurrido a tu hermana. Todos en Marte somos responsables hasta tanto se aclare el misterio. Esto tiene ya meses de duración, ha habido varios envenenamientos. No muchos, pero los suficientes como para que ya no sepamos qué hacer.

»Hemos investigado la procedencia de los cargamentos envenenados y estamos seguros de que no salen de ningún huerto. Pero algo hemos sacado en limpio: toda la comida envenenada se embarca desde Wingrad; las otras dos ciudades de Marte están limpias, por ahora. Esto indicaría que el foco está dentro de la ciudad y Hennes ha investigado a partir de ese dato. Ha ido a la ciudad, por las noches, para intentar detectarlo, pero todo ha sido inútil.

-Vaya, Eso explica las palabras de Bigman -dijo David.

-¿Quién? -el rostro de Benson tuvo una expresión inquisitiva que luego se diluyó en una sonrisa-. Oh, te refieres al hombrecito que anda por ahí gritando siempre. Sí, vio a Hennes una noche, cuando salía. y Hennes lo echó. Es que es un hombre muy impulsivo, pero de todos modos creo que Hennes se equivoca. Naturalmente todo el veneno tendría que atravesar Wingrad, que es el punto de embarque de todo el hemisferio.

»El mismo señor Makian cree que la contaminación se efectúa en forma deliberada y a través de agentes humanos. Por último, él y algún otro integrante del Sindicato han recibido mensajes ofreciéndoles comprar sus huertos por cifras ridículamente bajas. No se habla del envenenamiento y no existe ninguna conexión evidente entre las ofertas de compra y este espantoso asunto.

David había escuchado con total atención. Luego preguntó:

-¿Y quién hace las ofertas de compra?

-Vaya, ¿cómo saberlo? He visto las cartas y sólo dicen que si el Sindicato acepta las ofertas, debe comunicarse mediante mensaje cifrado por una emisora subetérica particular, en determinada longitud de onda. Los mensajes dicen que el precio ofrecido irá decreciendo un diez por ciento cada mes.

-¿Y no se puede averiguar la procedencia de las cartas?

-Me temo que no. Llegan entre la correspondencia ordinaria, con el sello de «Asteroide». ¿Cómo buscar en los asteroides?

-¿Han informado a la Policía Planetaria?

Benson rió con suavidad.

-¿Crees que el señor Makian o cualquiera del Sindicato llamarían a la policía por algo como esto? Es una declaración de guerra personal contra ellos. No has captado aún la mentalidad marciana, Williams. Aquí no buscas el amparo de la ley cuando tienes algún problema, a menos que quieras reconocer que existen cosas que no logras manejar por ti mismo. Y no hay horticultor que esté dispuesto a ello. Por mi parte, he sugerido que se envíe la información al Consejo de Ciencias, pero el señor Makian no quiere oír hablar del asunto. Dice que el Consejo ha estado trabajando sin resultados en esto del envenenamiento y que si son la maldita clase de tipos que son, se las apañará sin ellos. Y aquí es donde entro yo.

-¿Usted ha investigado el envenenamiento?

-Sí. Soy el agrónomo de los huertos...

-Es lo que el señor Makian me ha dicho.

-Ajá. Para decirlo claro, un agrónomo es la persona que se especializa en agricultura científica. He estudiado los principios de mantenimiento de la fertilidad, rotación de suelos y toda esta clase de temas. Mi especialidad la constituyen los problemas marcianos. No somos muchos los que estamos en esas condiciones. Así es que puedes alcanzar una buena posición, aunque los horticultores pierdan a veces la calma y te consideren un idiota de academia, sin experiencia práctica. En fin, también he seguido cursos adicionales de botánica y bacteriología; de modo que el señor Makian me ha

puesto al frente de todo el programa de investigación sobre envenenamiento en Marte. Los demás miembros del Sindicato prestan su cooperación.

¿Y qué es lo que ha podido averiguar usted, señor Benson?

-En realidad, tan poco como el Consejo de Ciencias, lo cual no es sorprendente si se considera que dispongo de mucho menos equipo auxiliar que ellos. Pero he desarrollado algunas teorías. El envenenamiento es tan veloz que no debe ser atribuible a otra cosa que no sea una toxina bacteriana. Al menos, si tomamos cuenta de la degeneración de los nervios, producida en todos los casos, y demás síntomas. Sospecho que se trata de una bacteria marciana.

-¿Qué?

-Sabrás que existe una vida marciana. Cuando arribaron los primeros terrestres, Marte estaba cubierto de formas simples de vida. Crecían algas gigantes cuyo color azul verdoso era visible al telescopio incluso antes de que se efectuaran los viajes espaciales. Había formas bacterianas que vivían en las algas y hasta diminutas criaturas similares a insectos, de movimiento libre, aunque elaboraban sus propias sustancias alimenticias, como las plantas.

-¿Y aún existen?

-Vaya, sí, por supuesto. Hemos limpiado el suelo por completo de ellas, antes de trabajar las áreas destinadas a nuestros huertos e introducir nuestras propias corrientes de bacterias, las necesarias para que las plantas se desarrollen. Pero en las áreas no cultivadas la vida marciana sigue floreciente.

¿Y cómo puede ser, pues, que afecten a nuestras plantaciones?

-Esa es una buena pregunta. Ocurre que los huertos marcianos no son exactamente iguales a los huertos terrestres. Aquí, los cultivos no están al aire libre ni reciben luz solar directa. En Marte el sol no suministra suficiente calor para las plantas terrestres y, además, no hay lluvias. Pero la tierra es buena, fértil, y hay una cantidad adecuada de bióxido de carbono gracias al cual viven en principio las plantas. De modo que en Marte los cultivos se desarrollan bajo grandes placas de cristal. La siembra, el cuidado y la cosecha se hacen con maquinaria casi por entero automática, es decir, que nuestros horticultores son maquinistas más que otra cosa. Los campos tienen riego artificial a través de un sistema planetario de acequias que se alimentan desde las capas de hielo polar.

»Te explico todo esto para que comprendas que seria difícil contaminar las plantas de un modo ordinario. Los campos están cerrados y vigilados en todas las direcciones, excepto por debajo.

-¿Y qué significa esto? inquirió David.

-Significa que bajo la superficie están las famosas cavernas marcianas y dentro de ellas podría haber vida inteligente, marcianos.

-¿Usted se refiere a hombres marcianos?

-Hombres no. Organismos tan inteligentes como el hombre. Tengo mis razones para creer que existen inteligencias marcianas que tal vez estén ansiosas por arrojarnos, a los terrestres, de la superficie de su planeta.

5

LA HORA DE LA CENA

-¿Qué razones? -preguntó David.

Benson se mostró un tanto confundido. Se pasó una mano, lentamente, por la cabeza, alisando el escaso cabello rubio que no llegaba a ocultar la piel rosácea que le cubría el cráneo. Luego dijo:

-Ninguna con la que haya logrado convencer al Consejo de Ciencias. Ninguna que haya podido presentar al señor Makian. Pero aun así creo estar en lo cierto.

-¿Algo de lo que no quiere o no puede hablar?

-Vaya, no lo sé. Francamente, hace mucho tiempo que hablo sólo con agricultores. Es evidente que tú eres universitario. ¿Qué has estudiado?

-Historia -repuso David, de prisa-. Mi tesis está referida a la política internacional de la primera época atómica.

-Oh. -Benson se mostró desilusionado-. ¿Algún curso de ciencias?

-He hecho un par de química, y uno de zoología.

-Ya entiendo. Me parece que podré convencer al señor Makian para que te permita ser ayudante de laboratorio. No será un trabajo de los mejores, ya que no posees conocimientos científicos, pero te resultará mejor que la tarea que te tiene asignada Hennes.

-Muchas gracias, señor Benson. Pero ¿qué me decía usted sobre los marcianos?

-Ah, sí. Es muy simple. Tal vez no lo sepas, pero existen enormes cavernas bajo la superficie de Marte, tal vez varios kilómetros por debajo. Algo se sabe gracias a los datos aportados por terremotos, o para mejor decirlo, por martemotos. Algunos investigadores afirman que son el mero resultado de la acción natural de las aguas en los tiempos en que Marte poseía aún océanos; pero se ha detectado cierta radiación que tiene su fuente bajo la superficie, y aquello que no puede tener una fuente de origen humano, ha de tener alguna fuente de origen inteligente. Las señales son por entero ordenadas, de modo que no puede ser otra cosa.

»Y, por cierto, que si te detienes a pensar en el asunto, hay una explicación. En la juventud del planeta ha habido agua y oxígeno en cantidad suficiente como para mantener vida, pero una fuerza de gravedad que es sólo dos quintas partes de la de la Tierra, y ambos elementos se han ido perdiendo lentamente en el espacio. Si existen seres inteligentes en Marte, deben haber previsto esta circunstancia. Pueden haber construido enormes cavernas a mucha profundidad, a las que se habrían retirado con una provisión de agua y oxígeno suficiente para sobrevivir por tiempo indefinido, si mantuviesen estable su población. Supongamos ahora que estos marcianos se hallan con que la superficie de su planeta está poblada, y una vez más, por vida inteligente: vida de otro planeta. Su pongamos que esto los llena de ira o que temen que haya alguna

Librodot

eventual interferencia nuestra. Lo que nosotros llamamos envenenamiento bien, podría ser guerra bacteriológica.

Pensativo, David comentó:

-Sí, comprendo su teoría.

-¿Pero lo comprenderá el Sindicato? ¿Y el Consejo de Ciencias? En fin, dejemos eso de lado, por ahora. Pronto estarás trabajando conmigo y quizá lograremos convencerlos.

Sonrió al tender una mano suave que desapareció dentro de la manaza de David Starr.

-Creo que ahora te dejarán salir -dijo Benson.

Y se lo permitieron; por primera vez David tuvo oportunidad de observar el corazón de un huerto marciano. Estaba cubierto por una cúpula, como la ciudad. David lo había sabido desde el instante mismo en que había recobrado el conocimiento: sólo bajo una cúpula especial le sería posible respirar libremente y experimentar la sensación de gravedad terrestre.

Era natural que la cúpula fuese mucho más pequeña que la que recubría Wingrad. La altura máxima sólo llegaba a unos treinta metros y su estructura translúcida se apreciaba en todos sus detalles; la luz de los tubos fluorescentes superaba el brillo difuso de la luz solar. El conjunto de la estructura abarcaba más de tres kilómetros cuadrados.

Sin embargo, luego de la primera noche, David dispuso de poco tiempo para seguir con sus observaciones. El huerto parecía estar repleto de hombres que debían recibir comida tres veces al día. Por las noches, en especial, cumplido ya el trabajo cotidiano, los asalariados no cesaban de desfilar. Impasible, David permanecía de pie tras la mesa de la cocina mientras los horticultores, con sus fuentes de plástico, se movían frente a él. Las fuentes -comprobó David- eran de diseño especial para los huertos marcianos. Con la temperatura del cuerpo humano podían ser moldeadas a mano y cerradas sobre los alimentos para el caso de que fuese necesario llevar comida al desierto. Así selladas, rechazaban la arena y conservaban el calor. Dentro de la cúpula podían volver a su forma habitual, para uso corriente.

Los asalariados poco caso hacían de David. En cambio, Bigman, cuya pequeña silueta se deslizaba entre las mesas renovando los botes de salsas y los especieros, lo saludó calurosamente. El descenso de categoría había sido terrible para el pobrecito J. Bigman J., pero había sabido tomárselo con filosofía.

-Es por un mes -explicó en la cocina, mientras guisaban las comidas del día, en un momento en que el cocinero jefe, por unos minutos, había desviado su atención de la tarea que tenía entre manos- y casi todos los mozos aquí conocen mi caso y me lo hacen más llevadero. Claro que están Griswold, Zukis y esos otros tíos: las ratas que pretenden pasarlo bien lamiendo las botas de Hennes. Pero ¿para qué enfadarse? Es sólo por unas semanas.

En otra ocasión aconsejó a David:

-No te molestes porque los mozos no hagan caso de ti. Bien saben que eres un terrestre, pero no saben que eres de los buenos, como yo lo sé. Hennes siempre está metiéndose conmigo y, si no, lo hace Griswold, para asegurarse de que no hablo con los demás, pero ya sabrán quién soy yo. Y se cuidan.

Sin embargo, el proceso era lento. Para David nada variaba: un horticultor y su bandeja; un poco de puré, un cucharón de guisantes, un bistec pequeño (la carne era escasa en Marte, ya que la importaban de la Tierra). Luego el horticultor se servía una porción de torta y una taza de café. Después, otro horticultor y otra bandeja, puré, guisantes, bistec y así continuaba todo. Para ellos, al parecer, David Starr era un terrestre con un cucharón en una mano y un tenedor enorme en la otra. Ni siquiera lograba ser una cara: nada más que un cucharón y un tenedor.

El cocinero asomó la cabeza por la puerta; sus ojitos de cerdo lo hurgaban todo por encima de las bolsas de sus párpados inferiores.

-Tú, Williams, sacude las piernas y sirve la comida especial.

Makian, Benson, Hennes y algunos otros, considerados de especial categoría por su posición o por los años de servicio, cenaban en una habitación distinta. David ya les había servido antes. Acomodó las bandejas sobre una mesilla rodante y se encaminó al otro comedor.

Sin prisa comenzó a servir las mesas, en primer lugar la que estaba ocupada por Makian, Hennes y otros dos. En la mesa de Benson se demoró ostensiblemente. Benson cogió su bandeja con una sonrisa y un «hola» y comenzó a comer con apetito. Con el aire de quien cumple a conciencia su tarea, David limpió algunas migas invisibles. Se las compuso para situar su boca cerca de la oreja de Benson y el movimiento de sus labios fue imperceptible mientras preguntaba:

-¿Ha habido casos de envenenamiento en el huerto?

Benson se sorprendió ante el inesperado sonido de la voz y arrojó una mirada subrepticia sobre David. Inmediatamente desvió la vista e intentó adoptar un aire de indiferencia. Pero sacudió la cabeza en una negativa absoluta.

-Las verduras son marcianas, ¿no? -murmuró David.

Una voz ruda llenó la habitación. Eran las vociferaciones de Griswold, que estaba al otro extremo del comedor:

-¡Por el Espacio, tú, perfecto asno terrestre, ven ahora mismo! -Su rostro seguía clamando por una navaja.

Tendría que rasurarse alguna vez, pensó David, ya que la barba ni le crece ni tampoco se ve corta nunca.

Griswold estaba en la última mesa que debía ser servida. Su ira aumentaba y sus gruñidos también. Estiró los labios en una fea mueca:

-Tráeme esa bandeja, bobalicón. De prisa. De prisa.

David le obedeció, pero sin prisas, y la mano de Griswold, empuñando el tenedor, se disparó contra él, veloz. David lo esquivó con agilidad y el tenedor se estrelló contra el duro plástico de la mesa.

Con la bandeja en una mano, David cogió la muñeca de Griswold con la otra y apretó más y más. Los otros tres hombres de la mesa hicieron atrás sus sillas y se pusieron de pie.

Suave, helada, amenazadora, la voz de David se elevó lo justo para ser oída sólo por Griswold.

-Suelta el tenedor y pide tu comida decentemente o te la tragarás ahora mismo.

Griswold se retorcía, pero David mantuvo su presión, mientras con la rodilla evitaba que Griswold echara atrás su silla.

-Pídela como corresponde -dijo David y sonreía con falsa gentileza-. Como si fueras un hombre bien nacido.

Griswold jadeaba, sofocado. El tenedor cayó de entre sus dedos ya entumecidos y gruñó por fin:

-Pásame la bandeja.

-¿Y qué más?

-Por favor -estas palabras fueron como un escupitajo.

David depositó la bandeja sobre la mesa y soltó la muñeca de su contrincante, de la que había desaparecido la sangre y se veía blanca. Griswold se masajeó con la otra mano y buscó el tenedor. Enloquecido de ira, miró hacia sus compañeros, pero sólo halló caras divertidas o indiferentes. Los huertos de Marte eran lugares peligrosos: cada uno se cuidaba de sí mismo.

Makian se puso de pie.

-Williams -llamó.

-¿Señor? -respondió David, acercándose. Makian no aludió a lo ocurrido, pero por un instante observó a David con especial cuidado, como si lo estuviese viendo por primera vez y le agradase lo que estaba viendo. Luego pregunto:

-¿Quieres salir de inspección mañana?

-¿Inspección, señor? ¿De qué se trata?

-De una mirada discreta, se hizo cargo del estado de las bandejas en la mesa: el bistec de Makian había desaparecido, pero sus guisantes no y el puré apenas había sido tocado. En apariencia. había tenido menos ánimos que Hennes, quien había limpiado toda la ración.

-Se trata del recorrido mensual a lo largo de todo el huerto para comprobar el estado de los plantíos. Es una vieja costumbre aquí. Observamos posibles averías en el cristal, el estado y funcionamiento de los tubos de irrigación y de la maquinaria y también probables incursiones furtivas. Necesitamos la mayor cantidad disponible de hombres buenos en la inspección.

-Iré, señor; será un placer.

-¡Estupendo! Sabía que te interesaría.

Makian se enfrentó con Hennes, que había escuchado la conversación con ojos fríos e inexpresivos.

-Me gusta el modo de comportarse del chico, Hennes. Tal vez podamos hacer de él un buen horticultor. Y, Hennes... -la voz bajó de tono y David, que ya se alejaba, no logró oír las restantes palabras, pero la breve mirada de Makian en dirección a la mesa de Griswold traslucía clara reprobación para el veterano.

David Starr oyó los pasos dentro de su propio cuchitril y antes de despertar por entero ya estaba actuando; se deslizó hacia un lado de la cama y luego al suelo, debajo del colchón de muelles. Logró ver un par de pies descalzos, a la escasa luz blanquecina de los fluorescentes que se filtraba por la ventana; durante la noche permanecían encendidas para quienes se encargaban de la quema de residuos, tarea que no se realizaba durante el día, para evitar la acumulación de humo dentro de la cúpula.

David aguardó; sobre la cama, unas manos recorrían las mantas; luego oyó un susurro:

-¡Tú, terrestre! ¡Terrestre! ¡Por el Espacio, dónde...!

El joven tocó uno de los pies y hubo un brinco y una exclamación ahogada.

Tras una pausa, una cabeza, sin forma casi en la oscuridad, se acercó a su rostro.

-¿Estás ahí, terrestre?

-¿En qué otro lugar podría dormir, Bigman? Me gusta estar bajo la cama.

El hombrecito montó en cólera y susurró de mal talante:

-Has estado a punto de hacerme gritar y entonces sí que la habría hecho buena. Debo hablarte.

-Pues aquí estoy. -David soltó una risa ahogada y se arrastró hasta la parte superior de la cama.

Bigman le dijo:

-Para ser terrestre, eres una buena sabandija desconfiada del espacio

-Puedes apostar por ello -respondió David-. Me propongo vivir una vida larga.

-Si no te cuidas no lo lograrás.

-¿No?

-No. Y soy un tonto por estar aquí. Si me cogen, jamás tendré mis papeles en regla. Pero tú me has ayudado en el momento oportuno y ahora es el momento de pagártelo. ¿Qué le has hecho a ese piojo, a Griswold?

-Oh, ha habido un poco de jaleo en la mesa especial.

-¿Un poco de jaleo? Estaba loco, furioso. Hennes apenas pudo detenerlo.

-¿Eso es lo que has venido a decirme, Bigman?

-En parte. Estaban detrás del garaje un momento antes de que se apagaran las luces. No se han dado cuenta de que yo andaba por allí y yo tampoco se lo he dicho. En fin, que Hennes le sacaba a relucir las burradas a Griswold; primero, por emprenderla contigo cuando el viejo estaba mirando y, segundo, por buscar pelea sin tener la hebra necesaria para terminar la cosa una vez comenzada. Griswold estaba tan enloquecido que ni hablar con sentido podía. Le he entendido, apenas, que te sacará las tripas. Hennes dijo... -en medio de la frase se interrumpió- Eh, tú, ¿no me has dicho que Hennes nada tiene que ver con lo que a ti te importa?

-Eso parece.

-Y las salidas a medianoche...

-Lo has visto una sola vez.

-Una sola vez basta. Si la cosa era limpia, ¿por qué no me quieres creer?

-No soy yo quien ha de creerte, Bigman, pero todo parece limpio.

-Y si es así, ¿por qué se las toma contigo, eh? ¿Por qué no deja de azuzarte los perros?

-¿Qué quieres decir?

-Vaya, que cuando Griswold cesó de decir tonterías, Hennes le dijo que él tenía que mantenerse fuera del asunto. Le dijo que tú irías mañana de inspección y que ése sería el momento. Así que he creído que tenía que advertírtelo, terrestre. Manténte lejos de la inspección.

La voz de David no se alteró.

-¿La inspección será momento para qué? ¿Lo dijo Hennes?

-Eso no he logrado oírlo. Ellos se alejaron y no he podido seguirlos, porque me habría vendido a mí mismo. Pero se me hace que todo está muy claro.

-Tal vez sea así. Pero me parece que debemos investigar para saber con exactitud qué es lo que intentan.

Bigman se aproximó, como si intentara leer en el rostro de David, a pesar de la oscuridad.

-¿Cómo lo haremos?

-Del único modo posible -respondió David-; mañana iré de inspección y daré a esos tipos la oportunidad de decírmelo.

-¡No irás a hacer tamaña tontería! -vociferó, casi, Bigman- No podrás apañártelas solo contra ellos en una inspección. ¡Qué sabes tú de Marte! ¡Tú, terrestre!

David respondió con absoluta calma:

-Pues será algo así como un suicidio, supongo. Será cosa de aguardar y ver qué ocurre.

David Starr palmeó la espalda de Bigman, y dándose la vuelta volvió a dormir.

6

¡A LA ARENA!

Dentro de la cúpula del huerto, el ardor de la inspección se encendió junto con las luces fluorescentes principales. Estrépito salvaje y prisa loca a cada palmo. Los arenautos avanzaban en hileras y cada operario atendía al suyo.

Makian se trasladaba de un lugar a otro, sin permanecer largo tiempo en ninguno. Hennes, con su voz opaca y eficiente, asignaba funciones y marcaba los itinerarios a seguir dentro de la extensión del huerto. Al pasar frente a David le echó una mirada y se detuvo.

-Williams -dijo-. ¿Aún piensas venir de inspección?

-No me la quiero perder.

-Pues está bien. Ya que no tienes auto propio, te daré uno del almacén general. Una vez que te sea entregado tendrás que cuidarlo y mantenerlo en buenas condiciones. Cualquier reparación de averías que puedan ser evitadas tendrás que pagarla tú. ¿Has comprendido?

-Sí Perfecto.

-Te pondré en el equipo de Griswold. Ya sé que no os entendéis, pero él es nuestro mejor hombre en el campo y tú no eres otra cosa que un terrestrito sin experiencia. No quiero que embrolles a un tipo menos listo. ¿Sabes conducir un arenauto?

-Creo que puedo llevar cualquier vehículo con un poco de práctica.

-Puedes, ¿eh? Te daremos la oportunidad de demostrarlo. -Y ya estaba a punto de seguir su ronda, cuando sus ojos cayeron sobre algo-. ¿Dónde piensas ir? -gruñó.

En ese preciso instante Bigman hacía su entrada; llevaba ropas nuevas y sus botas estaban resplandecientes como un espejo. Peinado a rabiar, el cabello le caía hacia atrás y su rostro se veía relucir de limpio. Respondió con enfática dicción:

-A la arena, Hennes..., señor Hennes. No estoy arrestado y poseo mi licencia de horticultor, aunque usted me haya ensartado en la cocina. Y esto quiere decir que puedo ir a la inspección. Y también significa que tengo derecho a mi antiguo auto y a mi antigua partida.

Hennes se encogió de hombros.

-Te sabes muy bien los reglamentos y será eso lo que dicen, supongo. Pero una semana, Bigman, una semana más. Luego, si asomas tu nariz en cualquier lugar del campo de Makian pondré un hombre de verdad para que te deshaga.

Bigman dedicó un gesto de amenaza a la espalda de Hennes, que ya se alejaba, y se volvió hacia David:

-¿Alguna vez has usado mascarilla, terrestre?

-En realidad, nunca. Pero he oído algo de ellas, por supuesto.

-Oír no es usar. Ya he pedido una para ti. Mira, te mostraré cómo debes ponértela. No, no, quita las manos. Mira bien cómo me las pongo yo. Así, así está bien. Ahora por encima de la cabeza y fíjate que las correas no estén mal plegadas por detrás de tu cuello, o acabarás con la cabeza deshecha. ¿Ves bien ahora?

La parte superior del rostro de David se había transformado en una monstruosidad recubierta de plástico, y los dos tubos flexibles que salían de los cilindros de oxígeno y penetraban en la mascarilla a ambos lados del mentón de David, le quitaban cualquier posible apariencia de humanidad.

-¿Puedes respirar? -preguntó Bigman.

David se esforzaba por aspirar aire. De pronto se quitó la mascarilla.

-¿Cómo lo haces funcionar? No veo ningún manómetro.

Bigman reía a carcajadas.

-Esto va por el susto que me diste anoche. No necesitan ningún manómetro. Los cilindros envían oxígeno automáticamente en el momento en que la temperatura y la presión contra tu cara establecen el contacto y se cierran automáticamente cuando te quitas la mascarilla.

-Pues hay algo que no funciona aquí. Yo...

-Todo funciona. Es que envían oxígeno a una presión de un quinto de la normal para igualar la presión de la atmósfera de Marte, y no puedes aspirar aquí, donde tienes la presión atmosférica normal de la Tierra. Afuera, en el desierto, todo irá bien. Y será suficiente, porque aunque sólo sea un quinto de la normal, es oxígeno. puro. Tendrás la misma cantidad de oxígeno que siempre. Recuerda sólo esto: debes aspirar siempre por la nariz y espirar por la boca. Si espiras por la nariz, empañarás los cristales de los ojos y eso no es nada bueno.

Luego giró en torno al cuerpo alto y delgado de David, sacudiendo la cabeza casi con desconsuelo.

-Ya no sé qué pensar de tus botas. ¡Blancas y negras! Te pareces a un cubo de basura o algo así. -Y con un gesto que denotaba más que complacencia, echó una mirada a su modelo especial, verde y rojo fuego.

David comentó:

-Ya me las compondré. Mejor será que vayas en busca de tu auto. Creo que nos pondremos en movimiento ahora mismo.

-Sí, tienes razón. Tómatelo con calma. Atención con el cambio de gravedad, que es muy duro si no estás habituado. Y, terrestre...

-¿Sí?

-Mantén los ojos bien abiertos. Ya sabes lo que te he dicho.

-Gracias. Lo haré.

Los arenautos se iban alineando en escuadras de nueve. Eran más de cien, todos numerados, cada uno con su conductor revisando neumáticos y controles. Cada vehículo lucía sus propias inscripciones, humorísticas las más. El arenauto que debería conducir David estaba decorado con leyendas que habían salido de manos de media docena de anteriores mozos y que iban desde un «Cuidado, niñas!» que rodeaba la trompa, en círculo, hasta un «No es una tormenta de polvo, soy yo», en el parachoques trasero.

David se acomodó en el asiento y cerró la portezuela que se ajustó de modo hermético; no se advertía el más mínimo resquicio. Sobre su cabeza estaba la tronera cuyos filtros permitían igualar la presión del interior del auto con la de afuera. El parabrisas no estaba del todo limpio; una mancha blancuzca y extensa era prueba de las muchas tormentas de arena con que se había enfrentado. David halló que los controles le resultaban familiares. En su mayor parte, eran similares a los de los coches terrestres comunes; las pocas palancas señalaron por sí mismas su función al primer contacto.

Griswold se acercó a él, con gestos furiosos. David abrió la portezuela.

-¡Baja los alerones frontales, tú, inútil! No tenemos tormenta por delante.

David buscó el control correspondiente y lo halló sobre el eje de la rueda motriz. Los escudos paravientos, que parecían soldados al metal de la carrocería, se zafaron por sí mismos y se ajustaron en sus propios encajes. La visibilidad aumentó. Por supuesto, dedujo David: la atmósfera de Marte casi no tenía vientos fuertes que la alterasen y en ese momento estaban en pleno verano. No hacía demasiado frío.

Una voz resonó en su cabina:

-¡Eh, tú, terrestre! -Era Bigman, que lo saludaba desde su vehículo, también él integraba el grupo de nueve a las órdenes de Griswold. David correspondió al saludo.

Un sector de la cúpula se deslizó hacia arriba. Nueve autos se adelantaron; detrás de ellos tomó a cerrarse la cúpula. Transcurrieron algunos minutos; una vez más se abrió la cúpula y otros nueve autos partieron.

De pronto la voz de Griswold resonó, cortante, junto al oído de David. Volviéndose, advirtió el pequeño receptor, dentro del vehículo, por detrás de su cabeza. El orificio cubierto por una rejilla, en el extremo del eje de dirección, era el altavoz.

-Escuadra ocho, ¿preparada?

Una tras otra, las voces fueron respondiendo: «Número uno, preparado.» «Numero dos, preparado.» «Número tres, preparado.» Hubo una pausa luego del número seis. Unos breves segundos. Entonces David respondió: «Número siete, preparado.» A continuación del número ocho la voz aguda de Bigman aseguró: «Número nueve, preparado.»

El sector de cúpula se abría una vez más; los autos alineados en la escuadra ocho iniciaron la marcha. David, con suavidad, accionó el mando de avance, un interruptor,

para dar paso a la corriente eléctrica hacia el motor. El arenauto brincó hacia adelante, casi hasta chocar con el parachoques del auto precedente; con un movimiento veloz, el joven soltó el interruptor y el auto tembló por debajo de él. Comenzó a conducir con mano suave. El sector de cúpula se cerraba como un túnel a espaldas de ellos.

Llegó a captar el siseo del aire, bombeado desde el sector abierto hacia el interior de la cúpula. Su corazón latía con violencia, pero David mantuvo sus manos apoyadas con firmeza en el volante del arenauto.

El mono se hinchó en torno a su cuerpo y el aíre escapaba por la línea en que se unía la tela con las botas, sobre el muslo. Las manos, sin embargo, y el mentón le temblaban y lo invadía un sentimiento extraño de distensión. Tragó una y otra vez para aliviar la dolorosa vibración de sus oídos. Tras cinco minutos, estaba jadeando por el esfuerzo para obtener el oxígeno necesario para sus pulmones.

Los demás obreros se ajustaron las mascarillas; también David lo hizo y el oxígeno se deslizó con suavidad por sus fosas nasales. Respiró profundamente, exhalando a través de la boca. Brazos y pies aún temblaban, pero la sensación desagradable comenzaba a debilitarse.

Ahora otra sección se abría frente a la escuadra y la ruda arena rojiza de Marte brilló bajo la débil luz del sol. Al unísono las ocho

gargantas de los horticultores emitieron un grito al iniciar la marcha en el exterior:

-¡A la arenaaaal -y los primeros autos aceleraron la marcha.

Era el grito tradicional de los horticultores que se agudizaba hasta el registro de soprano en el aire delgado del planeta.

David accionó el mando de avance y su vehículo se deslizó hasta trasponer la línea que marcaba el límite entre la cúpula de metal y el ambiente marciano.

¡Y todo se inició entonces!

El brusco cambio de gravedad resultó como una gran caída desde trescientos metros. Lo menos cincuenta de sus ochenta kilos de peso desaparecieron tan pronto como cruzó la línea divisoria: salieron de él a través de la boca de su estómago. Se aferró al volante porque persistía la sensación de caer, caer, caer... El arenauto se desvió de la formación.

Era la voz de Griswold, que mantenía su tono ronco aun en la destructiva oquedad que le creaba en torno el aire delgado de Marte, tan poco propicio para la transmisión de ondas sonoras.

-¡Número siete! ¡Vuelve a tu puesto!

David luchó con el volante, luchó con sus propias sensaciones, luchó para obligarse a ver claro. Con dificultad respiró oxigeno a través de la mascarilla y, muy lentamente, lo peor se fue diluyendo.

Bigman, según pudo observar el joven, miraba ansioso en su dirección, de modo que levantó una mano del volante para hacerle un gesto tranquilizador y luego se concentró en el camino.

El desierto marciano era una planicie desnuda. Ni un asomo de vegetación existía allí; el área que atravesaban había estado muerta y desierta durante incontables millones de años. Pero un pensamiento se enseñoreó, repentino, en su mente: quizá se equivocaba, tal vez las arenas del desierto habían estado recubiertas de microorganismos verdeazulados hasta que llegaron los terrestres y los destruyeron para implantar sus huertos.

Por delante, los autos provocaban una nube ligera de polvo que se elevaba con lentitud, como si se tratara de una película cinematográfica en cámara lenta. También muy lentamente se depositaba otra vez sobre la superficie árida.

El auto de David funcionaba mal. Aceleró y aceleró, pero el funcionamiento del motor no mejoraba. Los demás se alejaban ágiles, pero él avanzaba a brincos, como un conejo. Su auto se desviaba a cada mínima rugosidad del camino, a cada saliente rocoso, por diminuto que fuese; además se elevaba, perezoso, en el aire, a varios centímetros de altura, mientras las ruedas giraban en vacío. Al volver a tocar tierra, el coche se sacudía con fuerza en el momento en que las ruedas tomaban contacto con el suelo firme.

De este modo, David iba perdiendo terreno y cuando aceleraba para recuperarlo, los saltos eran peores. El bajo índice de gravedad era el causante de todo eso, por supuesto, pero los otros sabían cómo compensarlo. Y David se preguntaba qué hacer.

Comenzaba a enfriarse el ambiente. Incluso a pesar del verano del planeta, David supuso que la temperatura debía estar muy poco por encima de cero. Le era posible mirar el sol en el cielo. Era un sol pequeño en un cielo purpurino en el que eran visibles tres o cuatro estrellas. El aire era demasiado tenue para hacerlas desaparecer por entero o para permitirles que reluciesen tal como en el cielo azul de la Tierra.

La voz de Griswold se dejó oír:

-Autos uno, cuatro y siete, a la izquierda. Autos dos, cinco y ocho, al centro. Autos tres, seis y nueve, a la derecha. Los números dos y tres quedarán a cargo de sus subescuadras.

El arenauto de Griswold, el número uno, comenzó a virar hacia la izquierda y David, al seguirlo con los ojos advirtió una línea oscura en el horizonte, siempre hacia el lado izquierdo. El número cuatro seguía ya al uno y David hizo girar el volante para efectuar el viraje en ángulo recto.

Todo lo que sucedió a continuación fue instantáneo. El auto derrapó violentamente; David apenas tuvo tiempo de darse cuenta de ello. Cerró el contacto y sintió que las ruedas chirriaban en tanto que el vehículo seguía avanzando dando vueltas sin control. El desierto lo envolvía con su color rojizo.

Luego le llegó el grito débil de Bigman, a través del receptor:

-Conecta la tracción de emergencia. Al pie. Junto al interruptor, a la derecha.

David buscó con desesperación la tracción de emergencia, donde quiera que se hallase, pero sus pies doloridos nada hallaron. La línea negra en el horizonte apareció frente a él

y luego se desvaneció. Ahora se distinguía con mayor nitidez, se la veía más ancha. A pesar de la fugacidad de la visión, su aterradora naturaleza fue evidente: era una de las fisuras de Marte, larga y recta. Como las mucho más numerosas de la superficie de la Luna terrestre, eran grietas en el suelo planetario, originadas en la época de desecación de la masa marciana, a lo largo de millones de años; su ancho llegaba a los treinta metros y ningún hombre conocía su profundidad.

-Es una luz roja, corta. ¡Pega en cualquier lugar! -gritó Bigman.

Así lo hizo David, y hubo, de pronto, un repentino movimiento bajo su pie. El suave deslizarse del auto se convirtió en un violento rechinar que laceró los tímpanos del joven. El polvo se elevó en densas nubes que lo sofocaron, envolviéndole en una oscuridad total.

Se inclinó sobre el volante y aguardó. El auto ya se iba deteniendo y, por fin, quedó inmóvil.

David se echó atrás y respiró sin prisa por un instante. Luego se quitó la mascarilla para limpiarla por dentro, mientras el aire helado le castigaba nariz y ojos, y volver a colocársela. Su ropa estaba cubierta de polvo rojizo y en su mentón se había formado una costra de igual color; podía sentir la sequedad del polvo sobre sus labios y el interior del vehículo también estaba cubierto por una capa similar.

Los otros dos autos de la subescuadra se habían acercado. Griswold ya descendía del suyo, más monstruosa que nunca su cara barbuda y fea detrás de la mascarilla. David comprendió en ese momento el porqué de la popularidad de las barbas entre los horticultores:

constituían una buena protección contra el viento helado y penetrante de Marte.

Griswold gruñía, mostrando sus dientes rotos y amarillentos.

-Tú, terrestre, las reparaciones de este arenauto las pagarás de tu bolsillo. Ya te lo ha advertido Hennes.

David abrió la portezuela y salió del auto. Visto de fuera, el vehículo resultaba una ruina peor, si cabía. Los neumáticos estaban reventados y de las llantas se proyectaban hacia afuera unos dientes enormes que, era evidente, serian la «tracción de emergencia». El joven dijo:

-No saldrá ni un céntimo de mi bolsillo, Griswold. El auto no funciona bien, hay algo malo en él.

-Pues si, sin duda. El conductor. Un estúpido, un asno, eso es lo que no funciona bien en el auto.

Un chirrido de frenos hizo girar a Griswold: llegaba otro auto. Su barba se erizó.

-Vete al demonio de aquí, bicho sucio. ¡A tu faena!

Bigman saltó fuera del auto.

-No me iré hasta que no haya echado una mirada al arenauto del terrestre.

Bigman no pesaría más de veinte kilos en Marte y de un salto impecable estuvo junto a David. Se inclinó por un instante, luego se encaró con Griswold.

-¿Dónde están las barras de contrapeso, Griswold?

-¿Qué son las barras de contrapeso, Bigman? -preguntó David.

El pequeño horticultor habló con prisa:

-Cuando llevas un arenauto a la zona de baja gravedad, le pones una barra pesada sobre cada eje. Se las quitas cuando estás en terreno de gravedad alta. Lo lamento, chico, pero no se me pasó por la cabeza que ésa pudiera ser..

David lo detuvo. Sus labios se apretaron con fuerza. Esto explicaba que su auto flotara luego de cada obstáculo, mientras que los otros seguían adheridos al suelo. Se volvió hacia Griswold:

-¿Sabías que no estaban colocadas?

Griswold se encrespó.

-Cada hombre es responsable de su propio vehículo. Si tú no advertiste que no estaban, es tu culpa.

Ahora todos los arenautos se habían aproximado. Alrededor de los tres hombres un círculo de individuos barbudos y silencioso, que no intervenían, se estaba formando, expectante.

Bigman estalló:

-Tú, grandísimo pedernal, el chico es novato. No se puede esperar que...

-Calla, Bigman -dijo David-. Es asunto mío. Una vez más te pregunto, Griswold: ¿sabías que no estaban colocadas?

-Yo mismo te lo diré, terrestrito. En el desierto un hombre ha de cuidarse a si mismo. No voy a hacerte las veces de madre.

-Estupendo. En ese caso comenzaré a cuidar de mí ahora mismo. -David miró a su alrededor. Estaban casi en el inicio de la fisura. Tres metros más y hubiese sido hombre muerto-. Sin embargo, tú también tendrás que cuidar de ti mismo, porque me llevaré tu auto. Llévate el mío hasta la cúpula del huerto o quédate aquí, si lo prefieres.

-¡Por Marte! -las manos de Griswold palmearon contra sus muslos y un grito unánime se elevó del círculo de hombres que se hallaban presentes.

-¡Pelea limpia! ¡Pelea limpia!

El código del desierto marciano era duro, pero rechazaba las ventajas consideradas sucias. Eso era obligatoriamente así. Sólo mediante tales precauciones mutuas un individuo podía sentirse a salvo de un eventual cuchillo de fuerza en la espalda o de una bala explosiva en el vientre.

Griswold examinó las caras duras que los rodeaban, luego dijo:

-Lo ventilaremos al regreso a la cúpula. A vuestro trabajo, todos.

David respondió:

-Nos veremos en la cúpula, si así lo quieres. Entretanto manténte a distancia.

Caminó sin prisa y Griswold se le acercó por la espalda.

-Tú, aprendiz estúpido. No podemos pelear a puño limpio con las mascarillas. ¿No tienes más que huesos en el cráneo?

-Quítate la mascarilla, pues -dijo David-, y yo me quitaré la mía. Trata de detenerme a puño limpio.

-¡Pelea limpia! -fue el grito aprobatorio de los demás hombres.

Bigman gritó:

-Griswold, acepta o vete -y saltó hacia adelante para arrebatar el lanzarrayos del bolsillo del muslo del indeseable.

David aplicó la mano sobre su mascarilla.

-¿Preparado?

Bigman indicó:

-Contaré hasta tres.

Los hombres gritaron, en confusa algarabía. Aguardaban ahora, en aguda tensión. Griswold arrojó una mirada salvaje a la rueda.

Bigman ya había comenzado la cuenta.

-Uno...

Cuando oyó el «tres», David se quitó la mascarilla y la arrojó a un lado, junto con los cilindros. Desprotegido, se erguía conteniendo la respiración frente a la atmósfera irrespirable de Marte.

7

BIGMAN DESCUBRE ALGO

Griswold no se movió y su mascarilla permaneció en el mismo lugar, sobre su nariz. Un gruñido amenazador comenzó a crecer entre los espectadores.

David se movió tan de prisa como le pareció prudente hacerlo, adecuando sus pasos a la situación de baja gravedad. Arremetió con torpeza (se sentía suspendido en una masa de agua) y cogió a Griswold por el hombro; brincó hacia un lado, para evitar la rodilla de su oponente. Con una mano sostuvo el mentón de Griswold y con la otra le arrancó la mascarilla y le arrojó lejos.

Griswold intentó recuperarla y emitió el inicio de un grito que logró interrumpir manteniendo su boca cerrada para no perder aire. Luego se alejó, con un leve tambaleo. Lento, sin prisa, rodeó a David.

Ya había transcurrido un minuto casi, desde que David arrojara su mascarilla de oxígeno; sus pulmones sentían el esfuerzo. Griswold, con los ojos inyectados y agazapándose, se acercó de lado a David; sus piernas eran ágiles y sus movimientos flexibles. El joven comprendió que aquel individuo estaba habituado a la baja gravedad y sabía moverse en ella; a la vez comprendió que él no estaba en esas condiciones.

Un movimiento brusco, no pensado, y terminaría tendido en el suelo.

Cada segundo aportaba más tensión. David se mantenía fuera del alcance del adversario y observaba el rostro contraído de Griswold, que se endurecía en la tortura de la falta de oxígeno. Debía posponer el enfrentamiento final, ya que tenía pulmones de atleta. Su contrincante, en cambio, comía demasiado y bebía en exceso: no podía hallarse en buen estado físico. La fisura cayó bajo su mirada. Ahora se encontraban a poco más de un metro de ella, un borde liso cortado perpendicularmente. Griswold intentaba llevarlo hacia allí.

Cesó en su retroceso. En diez segundos Griswold tendría que atacar. Tendría qué hacerlo.

Y lo hizo.

David se echó a un lado y empujó a su oponente con el hombro. Giró con el impacto y dejó que la fuerza del movimiento se uniera a la de su puño lanzado hacia la mandíbula de Griswold, que recibió el golpe de lleno.

El horticultor veterano se tambaleó, a ciegas, y ya no pudo contener la respiración: en un jadeo desesperado colmó sus pulmones con una mezcla de argón, neón y bióxido de carbono; lenta, mortalmente, se aovilló. Con un último esfuerzo intentó erguirse, lo logró a medias, volvió a caer, se tambaleó hacia atrás, en un forcejeo por mantener el equilibrio...

En los oídos de David resonó un confuso alarido. Con las piernas temblorosas, sordo y ciego a todo lo que no fuera su mascarilla tirada en tierra, caminó hacia el auto. Forzó a su cuerpo torturado y anheloso de oxígeno a moverse con lentitud y dignidad; se echó a

la espalda los cilindros de oxígeno y con cuidado ajustó la mascarilla. Entonces, por fin, penosamente estremecido, aspiró oxígeno que se volcó en sus pulmones como una corriente de agua fría en un estómago reseco.

Durante un minuto completo fue incapaz de hacer algo más que respirar; su amplio pecho se elevaba y descendía en profundas y veloces inspiraciones. Abrió los ojos.

-¿Dónde está Griswold?

Todos estaban allí, a su lado, rodeándolo; Bigman era el más cercano.

-¿No has visto? -preguntó el hombrecillo, sorprendido.

-Le he hecho caer de un puñetazo. -David miró a todos, inquisitivo. Griswold no estaba allí.

Bigman hizo un gesto que indicaba una caída.

-En la fisura.

-¿Qué? -David se estremeció por debajo de la mascarilla-. Ese es un mal chiste.

«No, no.» «Por el borde, como un zambullidor.» «Por el Espacio, él fue el responsable.» «Sin duda, un caso de autodefensa el tuyo, terrestrito.»

Todos hablaban al mismo tiempo.

David preguntó:

-Aguarda. ¿Qué ha ocurrido? ¿Lo arrojé yo al abismo?

-No, terrestrito -vociferó Bigman-. No lo has hecho tú. Le has dado y el tipo se ha caído solo. Luego ha tratado de alzarse, caminó hacia atrás; cuando intentó mantener el equilibrio, retrocedió aún más y ha estado demasiado ciego para ver lo que había por delante. Hemos querido cogerle, pero no hubo tiempo y allá se ha ido. Si no hubiese estado tan preocupado por llevarte hasta el filo de la fisura para arrojarte, no habría sucedido lo que ha sucedido.

David miró a los hombres.

Por fin uno de los horticultores le tendió una mano callosa.

-Buena pelea, muchacho.

Las palabras fueron tranquilas, implicaban aceptación y así quedaba roto aquel clima.

Bigman no pudo menos que emitir un alarido de triunfo, saltó dos metros hacia arriba y fue descendiendo con lentitud, mientras sus piernas ejecutaban cabriolas que ningún bailarín de ballet, por bueno que fuese, podría repetir en condiciones de gravedad terrestre normal. Los otros se acercaron. Hombres que sólo habían llamado a David «terrestrito», o «tú», o que ni siquiera le habían hablado antes, ahora le palmeaban la

Librodot

espalda y le aseguraban que era un hombre del que Marte podía muy bien estar orgulloso.

Bigman gritó:

-¡Eh, vosotros! ¡A seguir con la inspección! ¿O acaso necesitamos de Griswold para que nos indique cómo ha de hacerse?

-¡No! -fue la respuesta general.

-¡Adelante, pues! -y se encaminó hacia su auto.

-Venga, chico, adelante -gritaron todos a David, que se sentó al volante del auto que quince minutos antes había pertenecido a Griswold y lo puso en marcha.

Una vez más el grito « ¡A la arenaaaa! » ululó, resonante, entre las piedras marcianas.

Las noticias, difundidas por las radios de los arenautos, atravesaron los espacios no cultivados entre los plantíos cubiertos de cristal de los distintos huertos. Mientras David conducía su vehículo arriba y abajo por entre los muros de cristal, la noticia del fin de Griswold se expandió por toda la superficie de los huertos.

Los ocho horticultores restantes de lo que fuera la escuadra de Griswold se reunieron, una vez más, a la luz rojiza y moribunda del sol poniente de Marte, y rehicieron el camino de esa mañana, de regreso hacia la cúpula del huerto. Cuando David llegó, tuvo la clara certeza de su notoriedad.

No hubo cena formal esa noche, ya que habían comido en el desierto, antes de emprender el regreso. Y así, menos de media hora después de finalizada la inspección, todos los hombres estaban reunidos frente a la Casa Principal, aguardando.

Ya no cabía duda: Hennes y el mismo Makian debían haber oído algo sobre la lucha. La llamada «gente de Hennes » era un grupo numeroso, compuesto por hombres que habían sido contratados a partir de que Hennes ocupara el cargo de capataz y cuyos intereses estaban íntimamente ligados a los de éste; por lo tanto, las noticias ya debían haber llegado a él. Y los hombres aguardaban con anticipada complacencia.

No se trataba de que experimentaran un odio notable contra Hennes. Lo consideraban eficiente, no brutal. Pero no les gustaba, porque era frío y distante, porque carecía de la cualidad de participar en los sucesos de la vida común, como había sido la costumbre de otros encargados anteriores. En Marte, donde no habían distinciones sociales, ésta era una seria desventaja y los hombres la acusaban, sin remedio. Además, el mismo Griswold nunca había gozado de popularidad.

En pocas palabras: había más excitación en ese instante que la que había habido en el huerto de Makian durante los anteriores tres años marcianos, y un año marciano tiene un mes menos que dos años terrestres seguidos.

Cuando David llegó, hubo una acogida favorable y todos le abrieron paso, aunque un grupo pequeño, situado a un lado del grupo mayor le dirigió miradas de abierta hostilidad.

En el interior, las expresiones favorables debían haber sido oídas, porque Makian, Hennes, Benson y algunos otros salieron de la Casa. David se encaminó hacia el pie de la rampa que conducía hasta la puerta y Hennes se adelantó hacia la cabecera de la rampa; allí se detuvo, mirando hacia abajo.

-Señor -dijo David-, vengo dispuesto a explicar el incidente de hoy.

Sin alterarse Hennes repuso:

-Un asalariado valioso del huerto Makian ha muerto hoy como resultado de una pelea contigo. ¿Podrá tu explicación alterar este hecho?

-No, señor, pero Griswold cayó en lucha limpia.

Una voz se elevó entre todos los hombres reunidos.

-Griswold ha querido matar al chico. Ha omitido poner las barras de contrapeso en el auto, por accidente.

La sarcástica palabra final despertó algunas carcajadas entre los presentes.

Hennes palideció. Sus puños se crisparon.

-¿Quién ha dicho eso?

Hubo un silencio breve y luego, desde la primera fila de hombres, se elevó una vocecita afinada de intento:

-Oh, señor maestro, por favor, no he sido yo. -Bigman estaba allí, las manos entrelazadas a la altura del pecho y los ojos modestamente bajos.

Volvieron las risas, ahora convertidas en un rugido.

Hennes sofocó su ira con esfuerzo y preguntó a David:

-¿Denuncias un atentado contra tu vida?

-No, señor -fue la respuesta-. Sólo denuncio una pelea limpia, presenciada por siete horticultores. Un hombre que inicia una pelea limpia ha de salir de ella lo mejor librado que le sea posible. ¿O es que usted quiere imponer reglas nuevas?

Un bramido aprobatorio se elevó de la audiencia. Hennes arrojó una mirada iracunda a David. Luego se dirigió a todos:

-Lamento que vosotros os hayáis visto complicados en hechos que habrá que investigar y cuyos resultados no serán nada buenos. Ahora, regresad a vuestro trabajo, todos, con la seguridad de que vuestra actitud de esta noche no será olvidada. En cuanto a ti, Williams, examinaremos el caso. Esto no termina aquí.

Entró en la Casa Principal, con un portazo, y, tras unos instantes de duda, los demás siguieron su ejemplo.

A la mañana siguiente, muy temprano, David fue llamado a la oficina de Benson. Había sido una larga noche de celebración, que ni pudo evitar ni pudo dejar de lado, y en el mismo momento en que traspuso el umbral del despacho, un descomunal bostezo le impidió dar los buenos días.

-Adelante, Williams -invitó Benson. Estaba vestido con una bata blanca y el aire de la habitación tenía el característico olor animal que sale de las jaulas de ratas y hámsters. Con una sonrisa, prosiguió-: te veo soñoliento. Siéntate.

-Gracias -respondió David-. Estoy muerto de sueño. ¿Me quería usted para algo especial?

-Se trata de lo que yo pueda hacer por ti, Williams. Estás en un buen jaleo, que puede llegar a ser peor aún. Me temo que ignoras la forma en que se llevan estas cosas en Marte. El señor Makian tiene plena autoridad legal para ordenar que te ejecuten si considera que la muerte de Griswold ha sido asesinato.

-¿Sin juicio?

-No, pero Hennes puede aportar doce horticultores que piensen del mismo modo que él.

-Pero tendría problemas con el resto de los horticultores, si intentara hacerlo, ¿no es así?

-Así es. Y se lo he reiterado una y otra vez durante esta noche. No pienses que Hennes y yo nos entendamos. Para mí, él es demasiado dictatorial, demasiado seguro de que sus propias ideas son las mejores, como ha ocurrido con su investigación personal de la que te he hablado en otra oportunidad. Y el señor Makian está en todo de acuerdo conmigo; él debe permitir que Hennes asuma toda la tarea de dirigir a los hombres, por supuesto, y así es que ayer no se inmiscuyó en el asunto, pero luego dijo a Hennes que no se estaría sentado viendo cómo por el pillo de Griswold se destruía su huerto, y Hennes le prometió que dejaría la cosa tal como estaba, al menos por un tiempo; aun así, no se le olvidará todo muy de prisa, y como enemigo es uno de los peores que puedes hallar aquí.

-Tendré que correr el riesgo, ¿no es así?

-Lo reduciremos al mínimo. He preguntado a Makian si puedo hacerte trabajar aquí. Me serías muy útil, ¿sabes?, aunque no tengas conocimientos científicos. Podrás ayudar en la alimentación de los animales y la limpieza de las jaulas. Te enseñaré a anestesiarlos y a aplicar inyecciones. No será mucho, pero te podrás mantener fuera del alcance de Hennes y no habrá quebrantamiento de la disciplina aquí dentro, cosa que no se puede permitir ahora, como puedes imaginarte. ¿Estás de acuerdo?

Con la mayor seriedad, David dijo:

-Será un punto en mi contra, socialmente hablando, porque de mí ahora se dice que he llegado a ser un honrado horticultor.

El científico frunció las cejas.

-Oh, Williams, vaya. No te tomes más en serio lo que puedan decir esos tipos. ¡Horticultor! ¡Ja! ¡Es un nombre gracioso para denominar a un obrero de la agricultura y nada más! Eres un tonto si haces caso de esos criterios de subes y bajas del estado

social. Mira, si trabajas conmigo tal vez puedas ayudarme a esclarecer ese misterio de los envenenamientos; podrás vengar a tu hermana. ¿No has venido a Marte para ello?

-Trabajaré con usted -asintió David.

-Estupendo. -El rostro lleno de Benson se abrió en una sonrisa de alivio.

Bigman se asomó a la puerta con cautela. Susurró suavemente:

-¡Eh, tú!

David volvió la cabeza y luego cerró la puerta de la jaula.

-Hola, Bigman.

-¿Está Benson por aquí?

-No. Ha salido.

-Bien. -Bigman traspuso el umbral y caminó con cautela, como si temiese que un contacto casual entre sus ropas y cualquier objeto del laboratorio fuera grave.

-¿No me dirás que tienes algo contra Benson?

-¿Quién? ¿Yo? Sólo que es, tú sabes... Bigman se golpeó la sien con dos dedos un par de veces-. ¿Qué tipo de clase vendría a Marte a hacer el tonto con unos animalitos? Y, luego, siempre está diciéndonos cómo manejar los plantíos y la cosecha. ¿Qué sabe él? No puedes aprender nada sobre la agricultura en Marte en una universidad terrestre. Y ha querido mostrarse mejor de lo que es con nosotros. ¿Me comprendes? Algunas veces hemos tenido que frenarlo.

Le echó una mirada adusta y prosiguió:

-Y mira lo que ha hecho contigo. Aquí te tiene, elegante, de bata blanca, jugando a ser la nodriza de un ratón. ¿Por qué se lo has permitido?

-Es por poco tiempo -dijo David.

-Bien. -Bigman hizo una pausa y luego tendió su mano con torpeza-. He venido a decirte adiós.

-¿Te marchas? -preguntó David mientras estrechaba la mano tendida.

-Mi mes ya ha transcurrido. Ahora tengo mis papeles, así que ahora mismo buscaré faena en cualquier otro lugar. Me alegro de haberme topado contigo, terrestrito. Quizá cuando termine tu tiempo aquí, nos encontremos nuevamente. No querrás quedarte bajo las órdenes de Hennes.

-Aguarda. -David no había soltado la mano del hombrecito-. ¿Irás a Wingrad ahora?

-Hasta que halle otro empleo, sí.

-Estupendo. He estado aguardando esto durante una semana. No puedo dejar el huerto, Bigman, ¿querrías hacerme un favor?

-Seguro. Dime.

-Es arriesgado. Tendrás que regresar aquí.

-Vale; no le tengo miedo a Hennes. Además, podremos vernos sin que él lo sepa. Yo he vivido en el huerto de Makian más tiempo que él.

David llevó a Bigman hasta un asiento, se acomodó junto a él y su voz se tornó un susurro:

-Mira, hay una biblioteca en la esquina de Canal y Fobos, en Wingrad. Quiero que me traigas algunos libros en microfilme y un proyector. Los números de esos microfilmes están en este sobre...

Como una garra, la mano de Bigman se cerró sobre la manga derecha de David y le hizo levantar el brazo.

-Eh, tú, ¿qué haces? -preguntó el joven,

-Quiero ver algo -fue la respuesta. Bigman observó la parte interna de la muñeca de David, sin respirar.

Starr no hizo ningún movimiento para librarse de la inspección, en tanto que observaba su propia muñeca sin alterarse.

-Bien, ¿qué ocurre?

-Estaba equivocado -murmuró Bigman.

-¿De verdad? -Sin esfuerzo se sustrajo de la mano del hombrecito y luego le mostró la otra muñeca-. ¿Qué buscas?

-Ya sabes tú qué busco. Desde tu llegada

aquí he pensado que tu cara me era familiar. No lograba identificarla. Me daría de patadas. ¿Qué clase de terrestre podría llegar aquí y ser considerado tan bueno como cualquier otro horticultor en menos de un mes? Y he tenido que aguardar a que me enviaras a la biblioteca del Consejo de Ciencias para caer en la cuenta.

-No alcanzo a comprenderte, Bigman.

-Creo que sí me comprendes, Starr. -El nombre fue casi un grito de triunfo.

8

ENCUENTRO NOCTURNO

David ordenó:

-¡Calla, hombre!

La voz de Bigman se atenuó.

-Más de una vez te he visto en la tele. Pero ¿por qué no tienes la marca en la muñeca? Me han dicho que todos los miembros del Consejo lleváis una marca.

-¿Quién te lo ha dicho? ¿Cómo has sabido que la biblioteca de Canal y Fobos pertenece al Consejo de Ciencias?

Bigman enrojeció.

-No te dejes llevar por mi apariencia, no soy un horticultor más. He vivido en la ciudad. Y hasta he ido a una escuela secundaria.

-Excúsame, hombre, no he querido subvalorarte. ¿Aún quieres ayudarme?.

-No, hasta que no sepa qué ocurre con tus muñecas.

-Es simple. Es un tatuaje incoloro que ennegrece al contacto con el aire, pero sólo si yo lo quiero.

-¿Cómo?

-Es cosa de emociones. Cada emoción humana está unida a una situación hormonal específica en la sangre. Una y sólo una de esas situaciones activa el tatuaje. Y ocurre que sé cuál es la emoción activadora.

David no hizo nada visible, pero con lentitud apareció una mancha en su muñeca derecha, que se fue oscureciendo; los puntos dorados de la Osa Mayor y Orión brillaron por un instante y luego el conjunto desapareció.

El rostro de Bigman se iluminó y sus manos bajaron para golpear en la parte alta de sus botas. David le cogió los brazos con rudeza.

-¡Eh! -exclamó Bigman.

-Nada de ruidos, por favor. ¿Estás conmigo?

-Por supuesto que estoy contigo. Regresaré esta noche con lo que me has pedido y nos encontraremos en un lugar, afuera, cerca de la Segunda Sección...

Su voz se disolvió en un susurro.

-Bien, aquí está el sobre -repuso David. Bigman lo cogió y lo introdujo entre el muslo y la caña de la bota diciendo:

-Hay un bolsillo interior en las botas altas de buena calidad, señor Starr. ¿Lo sabes?

-Lo sé. Tampoco tú te fíes de mi apariencia. Y mi nombre, Bigman, aún sigue siendo Williams. Una última advertencia. Los bibliotecarios del Consejo son los únicos que podrán abrir este sobre y sobrevivir, cualquier otra persona que lo intente lo pasará mal.

Bigman se puso en pie.

Ningún otro lo abrirá. Hay personas más corpulentas que yo; quizá pienses que no lo sé, pero no es así. De todos modos, más corpulento o no, nadie, y te aseguro que nadie, me lo quitará sin tener que matarme antes. Y lo que es más, no he pensado en abrirlo yo mismo tampoco, si es eso lo que se te ha pasado por la cabeza.

-Pues se me ha pasado -dijo David-. Trato de pensar en todas las posibilidades, aunque no he hecho caso de ésta.

Bigman sonrió, con su puño hizo un amago a la barbilla de David y se marchó.

Sobre la hora de la cena regresó Benson. Traía cara de desagrado y sus mejillas rojizas estaban marchitas. Sin ánimos preguntó:

-¿Cómo estás, Williams?

David se lavaba las manos, sumergidas en la solución detergente especial que siempre se utilizaba en Marte para ese fin. Luego tendió sus manos hacia la corriente de aire caliente para que se secaran, mientras el agua del lavado corría nuevamente hacia los tanques de purificación, desde donde retornaría al depósito central. El agua era un elemento caro en Marte y se la reciclaba cuantas veces fuera posible.

-Tiene usted cara de cansado -observó David.

Benson cerró la puerta detrás de sí con especial cuidado. Luego estalló:

-Seis personas han muerto ayer envenenadas. Hasta ahora es el número más elevado en un solo día. Esto se pone cada vez más feo y parece que no somos capaces de hacer nada.

Ceñudo, observó las jaulas de los animales.

-Todos vivos, espero.

-Todos vivos -dijo David.

-¿Qué puedo hacer? Cada mañana Makian me pregunta si he descubierto algo. ¿Se pensará que puedo hallar algo bajo mi almohada al despertar? Hoy he estado en los depósitos de granos, Williams. Era un océano de trigo, miles y miles de toneladas listas para embarcar hacia la Tierra. He cogido cientos de muestras; cincuenta granos aquí, cincuenta granos allá. He controlado cada milímetro de cada grano; he cogido muestras a seis metros de la superficie. ¿Pero de qué me vale? En estas condiciones sería generoso suponer que los granos contaminados son uno en mil millones.

Sus dedos tamborilearon sobre el maletín que llevaba consigo.

-¿Crees que los cincuenta mil granos que tengo aquí tendrán ese uno? ¡Una posibilidad en veinte mil!

-Señor Benson -recordó David-, usted me ha dicho que nadie ha muerto aquí, aunque comemos casi exclusivamente comida marciana.

-Así es. Al menos, que yo sepa.

-¿Qué ocurre con el resto de Marte?

Benson frunció el ceño.

-Pues no lo sé. Pero supongo que nadie ha muerto, porque de lo contrario lo sabría. Aunque la vida no está organizada en forma tan estricta como en la Tierra. Un horticultor se muere aquí y lo enterramos sin más formalidad. Hay algún interrogatorio. -Se interrumpió-. ¿Por qué lo preguntas?

-He pensado que si se tratara de un germen marciano, la gente de aquí puede haberse acostumbrado a él, más que los terrestres. Tal vez sean inmunes.

-¡Vaya! No está mal la idea, viniendo de quien no es científico. Pues sí, es una buena idea. La tendré presente. -Se acercó a David y le palmeó el hombro-. Ve a comer. Comenzaremos con las nuevas muestras mañana.

Tan pronto como David se alejó, Benson cogió el maletín y fue extrayendo, con sumo cuidado, pequeños paquetes rotulados; uno de ellos podría contener el grano envenenado. Mañana esas muestras estarían en tierra, en una tierra bien mezclada y se harían veinte prolijas subdivisiones, algunas se utilizarían como alimento y otras como testigos.

¡Mañana! David sonrió apenas para sí mismo. Y se preguntaba dónde estaría él mañana y aun si mañana estaría vivo.

La cúpula del huerto dormía como un gigantesco monstruo prehistórico arrollado sobre la superficie de Marte. Algunos tubos encendidos esparcían su pálido brillo en el techo convexo. En el silencio las vibraciones habitualmente cubiertas por el bullicio diurno de los aparatos atmosféricos de la cúpula, que comprimían la atmósfera marciana hasta la presión terrestre normal y le añadían humedad y oxígeno suplidos por las plantas que crecían en amplios invernaderos, resonaban como una quejumbre opaca.

De prisa, David avanzó de sombra en sombra, con una precaución que, en apariencia, era innecesaria. Nadie vigilaba. La altura de la cúpula era menor, el techo se convertía en muro cuando su sombra sigilosa alcanzó el barracón número 17. Su cabello rozaba la parte interna de la enorme semiesfera.

La puerta estaba abierta y David traspuso el umbral. Estaba dentro de uno de los túneles de salida. Con su linterna recorrió las paredes por dentro hasta hallar los controles. No había rótulos, pero las instrucciones de Bigman habían sido muy claras. Oprimió el botón amarillo; hubo un débil ¡clic!, una pausa, y luego el susurro del aire, mucho menos audible que el del día de la inspección. La salida era pequeña, diseñada para tres

Librodot

o cuatro hombres y no para nueve arenautos, de modo que la presión del aire bajó en menos tiempo.

Tras ajustarse la mascarilla, David aguardó a que el silbido se debilitara: el silencio era indicador de equilibrio entre las dos presiones. Sólo entonces oprimió el botón rojo. La sección externa se deslizó y el joven salió al exterior.

Ahora no debía controlar un vehículo. Tenía que hallar su propia estabilidad en la dura y fría arena. Por unos momentos, mientras se adecuaba al cambio de gravedad, lo dominó la náusea. Pero fueron dos minutos. Unos pocos cambios más de gravedad, pensó David, y ya lograría lo que los horticultores denominaban «gravedad libre».

Se empinó y se puso en marcha, pero de pronto, en forma involuntaria, quedó inmóvil, fascinado.

Por primera vez contemplaba el cielo nocturno de Marte. Las estrellas eran las antiguas y familiares de la Tierra, las mismas constelaciones. A pesar de ser grande, la distancia de Marte hasta la Tierra no alteraba de modo perceptible la posición relativa de las lejanas estrellas. Pero si bien no habían cambiado de posición, su brillo estaba aumentado.

El aire ligero de Marte apenas las suavizaba: se veían duras y resplandecientes como piedras preciosas. No había luna, por supuesto, al menos no como la conocida en la Tierra. Los dos satélites de Marte, Deimos y Fobos, eran dos objetos diminutos, a diez o veinte mil kilómetros de distancia, sólo montañas flotando en el espacio. Aunque se hallaban mucho más cercanos a Marte que la Luna a la Tierra, su masa no destacaba, sino que brillaban como dos estrellas cualesquiera.

Buscó los satélites, si bien comprendía que podían encontrarse ambos al otro lado del planeta. Muy abajo, en el horizonte y hacia el Oeste, percibió algo más. Con movimientos pausados giró. Era la luz más intensa de todo el firmamento, con un tinte azul verdoso que superaba la belleza de todo lo visto por él en los cielos. Separado de éste por una distancia casi igual al tamaño del sol poniente en Marte, otro cuerpo, más amarillento, brillaba empañado por la intensa luz de su vecino.

David no necesitaba una carta estelar para la identificación de esos cuerpos. Eran la Tierra y la Luna, la doble «estrella vespertina» de Marte.

Apartó la mirada y se puso otra vez en marcha a través del estrecho sendero que su linterna iba señalando, al pie de unas rocas. Bigman le había dicho que debía utilizar las rocas como guía. La noche marciana era fría y David medía ahora cuánto era el poder calórico del sol marciano, a pesar de su enorme lejanía.

El arenauto era invisible, o poco menos, al débil reflejo de las estrellas, pero se alcanzaba a oír el zumbido sordo de sus motores.

-¡Bigman! -llamó y el hombrecito emergió del vehículo.

-¡Por el Espacio! Ya estaba creyendo que te habrías perdido.

-¿Por qué está en marcha el motor?

-¡Pues sí que estás bueno! ¿Cómo haré para no congelarme? Aquí no nos oirán; conozco bien este lugar.

-¿Has traído los microfilmes?

-¿Si los he traído? Oye, no sé qué has puesto en ese mensaje, pero había cinco o seis especialistas rodeándome como satélites. No se oía más que «señor Jones esto», «señor Jones aquello». Les dije «mi nombre es Bigman» y entonces me dijeron «señor Bigman, si no le sabe mal». De todos modos Bigman fue marcando cada objeto con el castañeteo de sus dedos- antes de que el día terminara, me prepararon cuatro microfilmes, dos proyectores, una caja tan grande como yo que no he abierto, y el préstamo (o quizá regalo, no lo puedo saber) de un arenauto para traértelo todo.

David sonrió sin responder. Dentro de la tibieza acogedora del auto, de prisa, con el ansia de ganarle a la noche, preparó los proyectores e insertó un filme en cada uno. La observación directa podría llevar menos tiempo y habría sido preferible, pero en el interior cálido del arenauto su mascarilla era imprescindible, y la protección bulbosa y transparente de sus ojos imposibilitaba la visión directa.

A marcha lenta, a través de la noche, el auto se sacudía repitiendo casi exactamente la ruta del grupo de Griswold en el día de la inspección.

-Pues no lo entiendo -dijo Bigman, que había estado murmurando por lo bajo sin resultado y ahora tuvo que repetir por dos veces y en voz bien alta su observación antes de obtener alguna respuesta del ensimismado David.

-¿No entiendes qué?

-Lo que haces. Adónde vamos. Me supongo que también es asunto mío porque he de estar contigo a partir de ahora. Hoy he estado pensando señor... Williams, pensando mucho. El señor Makian ha andado de mal talante desde hace unos meses y, después de todo, no era un mal tío antes. Hennes llegó aquí por ese tiempo, con una baraja nueva en cada mano. Y Benson el Estudioso se puso a lamerlo todo, de pronto. Antes de que todo esto comenzara, él no era nadie y ahora se halla convertido en un personaje. Luego, y para terminar, aquí estás tú, con el Consejo de Ciencias presto para darte todo lo que pidas. Esto es algo gordo, lo sé, y quiero estar adentro.

-¿Lo quieres? -dijo David-. ¿Has visto los mapas que he proyectado?

-Sí; sólo viejos mapas de Marte. Los he visto millones de veces.

-¿Y qué hay con las zonas marcadas con cruces? ¿Sabes qué hay en esas zonas?

Cualquier horticultor te lo puede decir. Se supone que hay cavernas subterráneas, sólo que yo no lo creo. Y te explicaré por qué. ¿Cómo en el Espacio puede alguien decirte que hay agujeros cuatro kilómetros por debajo de la superficie si nadie ha ido allí para verlo? Dime, cómo.

Librodot

David no se preocupó por describir la ciencia de la sismología a Bigman. Pero le preguntó:

¿Has oído hablar de los marcianos?

-Pues sí, qué pregunta... -Bigman se interrumpió y el auto se sacudía a medida que las manos del hombrecito marcaban las palabras con golpes sobre el volante-. ¿Marcianos reales quieres decir? ¿Marcianos de Marte, no gente marciana como nosotros? ¿Marcianos que han vivido aquí antes de que la gente llegara?

Sus carcajadas agudas resonaron con fuerza dentro del auto y cuando Bigman pudo recobrar el aliento (es difícil reír y respirar al mismo tiempo con una mascarilla sobre la cara) dijo:

-Ya veo que has estado hablando con este tío, con Benson.

Sin alterarse David aguardó, serio, a que el estallido de risa se diluyera.

-¿Por qué dices eso, Bigman?

-Una vez le cogí leyendo un libro sobre ese tema y nos hemos reído de él hasta enfermar. Y, por los asteroides y sus brincos, que se puso furioso. Nos llamó a todos ignorantes ordinarios y yo cogí el diccionario y les dije a los muchachos qué quería decir. Hubo para despedazarlo en chistes por un tiempo, y él desapareció unos días por accidente, no sé si me entiendes; nunca más ha hablado con nosotros del asunto, le ha faltado valor. Pero se me ocurre que se ha pensado que tú eres un terrestre y que te convencería con esas habladurías de cometas.

-¿Estás seguro de que son habladurías de cometas?

-Pues si'; ¿qué otra cosa pueden ser? Ha habido gente en Marte por cientos y cientos de años. Nadie ha visto jamás a un marciano.

-Supón que estén en cavernas a cuatro kilómetros de profundidad.

-Nadie ha visto tampoco las cavernas. Además, ¿cómo podrían haber llegado hasta allí los marcianos? La gente que ha estado en cada centímetro cuadrado de Marte está segura de que no hay escaleras que conduzcan a ninguna parte. Ni tampoco ascensores.

-¿Estás seguro? Yo he visto uno, hace algunos días.

-¿Qué? -Bigman miró hacia atrás, por encima de su hombro-. ¿Te burlas de mí?

-No era una escalera; era un agujero. Y por lo menos tenía cuatro kilómetros de profundidad.

-Oh, hablas de la fisura. Tonterías, eso no significa nada. Marte está lleno de fisuras.

-Exacto, Bigman. Y aquí tengo mapas detallados de las fisuras de Marte, aquí mismo. Hay algo curioso sobre ellas que, al menos en los libros que me has traído, no ha sido notado. Ni una sola fisura atraviesa una sola caverna.

-¿Y qué prueba eso?

-Es lógico. Si estuvieras construyendo cuevas herméticas, ¿te interesaría tener un agujero en el techo? Y hay una coincidencia más. Cada fisura pasa cerca de una caverna, pero sin tocarla, como silos marcianos las utilizaran como puntos de entrada a las cuevas construidas.

El arenauto se detuvo de pronto. A la luz escasa de los proyectores que aún reproducían dos mapas sobre la superficie blanca y plana de sus pantallas, el rostro de Bigman se giró, sombrío, hacia David, que ocupaba el asiento trasero.

-Aguarda un instante -le dijo-; aguarda un instante, brincador. ¿Adónde nos dirigimos?

-A la fisura, Bigman. Unos cuatro kilómetros más allá del lugar en que se cayó Griswold. Allí es donde está más cercana a las cavernas de debajo del huerto de Makian.

-¿Y luego?

David respondió con calma:

-Luego, descenderé.

Librodot

9

EN LA FISURA

-¿Hablas en serio? -preguntó Bigman. y con una sombra de sonrisa prosiguió-: ¿Quieres hacerme creer que de verdad existen los marcianos?

-¿Me creerías si te dijera que sí?

-No. -De pronto pareció adoptar una decisión-. Pero no importa. Te he dicho que quiero estar en esto y ahora no me saldré.

El auto siguió avanzando.

El amanecer débil de los cielos marcianos había comenzado a iluminar el paisaje sombrío cuando el arenauto se aproximó a la fisura. Se habían deslizado durante media hora larga, horadando la oscuridad con los potentes faros porque, como Bigman había explicado, mejor sería no hallar la fisura con excesiva rapidez.

David descendió del auto para aproximarse a la gigantesca grieta. Ninguna luz penetraba aún en ella; era un negro y ominoso agujero en el suelo, que se estrechaba y extendía hacia derecha e izquierda, fuera de la vista, con el borde opuesto insinuándose, informe y grisáceo. La luz de la linterna se perdía en la profundidad vacía. Bigman se acercó por detrás:

-¿Este es el lugar? ¿Estás seguro?

David le echó una mirada.

-Según los mapas, éste es el punto más cercano a una caverna. ¿A qué distancia nos hallamos de la sección más próxima. del huerto?

-Unos cuatro kilómetros

El joven asintió. Los horticultores no podrían llegar hasta ese lugar, como no fuera durante una inspección.

-Entonces no tienes por qué esperarme -dijo David.

-Pero ¿cómo te las arreglarás, chico? -preguntó Bigman.

David estaba abriendo la caja que le habían enviado desde wingrad, tras bajarla del auto; de su interior cogió varios objetos.

-¿Has visto alguna vez uno de éstos? -preguntó.

Bigman negó con la cabeza, en tanto que retorcía un cordel entre su pulgar y su índice enguantados. Se trataba de un par de largos ca-bies de brillo sedoso, conectados a espacios regulares de treinta centímetros, por secciones perpendiculares.

-Es una escalera de cuerda, supongo -dijo.

-Sí -le explicó David-, pero no es cuerda. Es un hilado de siliconas, más ligero que el magnesio, más resistente que el acero y que no será afectado casi por las temperaturas comunes en Marte. Sobre todo se ha utilizado en la Luna, donde la gravedad es realmente baja y las montañas realmente elevadas. En Marte no tienen mucha aplicación, porque éste es un planeta casi llano. Y ha sido una gran suerte que el Consejo pudiera hallar una de estas escaleras en la ciudad.

-¿Para qué te servirá esto? -inquirió Bigman, pues luego de repasar con sus manos toda la longitud de la escalera se topó con una pesada esfera de metal unida a uno de los cabos.

-Ten cuidado -advirtió David-. Si el cierre de seguridad no está ajustado te podrás hacer daño, y mucho.

Con precaución cogió la esfera de las manos de Bigman, la abarcó con las suyas, grandes y fuertes, y giró cada una en dirección opuesta. Se oyó un sonido seco y penetrante, pero cuando David soltó la esfera en apariencia no se había producido ningún cambio.

-Mira. -La capa de tierra marciana se aligeraba y desvanecía junto a la fisura y el borde del abismo era ya roca desnuda. David se inclinó y con una leve presión pulsó la esfera y luego la proyectó hacia el precipicio, apenas iluminado por la luz rojiza del cielo matinal. Cuando hubo retirado su mano, la esfera permanecía en el mismo lugar, estabilizada en una posición extraña.

-Álzala -ordenó.

Bigman le arrojó una mirada, se adelantó e hizo un intento de alzaría. Por un instante su asombro fue visible: la esfera no se había movido del lugar; luego trató de levantarla con todas sus fuerzas y tampoco hubo ningún cambio.

La mirada de Bigman brillaba de desconcierto.

-¿Qué es lo que has hecho?

David sonrió.

-Cuando el cierre de seguridad está suelto, cualquier presión en el tope de la esfera libera un pequeño campo de fuerza de treinta centímetros que se apoya en la roca. Luego el extremo del campo de fuerza se expande en ambas direcciones, unos quince centímetros a cáda lado, o sea que dibuja una T de fuerza. Los bordes del campo son romos, no tienen filo, de modo que no puedes soltar la esfera moviéndola de un lado a otro. El único modo de apartar la esfera de la roca es destrozar la roca.

-¿Y cómo la sueltas?

David recorrió los treinta metros de la escala con sus manos hasta hallar, en el otro extremo, una esfera igual. La giró, aplicándola a la roca. Unos quince segundos más tarde la primera esfera cayó a su lado.

-Si activas una esfera -explicó-, la otra es desactivada automáticamente. O, por supuesto, si ajustas el cierre de seguridad de una esfera activada -se inclinó para hacerlo-, la desactivas -la alzó del suelo- y la otra no sufre cambios.

Bigman se hincó. En el lugar en que se habían apoyado las dos esferas ahora eran visibles dos cortes estrechos de unos diez centímetros de largo. Ni siquiera pudo introducir una uña en ellos.

David Starr seguía hablando.

-Tengo agua y comida para una semana. Me temo que el oxígeno sólo me bastará para dos días. Pero tú aguarda una semana, de t(, dos modos. Si para entonces no he regresado, ésta es la carta que entregarás a la gente del Consejo.

-Aguarda, aguarda. ¿Tú no creerás en esos cuentos de hadas de marcianos...?

-Pueden ocurrir muchas cosas. Puedo caerme; la escalera puede fallar; puedo fijarla en un sitio en que haya una grieta en la roca. Cualquier cosa. ¿Puedo confiar en ti?

Bigman mostraba su desencanto.

-Pero ésta sí que es buena. ¿Te supones que yo me quedaré aquí, de brazos cruzados, mientras tú corres con todos los riesgos?

-Así es como operan los equipos, Bigman. Tú ya lo sabes.

David se había inclinado junto al borde de la fisura. El sol se elevaba sobre el horizonte, frente a ellos, y el cielo tornasolaba del negro al púrpura. Sin embargo, la fisura seguía viéndose como un horrible y brumoso abismo; la poco densa atmósfera de Marte no difundía la luz en forma perfecta y sólo cuando el sol caía a plomo sobre ella, la noche eterna de la grieta se aclaraba un tanto.

Impasible, David arrojó la escala hacia el interior de la fisura. La fibra no hizo ruido al deslizarse contra la roca, a la que se adhería mediante la esfera y su campo de fuerza. Treinta metros más abajo resonó el golpe de la otra esfera, una o dos veces.

El joven jaló de la cuerda para comprobar su resistencia; luego, cogiéndose del peldaño superior con sus manos, se volvió hacia el abismo. Se sentía flotar entre plumas, mientras descendía a la mitad de la velocidad que podía haber alcanzado en la Tierra, pero la sensación se desvaneció con rapidez. Su peso, en ese momento, no estaba muy por debajo del peso terrestre normal, ya que llevaba dos cilindros de oxígeno, cada uno del tamaño mayor que le fue posible hallar en el huerto.

Su cabeza emergía de la grieta. Bigman le observaba, con los ojos desorbitados. David le pidió:

-Vete ahora y llévate el auto contigo. Llévate los microfilmes y los proyectores al Consejo y deja la plataforma auxiliar.

-Perfecto -repuso Bigman. Todos los autos llevaban una plataforma con cuatro ruedas que, en caso de emergencia, podía recorrer cien kilómetros en forma independiente. Eran incómodas y no brindaban protección contra el frío o, lo que era peor, contra las tormentas de polvo. A pesar de todo, cuando un arenauto se averiaba muy lejos del huerto, las plataformas eran mejor que tener que aguardar a ser hallado.

Starr miró hacia abajo. La oscuridad era muy densa y no se veía el extremo de la escala, que brillaba apenas en el aire grisáceo. Sus piernas se columpiaban con libertad mientras descendía, impulsándose con las manos, escalón tras escalón. En el

decimoctavo peldaño, cobró el extremo libre de la escala, pasó su brazo por detrás de un escalón y sus dos manos quedaron vacías.

Cuando tuvo la esfera en su mano, giró hacia la derecha y aplicó el campo de fuerza a la pared rocosa. La esfera permaneció suspendida contra la cara del precipicio; probó entonces la resistencia del nuevo anclaje. Rápidamente varió su posición para descender por la nueva vía que trazaba la escala ahora, luego que hubo liberado la esfera del otro extremo. que segundos antes estuviera fijada en el borde superior de la fisura.

Sintió que su propio cuerpo se convertía en un péndulo cuando la esfera se hundió varios metros por debajo de la superficie de Marte. Echó una mirada hacía arriba. Un ancho trazo de cielo purpúreo se dejaba ver a través de la grieta, pero supo que se angostaría más y más a medida que fuera descendiendo.

Prosiguió el descenso y cada veinte escalones fue fijándose un nuevo anclaje, una vez hacia la derecha del anterior y luego a la izquierda, a fin de mantener, en general, una trayectoria recta.

Ya habían transcurrido seis horas y una vez más David hizo una pausa para comer un bocado de su ración concentrada y beber un sorbo de agua de la cantimplora. Todo su descanso se limitaba a apoyar los pies en un peldaño y liberar de peso los hombros: no podía hacer otra cosa. En ningún momento del descenso se había presentado una falla horizontal en la pared de la sima lo suficientemente ancha como para recuperar allí el aliento. Al menos no dentro de los límites del alcance de su linterna.

Y había más problemas aún. Una ascensión, si se hubiera tratado de una ascensión, según el método de anclar cada esfera alternativamente, arrojándola hacia lo alto, sería muy lenta. Se podía hacer y así se había realizado ya... en la Luna. En Marte la gravedad duplicaba con creces la de la Luna y el avance sería no ya lento, sino lentísimo, mucho más lento que el descenso. Y esta jornada, pensó David con resignación, ya era bien larga: no se hallaría a más de cuatro kilómetros de la superficie.

Por debajo, sólo negrura. Por arriba, el muy estrecho jirón de cielo brillaba ahora. David decidió aguardar. Su reloj terrestre marcaba ya las once y esto casi valía también para Marte, ya que el período de la rotación se extendía apenas media hora más que el terrestre. Pronto el sol estaría sobre su cabeza.

Pensó con serenidad que los mapas de las cuevas marcianas, en el mejor de los casos, eran una mera aproximación, a causa de la acción de las ondas vibratorias que se expandían bajo la superficie del planeta. Aun cuando los errores fuesen mínimos, bien podría hallarse a muchos kilómetros de la real entrada a las cavernas.

Y, por otra parte, bien podría no haber ninguna entrada. Las cavernas tal vez fueran fenómenos naturales, como las de Carlsbad, en la Tierra. Sólo que estas cavernas marcianas se extendían a lo largo de cientos de kilómetros.

Amodorrado, aguardó suspendido libremente sobre la nada, entre la oscuridad y el silencio. Flexionó los dedos entumecidos; bajo los guantes, a pesar de ellos, el frío mordía sin contemplaciones. Durante el descenso, la actividad lo había mantenido a buena temperatura; ahora la quietud le hacía sentir el frío.

Casi decidido a reiniciar la marcha para caldearse un tanto, advirtió el primer rayo pálido de luz; desde muy arriba la luz amarillento del sol se hundía, remisa, en las

profundidades. Por sobre el borde de la fisura, en el Centro del diminuto jirón de cielo que seguía aún al alcance de su vista, apareció el sol. Diez minutos transcurrieron hasta que la luz llegó a su máxima intensidad, en el instante en que el globo solar fue visible por entero. Pequeño como se veía a los ojos de un terrestre, su diámetro abarcaba un cuarto del total de la fisura. David sabía que la luz tendría media hora o menos de duración y que la oscuridad volvería por veinticuatro horas a partir de entonces.

Se balanceó ampliamente, con una mirada a su alrededor. La pared del abismo no era lisa, sino aserrada, pero, de todos modos, vertical. Parecía un corte en el suelo marciano, hecho con un cuchillo de mal filo, aunque recto hacia abajo. El muro opuesto estaba mucho más cercano aquí que en la superficie, pero David estimó que aún debía descender unos tres o cuatro kilómetros para llegar a tocarlo.

Pero esto no significaba nada. ¡Nada!

Y luego vio las manchas de negrura. El aliento de David se quebró en un silbido. La negrura imperaba a su alrededor. Donde un diminuto saliente de la roca proyectaba su sombra, el resultado era una mancha negrísima. Sólo que una de esas manchas era perfectamente rectangular. Sus ángulos eran perfectos, o casi perfectos, ángulos rectos. Tenía que ser artificial; era alguna clase de entrada abierta en la misma roca.

Rápidamente cogió la esfera inferior de la escala y la arrojó en dirección a la mancha, tan lejos como le fue posible; fijó luego la otra esfera y fue alternándolas con la ansiedad aguda de que el sol iluminara toda su vía hasta esa mancha, de que la mancha no fuese una sombra ilusoria.

Ya traspuesta la anchura de. la grieta, el sol rozaba ahora el borde de la pared en la que estaba suspendido. Frente a sus ojos, las rocas que habían sido amarillorrojizas se tornaban grises una vez más. Pero aún se proyectaba luz suficiente sobre la otra pared, aún podía distinguir su camino. Le restaban menos de treinta metros para llegar, cada peldaño lo acercaba más a su objetivo

Trémula, la luz del sol se deslizaba por la pared opuesta; la oscuridad comenzaba a adensarse cuando arribó al límite de la mancha. Su mano enguantada palpó el borde de una cavidad tallada en la roca. Era un borde liso. No podía ser una cavidad más ni una falla natural. Tenía que haber sido hecho por un ser inteligente.

La luz del sol ya no le era imprescindible. El débil rayo de su linterna le bastaría. Jaló de la escala, y cuando arrojó una de las esferas se produjo un golpe seco bajo sus pies. ¡Una superficie!

Descendió de prisa y en pocos instantes se halló de pie sobre la roca. Por primera vez en más de seis horas se ponía de pie sobre algo sólido. Buscó la esfera desactivada, la fijó a nivel de su cintura, recuperó la escala, ajustó el cierre de seguridad y soltó la esfera. También por primera vez en más de seis horas ambos extremos de la escala quedaban libres.

David arrolló sobre su hombro y en torno a la cintura la cuerda de la escala y observó el lugar. En la superficie del muro rocoso la cavidad tenía unos tres metros de altura por un metro ochenta de ancho. Iluminó con su linterna el camino mientras avanzaba por el

amplio pasaje; a poco de andar había arribado frente a una plancha de piedra pulida y sólida que le cerraba el paso.

También esto era obra de seres inteligentes. Tenía que serlo. Pero aun así resultaba una barrera que le impediría avanzar en su iniciada exploración.

De pronto un violentísimo dolor en los oídos le hizo girar sobre si mismo. La explicación s~ lo podía ser una: de alguna manera la presión del aire se iba haciendo mayor en torno de él. Giró para retornar al muro de la grieta y no fue grande su sorpresa al hallarse con que la entrada que antes franqueara ahora se veía bloqueada por una roca inexistente un par de minutos atrás. Sin duda se había deslizado sin que se oyera el menor sonido.

Su corazón latía de prisa. Era evidente que estaba en algún tipo de cámara de aire. Con gran precaución se quitó la mascarilla e inhaló el aire nuevo: era tibio y sus pulmones lo recibieron con toda facilidad.

Regresó hacia la barrera interna. Ahora su confianza era total: aguardaba a que la roca se deslizara franqueándole el paso.

Y así, exactamente, ocurrió, pero un minuto antes David había sentido que una súbita presión le comprimía los brazos contra el cuerpo, como si le hubieran arrojado un potente lazo de acero que se estrechaba con fuerza en torno a su tronco. Tuvo apenas el tiempo de emitir un grito ahogado: casi inmediatamente una presión similar se abatió sobre sus piernas, juntándolas una con otra.

Así fue como, cuando la entrada interna se abrió y la vía de acceso estuvo libre ante él, David Starr no pudo mover manos ni pies.

Librodot

10

NACE EL RANGER DEL ESPACIO

David aguardó. Era una insensatez hablar al vacío. Sin duda, los entes que habían construido las cavernas y que así podían inmovilizarlo, con un método tan inmaterial, serían por entero capaces de jugar todas las cartas.

Sintió que lo alzaban del suelo, lentamente, hasta que su espalda alcanzó la posición horizontal. Hizo un intento de extender el cuello, pero se encontró con que su cabeza estaba casi inmovilizada. Las ataduras no eran tan rígidas como las que rodeaban sus miembros, sino que le parecía llevar unos arreos aterciopelados que, simplemente, limitaban sus movimientos.

Con suavidad, una fuerza invisible lo impulsaba hacia adelante. Le pareció que penetraba en una masa de agua tibia, fragante, respirable. En cuanto su cabeza, que fue la última porción de su cuerpo en hacerlo, abandonó la cámara de aire, un sueño profundo se cerró a su alrededor.

David Starr abrió los ojos con la sensación de que no había transcurrido el tiempo, pero experimentó la cercanía de una presencia viva. No estaba en condiciones de precisar la forma que adoptaba esa sensación. En primer lugar, cobró conciencia del calor. Era la temperatura de un día de verano en la Tierra. En segundo lugar, una débil luz rojiza lo rodeaba sin permitirle una visión completa; con todo, girando la cabeza7 distinguió las paredes de una pequeña habitación. Ni movimiento ni vida.

Sin embargo, en algún lugar cercano, debía estar en acción una poderosa inteligencia. David lo sentía con claridad, aunque no pudiese explicarlo.

Con cautela intentó mover una mano y no tuvo obstáculos para alzaría. Con infinitos interrogantes rebulléndole en la mente se sentó: estaba sobre una superficie flexible, pero cuya naturaleza no podía determinar por la carencia de luz.

Una voz se oyó de pronto:

-La criatura está en condiciones de reconocer su entorno...

La parte final de la frase se resolvió en un sonido sin significación. David no logró determinar de dónde provenía la voz. Surgía de todos y de ningún lado.

Una segunda voz resonó. Era distinta, aun cuando la diferencia era muy sutil: más gentil, más delicada, tal vez femenina.

-¿Te encuentras bien, criatura?

-No puedo veros -respondió David.

La primera voz (David estimó que se trataba de un hombre) se dejó oír una vez más:

-Como he dicho, es un... -nuevamente un sonido sin significación-. No estás en condiciones de ver la mente.

La frase final fue confusa, pero a David le pareció entender la expresión «ver la mente».

-Puedo ver la materia -dijo-, pero hay poca luz para ello.

Hubo un silencio, como si los dos seres estuviesen conferenciando, y luego apareció un objeto, depositado con delicadeza sobre la mano de David: era su linterna.

-¿Tiene esto -inquirió la voz masculina- algún significado para ti en lo que a luz respecta?

-Vaya, por supuesto. ¿No lo veis? -Encendió la linterna y con su haz luminoso recorrió el cuarto. Estaba vacío de vida, las paredes desnudas. La superficie sobre la que descansaba era transparente a la luz y se hallaba a algo más de un metro por encima del piso

-Es como te he dicho -resonó excitada la voz femenina-. El sentido de la visión de la criatura es activado por una radiación de onda corta.

-Pero en su mayor parte la radiación del instrumento es infrarroja y por eso he sacado mis conclusiones -protestó su interlocutor. La luz fue ganando brillo mientras la voz hablaba; viró hacia el anaranjado, luego hacia el amarillo y, por último, hacia el blanco.

David preguntó:

-¿Podéis bajar la temperatura de la habitación también?

-La hemos igualado a la de tu cuerpo.

-Sin embargo tendría que ser menor.

Al menos estaban bien dispuestos. Bien venida y refrescante, una brisa fría sopló sobre David, que dejó que la temperatura descendiera hasta los veinte grados antes de detenerlos.

David pensó: «Creo que os estáis comunicando con mi mente en forma directa; tal vez por eso creo oíros hablar lengua internacional.»

La voz masculina respondió:

-La parte final de la frase es un sonido sin significación, pero es evidente que nos estamos comunicando.

David asintió para sí mismo; ahora comprendía por qué los sonidos sin significado. Cuando utilizaba un nombre propio que no era acompañado por ninguna imagen en su mente, sólo estaba emitiendo un elemento sin significación. Estática mental.

La voz femenina explicó:

-En la antigua historia de nuestra raza hay leyendas que relatan que nuestras mentes estaban cerradas unas a otras y que nos comunicábamos mediante símbolos visuales y auditivos. Por lo que dices, no puedo menos que preguntarme si tu propio pueblo no estará en esa situación, criatura.

-Así es -dijo David-. ¿Cuánto tiempo hace que me habéis traído a esta caverna?

La voz masculina repuso:

-No ha transcurrido aún una rotación planetaria. Te pedimos disculpas por las molestias que te hayamos ocasionado, pero ésta ha sido nuestra primera oportunidad de estudiar una de las nuevas criaturas de la superficie, viva. Hemos recogido a muchos antes de ahora; al último hace muy poco tiempo; pero ninguno estaba funcionando y la cantidad de información así obtenida ha sido, lógicamente, muy limitada.

David se preguntó si el cadáver recogido poco tiempo atrás habría sido el de Griswold. Con ciertas reservas, preguntó:

-¿Habéis finalizado el examen de mi persona?

La voz femenina. denotó una veloz reacción.

-Temes ser dañado. En tu mente hay la clara impresión de que tal vez seamos tan brutales como para interferir en tus funciones vitales con el objetivo de adquirir más conocimiento. ¡Qué terrible!

-Os pido perdón si os he ofendido. Sólo ocurre que desconozco vuestros métodos.

La voz masculina aseguró:

-Sabemos todo lo que nos es preciso saber. Podemos muy bien investigar tu cuerpo molécula por molécula sin necesidad de contacto físico. La evidencia de nuestros psicomecanismos es suficiente.

-¿Qué son esos psicomecanismos que has mencionado?

-¿Tienes conocimiento de las transformaciones mentales de la materia?

-Me temo que no.

Hubo una pausa y luego, tajante, la voz masculina dijo:

-Acabo de investigar tu mente. A juzgar por su textura, estimo que el alcance de tus principios científicos no te bastará para comprender mis explicaciones.

David se sintió llamado a la realidad.

-Perdón -dijo.

La voz masculina continuó:

-Querría hacerte algunas preguntas.

-Dime, señor.

-¿Qué significa la parte final de tu frase?

-Es una simple forma de apelación cortés.

Se produjo una pausa.

-Oh, ya comprendo. Complicas tus símbolos de comunicación según la persona a la que te dirijas. Una costumbre curiosa. Pero me estoy demorando. Dime, criatura, tú irradias un enorme calor. ¿Estás enfermo o eso puede ser normal?

-Es normal. Los cuerpos muertos que habéis examinado estaban, sin duda, a la temperatura del ambiente, cualquiera que fuese. Pero mientras funcionan, nuestros cuerpos mantienen la temperatura que más les conviene.

-¿Es decir que no sois nativos de este planeta?

-Antes de responder a tu pregunta -dijo David-, querría saber cuál sería vuestra actitud hacia criaturas semejantes a mí, nativas de otro planeta.

-Te aseguro que tú y tus semejantes nos resultáis indiferentes y que sólo despertáis nuestra curiosidad. Veo en tu mente que te inquietan nuestras motivaciones; veo que temes nuestra hostilidad. Rechaza tales pensamientos.

-¿O sea que puedes leer en mi mente la respuesta a tus preguntas? ¿Por qué, entonces, me interrogas tan específicamente?

-Sólo puedo leer emociones y actitudes generales, ya que no existe comunicación estricta. Pero tú eres una criatura y no lo comprenderás. Para una información exacta, la comunicación debe implicar un esfuerzo de voluntad. Por si esto fuera de utilidad para tu mente, te informaré que tenemos muchos motivos para creerte miembro de una raza no perteneciente a este planeta. Por una parte, la composición de vuestros tejidos es bien distinta de la de cualquier cosa viviente que haya existido alguna vez en el mundo. La temperatura de vuestros cuerpos indica también que provenís de otro planeta, más cálido.

-Estás en lo cierto. Hemos venido de la Tierra.

-No comprendo la última palabra.

-Del planeta que sigue a éste, en orden de aproximación al Sol.

-Eso es muy interesante. Por el tiempo en que nuestra raza se retiró a las cavernas, medio millón de revoluciones atrás, sabíamos ya que vuestro planeta poseía vida, aunque no inteligencia, quizá. ¿Era inteligente vuestra. raza por entonces?

-Apenas -dijo David. Un millón de años terrestres habían transcurrido desde que los marcianos abandonaran la superficie de su planeta.

-Es muy interesante, por cierto. Debo llevar este informe directamente a la Mente Central. Ven...

-Permite que me quede aquí... Quiero seguir comunicándome con esta criatura.

-Como gustes.

La voz femenina pidió:

-Háblame de tu mundo.

David habló libremente. Experimentaba una languidez placentera, casi deliciosa. La sospecha ya no lo poseía y no había motivos para que no respondiera con la total verdad. Las imágenes le brotaban sin interrupción. Aquellos seres eran gentiles y amistosos.

Y entonces ella liberó de su influencia la mente de David y él se detuvo, de pronto.

-¿Qué he estado diciendo? -exclamó con ira.

-Nada que pueda dañarte -le aseguró la voz femenina-. Sólo he alejado las inhibiciones de tu mente. Es ilegal hacerlo, y no hubiese tenido el atrevimiento necesario si... hubiese estado aquí. Pero tú no eres más que una criatura y yo soy muy curiosa. Sabía que tu desconfianza era demasiado profunda para que pudieras hablar sin una pequeña ayuda mía, y tu desconfianza está fuera de lugar. Jamás os haríamos daño, a menos que os inmiscuyerais con nosotros.

-¿Y acaso no lo hemos hecho ya? -preguntó David-. Hemos ocupado vuestro planeta, de uno a otro extremo.

-Aún me pones a prueba. Desconfías de mí. La superficie del planeta no nos sirve de nada. Esta es nuestra casa. Pero, a pesar de todo -la voz femenina sonaba anhelosa- debe representar una emoción profunda el hecho de viajar de un planeta a otro. Sabemos muy bien que existen muchos planetas y muchos soles. Pensar que criaturas como tú sois las herederas de todo ello, es tan interesante que agradezco una y otra vez que te hayamos captado en tu difícil camino de descenso a tiempo para abrirte un acceso.

-¡Qué! -David no pudo menos que gritar, aun cuando sabía que las ondas sonoras de sus cuerdas vocales no serían oídas y que sólo los pensamientos de su mente eran comprendidos-. ¿Vosotros habéis hecho esa abertura?

-No yo sola... @me ayudó. Así es como hemos tenido oportunidad de investigarte.

-¿Pero cómo lo habéis hecho?

-Pues, por la voluntad.

-No logro comprender.

-Es muy simple. ¿No puedes ver en mi mente? Oh, lo he olvidado; tú eres una criatura. Verás, cuando nos retiramos a las cavernas nos vimos forzados a destruir muchos kilómetros cúbicos de materia para tener espacio para nosotros mismos bajo la superficie. No había dónde almacenar tanta cantidad de materia, de modo que la convertimos en energía y...

-No, no, no alcanzo a comprenderte.

-Oh, no comprendes. Pues todo lo que te puedo decir es que la energía fue almacenada de modo tal que pudiese ser utilizada mediante un esfuerzo mental.

-Pero si toda esa materia que una vez estuvo en estas vastísimas cavernas ha sido convertida en energía...

-Habrá, aún, una gran cantidad. Sí, así es. Hemos vivido entre esa energía durante medio millón de revoluciones y está calculado que tenemos suficiente para veinte millones más de revoluciones. Ya antes de abandonar la superficie estudiamos la relación entre mente y materia, y desde que hemos venido a las cavernas, hemos perfeccionado nuestros conocimientos hasta tal punto que prescindimos por entero de la materia en lo que a uso personal se refiere. Somos entidades de pura mente y energía, que ni mueren ni nacen ya. Estoy aquí, contigo, pero a causa de que no puedes sentir la mente, no sabes de mi presencia sino a través de tu mente.

-Pero, sin duda, un pueblo como el vuestro puede convertirse en amo de todo el universo.

-¿Temes que disputemos el universo a pobres criaturas materiales como tú? ¿Que luchemos por un lugar entre las estrellas? No tiene sentido. Todo el universo está aquí, con nosotros. Nos bastamos a nosotros mismos.

David quedó en silencio. Luego, con lentitud, se llevó una mano a la cabeza: experimentaba la sensación de que finas, delicadísimas manos tocaban su mente. Era la primera vez que lo poseía tal sensación y se estremeció al captarla.

Ella volvió a hablar:

-Te pido perdón una vez más. Pero eres una criatura tan interesante. Tu mente me dice que tus congéneres están en peligro y que tu sospechas que la causa somos nosotros. Te aseguro, criatura, que no hay nada de eso.

Las palabras habían sido dichas con simplicidad. David no tenía más alternativas que creer en ellas.

Y prosiguió:

-Tu compañero me ha dicho que la química de mis tejidos es por entero distinta a la de cualquier tipo de vida en Marte. ¿Puedo preguntar qué significa eso?

-Es que se trata de una substancia compuesta de nitrógeno.

-Proteína -explicó David.

-No comprendo esa palabra.

-¿De qué se compone nuestra materia orgánica?

-De... Es totalmente distinto, pues casi no hay nitrógeno en estos elementos.

-¿O sea que no podéis ofrecerme comida?

-Creo que no... dice que cualquier materia orgánica de nuestro planeta te resultaría venenosa. Podemos elaborar compuestos simples del mismo tipo de tus tejidos, de los que podrías alimentarte, pero el complejo material nitrogenado que integra la masa principal de tus tejidos, siñ un estudio profundo, está más allá de nuestras posibilidades. ¿Estás hambrienta, criatura?

La simpatía y la preocupación eran claras en los pensamientos de la interlocutora. (David seguía considerando femenina a la voz.)

-Por ahora -respondió- aún tengo mi propia comida.

La voz femenina continuó:

-Me resulta incómodo pensar en ti simplemente como criatura. ¿Cuál es tu nombre? -Luego, como si temiera no ser comprendida, añadió-: ¿Cómo te identifican tus congéneres?

-Me llaman David Starr.

-No comprendo, pero creo captar una referencia a los soles del universo. ¿Te llaman así porque eres viajero en el espacio?

-No. Muchos de mis semejantes viajan a través del espacio. «Starr» carece de significación especial en el presente. Es sólo un sonido que me identifica, tal como vuestros nombres son sólo simples sonidos. Cuando menos, no se resuelven en una pintura o imagen. No logro comprenderlos.

-Es una pena. Tendrías que poseer un nombre que indicase que viajas por el espacio, que vigilas de uno a otro extremo del universo. Si yo fuese una criatura como tú, creo que me resultaría grata la denominación de «Ranger del Espacio».

Y así fue como de los labios de una criatura viviente a la que no veía y jamás podría ver en su forma verdadera, David Starr oyó por vez primera el nombre con el que sería conocido en toda la Galaxia.

11

LA TORMENTA

Más profunda y pausada, una voz se concretó en la mente de David:

-Te doy la bienvenida, criatura. El que... te ha dado es un buen nombre.

La voz femenina dijo:

-Te cedo el lugar...

Con la pérdida de la sensación de un débil contacto sobre su mente, David comprendió, sin posibilidad de error, que la dueña de la voz femenina ya no estaba en comunicación mental con él. Giró, con alguna inquietud, una vez más bajo la ilusión de que esas voces provenían de algún lugar; su mente, no preparada, aún intentaba interpretar según sus habituales métodos algo de lo que nunca antes había tenido conocimiento. La voz no tenía dirección, por supuesto; estaba dentro de su mente.

El nombre del oficio del nuevo ser había sido una expresión sin significado para David; no obstante, percibió el inconfundible aire digno y responsable que emanaba del marciano. A pesar de ello, dijo con firmeza:

-Preferiría que permanecieras fuera de mi mente.

-Tu discreción -dijo la voz profunda- es comprensible y digna de encomio. Pero te aseguro que mi inspección se limitará exclusivamente a datos externos; con toda escrupulosidad evitaré inmiscuirme en tu ámbito privado.

David se sintió tenso, pero era inútil. Durante largos minutos no ocurrió nada. Incluso el ilusorio y suavísimo contacto con su mente, que experimentara cuando la poseedora de la voz femenina lo había investigado, estuvo ausente en esta nueva y experta inspección. Sin embargo, el joven era sabedor, aunque ignorara por cuál vía, de que los compartimientos de su mente eran abiertos con delicadeza y luego cerrados: todo sin dolor ni desasosiego.

La voz profunda le dijo:

-Te doy las gracias. Prontamente serás puesto en libertad y devuelto a la superficie.

-¿Qué has hallado en mi mente? -El tono de David fue casi de desafío.

-Lo bastante como para compadeceros. Nosotros, los de Vida Interior, hemos sido alguna vez como vosotros, y así es que poseemos un alto grado de comprensión de vuestra vida. Tu gente no guarda equilibrio con el universo. Vuestra mente es inquisitiva é intenta comprender lo que sólo con vaguedad puede sentir, ya que no posee los más veraces y profundos sentidos, los únicos que os revelarían la realidad. En vuestra vana búsqueda entre las sombras que os cercan, viajáis por el espacio hasta los límites exteriores de la Galaxia. Así os veo... te ha puesto el nombre adecuado. Vosotros sois, realmente, Rangers del Espacio.

Librodot

»¿Y de qué valen vuestros viajes? La verdadera victoria es la victoria interior. Para comprender el universo material debéis, primero, estar separados de él como nosotros lo estamos. Nos hemos apartado de las estrellas para volcarnos hacia nosotros mismos. Nos hemos retirado a las cavernas de nuestro único mundo y hemos abandonado nuestros cuerpos. Ya no hay muerte entre nosotros, excepto cuando una mente se retira a descansar; ni tampoco nacimientos, excepto cuando una mente se ha retirado a descansar y debe ser remplazada.

-A pesar de todo -dijo David- no os bastáis por entero. Algunos de vosotros sufrís de curiosidad. El ser que habló antes conmigo deseaba saber sobre la Tierra.

-... ha nacido recientemente. Sus días no alcanzan a cien revoluciones del planeta en torno al Sol; su control de esquemas de pensamiento es imperfecto aún. Los que somos maduros concebimos con facilidad los muy distintos modos en que se ha desarrollado la historia terrestre. Pocos de ellos os serían comprensibles a vosotros mismos y ni siquiera a través de una infinidad de años nosotros lograríamos agotar los pensamientos posibles en cuanto a vuestro mundo, y cada pensamiento llegaría a mostrarse tan atractivo y estimulante como el pensamiento único que en realidad representa... Aprenderá, con el tiempo, que esto es así.

-Pero tú mismo te has ocupado de examinar mi mente.

-A fin de cerciorarme de lo que antes sólo había sospechado. Tu raza tiene capacidad de crecimiento. Bajo circunstancias favorables, dentro de un millón de revoluciones de nuestro planeta (un instante en el curso vital de la Galaxia), podríais alcanzar la Vida Interior. Y será para bien. Mi raza tendrá compañía en la eternidad y esa situación de compañerismo será de mutuo beneficio.

-Has dicho que podríamos alcanzarla -dijo David, interrogante.

-Tu especie posee ciertas tendencias que mi gente jamás ha tenido. A partir de tu mente, me resulta fácil deducir que hay tendencias contrarias al bienestar general.

-Si te refieres a cosas como el crimen y la guerra, verás en mi mente que la amplia mayoría de los humanos luchamos contra las tendencias antisociales y que, aunque lentos, nuestros progresos en este campo son firmes.

-Lo he visto. Y veo más aún. Veo que tú mismo estás ansioso por el bienestar de todos. Tienes una mente vigorosa y saludable, cuya esencia yo vería con gusto integrada a una de nuestras mentes. Me complacería brindarte alguna ayuda.

-¿Cómo? -preguntó David.

-Tu mente está otra vez colmada de sospechas. Recházalas. Mi ayuda no implicará interferencia personal en las actividades de tu raza. Tal interferencia sería incomprensible para vosotros e indigna para mí. Permíteme indicarte los dos errores que tú ya conoces, en tu fuero interno.

»En primer lugar, por estar compuesto de elementos inestables, eres una criatura perecedera. No sólo llegarás a la descomposición y te disolverás en unas pocas revoluciones del planeta, sino que si antes te ves sujeto a cualquiera de mil distintos accidentes, morirás. En segundo lugar, crees que puedes trabajar mejor en secreto; no ha transcurrido mucho desde que un congénere tuyo reconoció tu verdadera identidad y,

sin embargo, has seguido pretendiendo una identidad distinta. ¿Es verdad lo que te he dicho?

-Es verdad -dijo David-, pero ¿qué puedes hacer tú en este sentido?

La voz profunda anunció:

-Ya está hecho y en tu mano.

Y algo suave se corporizó en la mano de David Starr. Sus dedos estuvieron a punto de dejar caer el objeto, antes de que él percibiera su presencia. Era un trozo, casi sin peso, de... ¿de qué?

La voz profunda respondió al pensamiento no explicitado, con placidez:

-No es gasa, ni fibra, ni plástico, ni metal. No es materia, tal como tu mente la concibe. Es... Póntelo sobre los ojos.

David hizo lo que le ordenaban y el objeto brincó de sus manos como si poseyera vida propia, plegándose, suave y tibio, contra cada sinuosidad de su frente, ojos y nariz, pero sin entorpecer su respiración o el movimiento de los párpados.

-¿Qué cambio se ha operado? -inquirió.

Antes de haber dicho las palabras, vio un espejo ante sí, hecho de energía, con tanta velocidad y silencio como los del pensamiento mismo. Y allí vio su imagen, aunque turbia. Su vestimenta de horticultor, desde las botas altas hasta el cuello del mono, aparecía difusa, como fuera de foco, a través de una niebla oscura que cambiaba sin cesar, como si manara un humo tenue que no alcanzaba a desvanecerse. Desde su labio superior hasta el cabello todo se perdía en un resplandor luminoso que brillaba sin cegar y sin permitir la visión de lo que había por detrás. Mientras David observaba la imagen, el espejo se desvaneció, convertido nuevamente en energía almacenada, de la que se había desprendido por un instante.

Inseguro, David preguntó:

-¿Así me verán los demás?

-Sí, si poseen sólo el equipo sensorial que tú tienes.

-Y me es posible verlo todo con claridad. Lo que significa que los rayos de luz penetran en el escudo. ¿Por qué no lo cruzan también, en sentido contrario, y dejan ver mi rostro?

-Sí lo hacen, pero cambian de trayectoria y sólo dejan ver lo que se ha reflejado en el espejo. Para explicártelo con propiedad tendría que utilizar conceptos que están fuera del alcance de tu mente.

-¿Y el resto? -las manos de David se movieron con lentitud por encima del humo que lo envolvía. No sintió nada.

La voz profunda respondió, una vez más, al pensamiento no verbalizado:

-Tú no sientes nada. Y lo que se te muestra como humo es una barrera resistente a radiación de onda corta e infranqueable para objetos materiales de tamaño mayor que el molecular.

-¿Es decir que se trata de un escudo personal de fuerza?

-Bien, es una burda descripción, sí.

David estalló:

-¡Gran Galaxia, es imposible! Se ha probado definitivamente que ningún campo de fuerza tan pequeña como para proteger a un hombre de la radiación y de la inercia material puede ser generado por una máquina que el hombre pueda llevar consigo.

-Y así es para la ciencia que tus congéneres están en condiciones de desarrollar. Pero la máscara que llevas no es una fuente de energía, sino un equipo de almacenaje de energía que, por ejemplo, puede ser renovada por unos pocos instantes de exposición a las radiaciones de un Sol poderoso como lo es el nuestro, desde la distancia de este planeta. Y más aún: es un mecanismo que libera esa energía por deseo mental. Ya que tu propia mente es incapaz de controlar el poder, ha sido adaptada a las características de tu mente y operará en forma automática y en la medida de lo necesario. Ahora quítate la máscara.

David llevó su mano hasta los ojos y, respondiendo otra vez a su deseo, la máscara se separó de su rostro y se convirtió en un leve trozo como de gasa en la mano.

Por última vez la voz profunda habló:

-Y ahora debes abandonarnos, Ranger del Espacio.

Con suavidad inimaginable, David Starr perdió el sentido.

No hubo transición, casi, en su recuperación del sentido, que fue completa, pues ni siquiera experimentó la menor inseguridad en cuanto al lugar en que se hallaría; en ningún momento se preguntó dónde se hallaba.

Supo con certeza que estaba de pie sobre sus dos buenas piernas sobre la superficie de Marte; que nuevamente llevaba la mascarilla y que respiraba a través de ella; que detrás de él estaba el exacto lugar del borde de la fisura donde había anclado la escala de cuerda para iniciar el descenso; que a su izquierda, semioculta entre las rocas, estaba la plataforma que Bigman le dejara allí.

Hasta supo el modo especifico en que lo habían devuelto a la superficie. No era memoria; era información deliberadamente implantada en su cerebro, tal vez como recurso final para impresionarlo con el poder de los marcianos sobre las interconversiones materia-energía. Sus huéspedes habían abierto un túnel hacia la superficie, para él, y lo habían elevado a velocidad de cohete, convirtiendo la roca sólida en energía, por delante de el, y luego la energía en roca, tras su paso, hasta que por fin se halló de píe sobre la corteza exterior marciana.

En su interior perduraban palabras que no había oído conscientemente. Sonaban en la voz femenina de la caverna y eran palabras sencillas: «¡No temas, Ranger del Espacio!»

Comenzó a marchar; ya no estaba en el entorno tibio y similar al terrestre que había sido preparado para él allá abajo, en la caverna. Por contraste, sintió más que nunca el frío y

el viento le pareció el más fuerte que soportara en Marte. El Sol estaba naciendo, por el este, tal como cuando inició su descenso a la fisura. ¿Habría sido en el día anterior? No tenía medio de determinar cuánto tiempo había transcurrido durante sus intervalos de inconsciencia, pero estimaba con certeza que no debía haber sido un lapso mayor de dos días.

El cielo aparecía distinto. Era más azul, y el sol más rojizo. Intrigado, David frunció el entrecejo; luego se encogió de hombros. Se estaba habituando al paisaje marciano, eso era todo; se le había tornado familiar y, por la fuerza de la costumbre, lo interpretaba de acuerdo con los antiguos esquemas terrestres.

Lo mejor sería iniciar en seguida el regreso hacia la cúpula del huerto. La plataforma no era, por supuesto, ni tan veloz ni tan cómoda como un arenauto. Cuanto menor fuese el tiempo que transcurriese sobre ella, más confortable estaría.

Como un experto conocedor de Marte, echó una mirada de reconocimiento a las formaciones rocosas cercanas. Los horticultores hallaban sus caminos en un desierto sin rutas apelando a un método simple; buscaban una roca que semejaba «un melón en un sombrero», se dirigían hacia ella hasta llegar a otra que se veía «como una nave espacial con dos tanques arriba»; por entre ambas se encaminaban hacia una tercera «que parecía una caja desfondada». Era un método primitivo, pero no requería más instrumental que una cierta memoria e imaginación pictórica, y los horticultores disponían de buena cantidad de ambos elementos.

David avanzaba por la ruta que Bigman le había recomendado para un regreso más breve, con menos posibilidades de errar el camino que si se guiaba por formaciones rocosas menos reconocibles. La plataforma se sacudía, sorteando a brincos las rocas mayores y entre nubes de polvo al girar. David la conducía con firmeza, los talones asentados en las cavidades de apoyo, empuñando en cada mano uno de los cables metálicos que hacían las veces de timón. Y no se preocupaba por moderar su velocidad: aun cuando el vehículo sufriera un vuelco, no llegaría a ser demasiado el daño que sufriría, dadas las condiciones de gravedad marciana.

Pero, de pronto, otra circunstancia lo detuvo: un gusto extraño en la boca, una comezón en las mandíbulas y en la línea de la nuca. Experimentaba una sensación leve, arenosa, en el paladar. Observó con desagrado la nube de polvo que se expandía a su espalda, como la estela de un cohete. Era desusado que se extendiera hacia los lados por delante, como para colmarle la boca.

¡Hacia los lados y por delante! ¡Gran Galaxia! La idea que en ese instante irrumpió en su mente le hizo el efecto de una garra helada en el corazón y en la garganta.

Aminoró la velocidad de la plataforma y ~e dirigió hacia un grupo de rocas donde su paso no podía producir polvo; interrumpida la marcha, aguardó a que el aire se aclarase. Pero no sucedió así. Con la lengua recorrió el interior de la boca, inquieto por la creciente aspereza que provenía del finísimo polvo en suspensión. Observó el sol más rojo y el cielo más azul, ahora con clara idea de lo que estaba ocurriendo. El polvo que flotaba en el aire favorecía la dispersión de la luz, extrayendo el azul del sol y

adicionándolo al cielo en general. Sus labios se resecaban y la comezón ya no se limitaba a mandíbulas y nuca.

No cabía ninguna duda. Con decisión firme se instaló en la plataforma y apuró la marcha, hasta el máximo de velocidad, por entre rocas, pedruscos y polvo.

¡Polvo!

¡Polvo!

Aun en la Tierra los hombres poseen un hondo conocimiento de las tormentas marcianas de polvo, que sólo en cuanto a sonido se asemejan a las tormentas de arena de los desiertos terrestres. La marciana es conocida como la más mortífera de las tormentas del sistema solar habitado. Ningún hombre, cogido como David Starr, sin arenauto que lo protegiese, a kilómetros del refugio más cercano, jamás en la historia de Marte, había sobrevivido a una tormenta de polvo. Muchos hombres habían rodado entre las angustias de la muerte a menos de dos metros de una cúpula, incapaces de cubrir la distancia, en tanto que, desde dentro, los que observaban la escena no se atrevían, ni podían intentar el rescate sin un arenauto.

David Starr sabía que sólo le restaban unos pocos minutos para arribar a esa misma agonía. El polvo, despiadado, ya se insinuaba por debajo de su mascarilla y contra la piel de su rostro. Lo percibía dentro de sus ojos lacrimosos y parpadeantes.

12

LA PIEZA PERDIDA

La naturaleza de la tormenta marciana de polvo no ha sido bien comprendida. Como la de la Luna terrestre, la superficie de Marte está, en su mayor parte, cubierta de fino polvo; pero, a diferencia de la Luna, Marte posee una atmósfera capaz de poner en movimiento el polvo. Por lo común, no se trata de un hecho peligroso. La atmósfera marciana es leve y los vientos no tienen excesiva duración.

Pero en ocasiones, por razones desconocidas, aunque tal vez relacionadas con tormentas eléctricas en el espacio, el polvo adquiere una carga eléctrica y cada partícula rechaza a la partícula vecina. Aun sin la presencia del viento, el polvo tiende a elevarse; cada paso, cada movimiento, puede alzar una nube de polvo que no se asienta, sino que se expande y adensa el aire.

Cuando a esto se suma el viento, se habla de la existencia de una real tormenta de polvo. El polvo jamás es tan espeso que impida l~ visión; no es éste el peligro. La tremenda penetración es lo que lo convierte en elemento mortífero.

Las partículas de polvo son en extremo finas y lo penetran todo. Las ropas no logran detenerlo; el abrigo de una elevación rocosa no significa nada; la mascarilla de respiración, con su ancha banda de ajuste a la cara, no basta para detener en su camino a las diminutas partículas.

En medio de una tormenta, dos minutos son tiempo suficiente para que se genere una comezón insufrible; cinco minutos ciegan, virtualmente, a un hombre y quince minutos lo matan. Hasta una tormenta suave, tan débil que podría no ser advertida por las personas que la atraviesan, llega a enrojecer las superficies expuestas de la piel y ocasiona lo que se denominan quemaduras de polvo.

David Starr sabía todo esto y más aún. Sabía que su propia piel estaba enrojeciendo. Carraspeaba, en un intento de aclarar su garganta congestionada, pero sin resultados positivos. Había tratado de mantener cerrada la boca, apretando los labios con firmeza y exhalando sin abrirlos, casi. De nada le valió. El polvo lo invadía, se franqueaba sus propios caminos a través de sus labios. La plataforma avanzaba en forma irregular ya que el polvo penetraba en su motor y lo dañaba tanto como a David.

Sus ojos estaban inflamados y casi no los podía mantener abiertos. Las lágrimas que fluían y se acumulaban en la parte inferior de la mascarilla respiratoria iban empañando los cristales y ya le impedían la visión.

Nada detenía a esas partículas microscópicas, excepto las suturas herméticas de una cúpula o de un arenauto. Nada.

¿Nada?

Entre la comezón enloquecedora y la carraspera, pensaba con desesperación en los marcianos. ¿Sabrían ellos que se cernía una tormenta de polvo? ¿Podrían saberlo? ¿Lo habrían enviado a la superficie, de saberlo? De su mente bien podrían haber captado que

Librodot

sólo tenía una plataforma móvil para regresar hasta la cúpula. También podrían haberlo transportado a la superficie dejándolo junto a la cúpula, o dentro de ella, inclusive.

Los marcianos debían conocer la existencia de las condiciones para esa tormenta. Recordó que el ser con la voz profunda había sido abrupto en su decisión de hacerlo regresar a la superficie, como si lo poseyera el interés de que la salida de David coincidiese con el apogeo de la tormenta.

Y también estaban las palabras finales de la voz femenina, las palabras no oídas conscientemente y que, por ello, sabía que habían sido implantadas en su cerebro en su trayecto a través de la roca: «No temas, Ranger del Espacio.»

Mientras pensaba en todo esto, la respuesta se hizo clara en su mente. Una mano buscó un bolsillo, la otra la mascarilla de respiración. Cuando alzó la mascarilla, la nariz y los ojos, parcialmente desprotegidos, recibieron el castigo del polvo, ardiente e irritante.

Sintió el irresistible deseo de estornudar, pero lo rechazó con entereza. La involuntaria inhalación llenaría sus pulmones con una cantidad mortal de polvo.

Pero ya extraía del bolsillo el trozo de gasa y lo alzaba hasta sus ojos y nariz, y deslizaba por encima, nuevamente, la mascarilla.

Sólo entonces estornudó. Esto implicaba que había aspirado una buena cantidad de los gases atmosféricos marcianos, pero ya no mezclados con polvo. Inmediatamente inició una respiración forzada, absorbiendo cuanto oxígeno le era posible, exhalando con energía, arrojando el polvo de dentro de su boca. Alternó algunas aspiraciones con la boca, para evitar un próximo estado de hiperoxigenación.

Gradualmente, las lágrimas fueron lavando el polvo de sus ojos y, al no penetrar nuevas nubes de polvo, recuperó su capacidad visual. Sus miembros y cuerpo estaban oscurecidos por el neblinoso escudo de fuerza que lo rodeaba y sabía que la parte superior de su cabeza resultaba invisible dentro de la aureola de su máscara protectora.

Las moléculas de aire podían penetrar en el escudo con libertad, pero, y a pesar de ser tan pequeñas, las partículas de polvo eran del tamaño necesario para ser detenidas. David pudo observar el proceso con sus propios ojos: tan pronto como chocaba con el escudo, cada partícula de polvo se detenía y la energía de su movimiento era convertida en luz, de modo que en el punto de posible penetración surgía una diminuta chispa. Todo su cuerpo estaba sumergido en un océano de chispas que se arremolinaban, brillantes como el sol marciano, rojo y opaco entre el polvo, en tanto que su luz no lograba tocar el suelo ni disipar la semioscuridad sobre él reinante.

David sacudió sus ropas y una nube de polvo se elevó, bella a la vista ahora que el escudo lo protegía. El polvo podía salir del escudo de fuerza, pero no podía volver a penetrar. En forma gradual se fue liberando de casi todas las partículas. Con aire de duda observó la plataforma... intentó poner en marcha el motor y la respuesta fue un breve y ronco sonido; luego, el silencio. Era de esperar. a diferencia de los arenautos, las plataformas no tenían, no podían tener motores blindados.

Debería andar. El pensamiento no le asustaba: la cúpula del huerto estaba a una distancia menor de cinco kilómetros y tenía oxígeno suficiente. Sus cilindros estaban llenos. Los marcianos se habían ocupado de ello antes de enviarlo de regreso.

Se le ocurrió que ahora los comprendía. Ellos sabían que amenazaba tormenta; tal vez la habían favorecido. Era poco lógico suponer que con su antigua experiencia del clima marciano y sus vastos conocimientos científicos no hubiesen adquirido una idea precisa de las causas fundamentales y de los mecanismos de las tormentas de polvo. Al enviarlo a enfrentarse con la tormenta, sabían que él llevaba en su bolsillo la defensa perfecta. No le habían formulado ninguna advertencia acerca de la prueba que le aguardaba, ni acerca de la defensa que poseía. Era acertado. Si él era hombre merecedor del presente de un escudo de fuerza, podría o debería pensar en su valor por si mismo. De lo contrario, no era la persona indicada para tenerlo.

David sonrió aun cuando le era difícil soportar el roce de sus ropas contra la piel inflamada, mientras marchaba sobre el terreno marciano. Fríos y poco emotivos se habían mostrado los nativos de Marte al arriesgar así su vida, pero el joven experimentaba un fuerte sentimiento de simpatía hacia ellos. Había pensado con la prisa suficiente como para salvarse, pero no era cuestión de sentirse orgulloso: debió pensar en la máscara mucho antes.

El escudo de fuerza que lo rodeaba estaba facilitando su marcha. Comprobó que el campo de fuerza cubría también las suelas de sus botas, de modo que éstas no tocaban el suelo marciano, sino que se mantenían un par de centímetros más arriba. Su impulsión a partir de la superficie era elástica; avanzaba como movido por cien muelles de acero. Unida a la baja gravedad, esta circunstancia le permitía salvar la distancia que lo separaba de la cúpula a largas y flexibles zancadas.

Iba de prisa. Más que nada, en ese momento experimentaba la necesidad urgente de un baño tibio.

Cuando David llegó junto a una de las entradas de la cúpula del huerto, lo peor de la tormenta y los rayos de luz que emitiera su escudo de fuerza se habían disuelto en ocasionales chispas. Ya podía quitarse la máscara protectora.

Cuando la entrada se abrió para él, primero hubo miradas, luego gritos y exclamaciones, a medida que los horticultores dejaban su tarea y se precipitaban a recibirle.

-¡Por la rotación de Júpiter, es Williams!

-¿Dónde te habías metido, chico?

-¿Qué ha sucedido?

Y por encima de los gritos confusos, de las preguntas formuladas todas a una, predominó una voz estridente:

-¿Cómo has logrado atravesar la tormenta de polvo?

La pregunta se impuso por sobre el vocerío, flotó en el aire en medio del silencio. Alguien dijo, luego:

-Mírale la cara. Parece un tomate pelado.

Era una exageración, pero contenía un grado de veracidad que impresionó a todos los presentes. Muchas manos se tendieron hacia el cuello de su mono, que estaba ajustado a su garganta, como protección contra el frío marciano. Le alcanzaron un asiento; alguien llamó a Hennes.

Diez minutos más tarde se presentó el capataz; saltó de la plataforma móvil con un aspecto entre fastidiado e iracundo. No dejó ver signos de alivio ante el regreso de uno de sus empleados. En cambio vociferó:

-¿Qué es lo que sucede, Williams?

David levantó los ojos y repuso, fríamente:

-Es que me he perdido.

-¿Así llamas tú a irse por dos días? ¿Así que estabas extraviado? ¿Qué ha ocurrido?

-Creo que salí a dar un paseo y me alejé mucho.

-¿Has pensado que necesitabas tomar un poco de aire y has caminado durante dos noches marcianas? ¿Supones que te creeré?

-¿Ha desaparecido algún arenauto?

Al ver que Hennes enrojecía de irritación, uno de los horticultores se interpuso.

-Está fuera de combate, señor Hennes. Ha tenido que atravesar la tormenta de polvo.

-No seas tonto -exclamó Hennes-. De haber estado en la tormenta, no se hallaría aquí, ahora, vivo y sentado.

-Pues sí que lo sé -repuso el hombre-, pero mírelo usted.

Hennes le echó una mirada. El enrojecimiento de la parte inferior de la cara y del cuello era un hecho inapelable.

-¿Has estado en la tormenta? -preguntó.

-Así es -respondió David.

-¿Cómo has logrado atravesarla?

-He visto a un hombre -dijo David-. Un hombre de humo y luz. El polvo no le molestaba; me ha dicho que su nombre es Ranger del Espacio.

Los hombres se iban acercando. Hennes giró hacia ellos, furioso, el rostro encarnado y violento.

-¡Por el Espacio, fuera de aquí! -gritó-. Volved al trabajo. Y tú, Jonnitel, vete a buscar un arenauto.

Transcurrió una hora antes de que a David le fuera permitido tomar el baño caliente por el que todo su cuerpo clamaba. Hennes prohibió que los demás horticultores se le acercaran. Una y otra vez, mientras medía a zancadas su propia oficina, se detuvo y giró con furia, para preguntar a David:

-¿Qué hay con ese Ranger del Espacio? ¿Dónde le has encontrado? ¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha hecho? ¿Qué es eso de humo y luz?

A todo esto David sólo sacudía apenas la cabeza y repetía:

-Quería dar un paseo. Me he perdido. Un hombre que ha dicho llamarse Ranger del Espacio me ha traído de regreso.

Hennes cejó, por el momento. El médico del huerto se hizo cargo de él. David consiguió su baño caliente. Le untaron la piel con cremas, le inyectaron las hormonas adecuadas. Tampoco pudo evitar la inyección de soporite; pero estaba dormido ya antes de que le retirasen la aguja.

Despertó. Se hallaba entre sábanas limpias y tibias, en el sector destinado a enfermería. El enrojecimiento de la piel había cedido en intensidad. Volverían a estrecharle a preguntas, lo sabía, pero sólo necesitaba mantenerlos alejados por un breve lapso.

Estaba seguro de poseer la respuesta para el enigma del envenenamiento de la comida, ahora; la respuesta casi completa. Le faltaban una o dos piezas sueltas y, por supuesto,. la prueba legal.

Unos pasos leves sonaron tras su cama, cada vez más lentos. ¿Comenzarían tan prontamente? Pero era Benson, que se adelantó hasta el campo visual de David. Benson; labios fruncidos, el cabello escaso en desorden, el rostro convertido en imagen de preocupación. Traía en la mano algo similar a un antiguo y rústico revolver. Con voz susurrante preguntó:

-¿Estás despierto, Williams?

-Ya ve usted que si -respondió el joven.

Benson se enjugó unas gotas de sudor en la frente con el dorso de la mano.

-No saben que estoy aquí. Supongo que no está permitido verte.

-¿Por qué?

-Hennes se ha convencido de que tú estás enredado en esto del envenenamiento. Ha querido convencernos a Makian y a ml mismo de eso. Asegura que has estado afuera, quién sabe dónde, y que no has dicho más que tonterías al respecto. Por mucho que yo haga, te hallas en una situación difícil.

-¿Por mucho que usted haga? ¿Cree usted en la teoría de Hennes sobre mi complicidad en el asunto?

Benson se inclinó hacia su rostro y David sentía el aliento cálido sobre su piel, mientras él murmuraba:

-No, no lo creo. No lo creo porque estimo que lo que cuentas es verdad. Por eso he venido. Quiero hacerte alguna pregunta acerca de esa criatura de que hablas, de esa que

dices haber visto cubierta de humo y luz. ¿Estás seguro de que no se trata de una alucinación, Williams?

-Lo he visto con mis ojos -aseguró David.

-¿Cómo sabes que era humano? ¿Te ha hablado en lengua internacional?

-No me ha hablado, pero tenía forma humana. -Los ojos de David recorrieron las facciones de Benson-. ¿Piensa usted que se trataría de un marciano?

Los labios de Benson se plegaron en una sonrisa espasmódica.

-Ah, recuerdas mi teoría. Si, creo que era un marciano. Piensa, muchacho, ¡piensa! Se están mostrando abiertamente ahora y hasta la mínima información puede ser vital; o sea que nuestro tiempo es muy breve.

-¿Por qué es breve nuestro tiempo? -David se apoyó en un codo.

-Es que no sabes lo que ha ocurrido desde tu partida de aquí. Te aseguro, Williams, que todos nos hallamos sumergidos en la desesperación, ahora. -Le indicó el objeto similar a un revólver y preguntó, lleno de amargura-:

¿Sabes qué es esto?

-Se lo he visto a usted antes de ahora.

-Es mi arpón de muestras; lo he diseñado yo. Lo llevo conmigo cuando voy a los depósitos de grano en la ciudad. Dispara una pelotilla hueca unida por un cordel metálico al caño del revólver. Digamos que debo coger una muestra de cereal; unos momentos después del disparo se abre en la pelotilla un orificio que permite que los granos penetren en ella y la llenen. A continuación la pelotilla se cierra y yo la recupero y retiro la muestra tomada al azar. Si vario el. tiempo después del cual se abre la pelotilla, puedo coger muestras a diversas profundidades del depósito.

-Muy ingenioso -dijo David-, pero ¿por qué lo lleva usted ahora?

-Porque pienso arrojarlo en la unidad de eliminación de basura, una vez que haya salido de aquí. Era mi única arma contra los envenenadores; hasta el presente no me ha servido de nada y en el futuro, sin duda tampoco me servirá.

-¿Qué ha ocurrido? -David se aferró al hombro de Benson, con fuerza-. Dígame.

El científico reprimió una mueca de dolor.

-Cada miembro del sindicato de horticultores ha recibido una nueva carta de quienquiera que sea el que está detrás de esto del envenenamiento. Es indudable que las cartas y el envenenamiento son obra de los mismos hombres o entidades. Las cartas lo admiten ahora.

-¿Y qué dicen?

Benson se encogió de hombros.

-¿Qué importancia tienen los detalles? Pero lo que exige es una completa rendición por parte nuestra, o el ataque se multiplicará por mil próximamente. Creo que esto se puede hacer y que se hará, y si así sucede, la Tierra y Marte, y todo el sistema solar estarán poseídos por el pánico.

Antes de proseguir, Benson se puso de pie.

-Les he dicho a Makian y Hennes que creo en tu palabra, que tu Ranger del Espacio es la clave de todo este asunto, pero no me han creído. Hasta me parece que Hennes sospecha que estoy complicado contigo.

Y quedó absorto en sus propios problemas.

David preguntó:

-¿Cuánto tiempo nos resta, Benson?

-Dos días. No, fue ayer. Ahora tenemos treinta y seis horas. ¡Treinta y seis horas!

David se vería obligado a trabajar de prisa. Muy de prisa. Aunque quizá el tiempo bastara. Sin saberlo, Benson le había presentado la pieza perdida del enigma.

Librodot

13

EL CONSEJO SE HACE CARGO

Benson se fue unos diez minutos más tarde. Nada de lo que David le dijo le satisfizo en cuanto a sus teorías que conectaban a los marcianos con el envenenamiento y su inquietud crecía a ojos vista.

-No quiero que Hennes me sorprenda aquí

-dijo-. Hemos tenido... una discusión.

-¿Y qué hay con Makian? Está de nuestro lado, ¿verdad?

-No lo sé. Quedará arruinado pasado mañana. No creo que le reste energía para hacer frente a Hennes. Mira, es mejor que me vaya. Si se te ocurre algo, cualquier cosa que sea, házmelo saber de algún modo. ¿Lo harás?

Tendió la mano y David apenas se la estrechó. Benson se alejó.

David se sentó en la cama. Su propia inquietud había crecido desde el momento en que despertara. Su ropa estaba sobre una silla, al otro extremo de la habitación. Sus botas estaban junto a la cama, las canas erguidas. No se había atrevido a revisarlas en presencia de Benson, apenas las había mirado.

Quizá, pensó con desasosiego, no las habrían revisado. Las botas altas de un horticultor son inviolables; después del robo de un arenauto en el desierto, robar las botas de un horticultor era el crimen más severamente castigado. En el momento de su muerte, todo horticultor era enterrado con sus botas, sin que nadie osara registrarlas antes.

David registró el bolsillo interno de. cada bota y sus dedos no hallaron nada. En uno de los bolsillos había guardado un pañuelo y en el otro unas monedas. Sin lugar a dudas habían revisado su ropa; si bien lo había previsto, en apariencia no había pensado que el registro incluiría las botas. Contuvo el aliento; su brazo se introdujo en una de las cañas. La suave piel le llegó hasta la axila y luego cedió; sus dedos se estiraron hasta la punta. Un rayo de pura alegría le llenó la cara cuando palpó el suave material de la máscara marciana.

Allí la había ocultado mientras se hacían los preparativos para su baño, pero no había pensado en el soporite. Era puro azar, pura suerte, que no hubiesen revisado la punta de las botas. Tendría que ser más precavido en adelante.

Puso la máscara en un bolsillo de una bota y lo cerró. Cogió las botas; brillaban: alguien las había limpiado durante su sueno, como muestra de buena voluntad, y esto denotaba el instintivo respeto que el horticultor experimenta hacia las botas, sean de quien sean.

Sus ropas había pasado por la vaporización de lavado. Las fibras plásticas brillantes que componían el tejido olían a nuevo. Todos los bolsillos estaban vacíos, por supuesto, pero bajo la silla estaban todas sus pertenencias cuidadosamente apiladas. Nada echó de menos. El pañuelo y las monedas de los bolsillos de sus botas también estaban allí.

David se puso su ropa interior, los calcetines, el mono y, por último, las botas. Se ajustaba el cinturón en el instante en que un individuo de barba oscura apareció en la puerta.

David levantó los ojos. Fríamente preguntó:

-¿Qué quieres, Zukis?

-¿Dónde te crees que irás, terrestrito?

-preguntó a su vez el horticultor. Sus ojos parpadeaban nerviosamente y, para David, la expresión de ese rostro era la misma del primer día en que lo había visto. Recordaba con exactitud el arenauto de Hennes, junto a la Oficina de Empleos en Horticultura; recordaba el instante en que, al ocupar el asiento trasero del vehículo, ese rostro barbado le había clavado una mirada iracundo, cuando ya el disparo lo había inmovilizado y no podía defenderse.

-No iré a ningún lugar -dijo David- que requiera tu permiso.

-¿Ah, si? Te equivocas, chico, porque no te moverás de aquí. Ordenes de Hennes.

Zukis bloqueaba la puerta con su cuerpo. Dos desintegradores estaban bien a la vista, a cada lado del cinturón del individuo.

Transcurrió un instante antes que la barba pringosa de Zukis se partiera en dos, en una sonrisa amarillenta.

-¿Es que has cambiado de parecer, terrestrito?

-Quizá -respondió David. Y luego añadió-: alguien ha venido a verme ahora mismo. ¿Cómo ha sido posible? ¿No estabas vigilando?

-Calla -gruñó Zukis.

-¿O es que te han pagado para que mirases hacia otra parte por un momento? A Hennes tal vez no le agradará eso.

Zukis lanzó un escupitajo a un centímetro de las botas de David.

-¿Quieres poner a un lado tus desintegradores y repetir la hazaña?

-Cuídate si te interesa vivir, terrestrito -dijo Zukis.

Cerró la puerta tras de si, con dos vueltas de llave. Transcurrieron algunos minutos y hubo un sonido metálico al otro lado de la puerta, que se abrió nuevamente. Zukis traía una bandeja en sus manos. Amarillo de calabaza, verde de algún vegetal.

-Ensaladilla -dijo Zukis-. Más que suficiente para ti.

Un pulgar ennegrecido asomaba por sobre un extremo de la bandeja. El otro extremo se apoyaba sobre la parte interna de la muñeca, de modo que la mano del horticultor estaba cubierta.

El joven se puso de pie, dio un brinco y flexionó las piernas sobre el colchón de la cama. Sorprendido, Zukis se volvió de prisa, pero David, cobrando impulso en los muelles del colchón, saltó por el aire.

El choque fue violentísimo; de un manotazo, David hizo caer la bandeja, cuyo contenido se esparció por el suelo; la otra mano de David se arrolló en la barba del horticultor.

Zukis cayó, emitiendo un grito ronco. El pie de David se aplastó contra la otra mano de su contrincante, la mano que quedara oculta bajo la bandeja. El grito se convirtió en aullido agonizante mientras sus dedos aplastados se abrían y soltaban el desintegrador que habían estado empuñando.

La mano de David abandonó la barba del otro para cogerle el otro brazo libre que ya se dirigía hacia el segundo desintegrador; le retorció el brazo por delante del pecho y por detrás de la nuca y jaló de la mano:

-Estate quieto -dijo- o te arrancaré el brazo.

Zukis cesó en su resistencia; los ojos se le salían de las órbitas y respiraba con esfuerzo.

-¿Qué buscas? -inquirió.

-¿Por qué ocultabas el desintegrador bajo la bandeja?

-Tengo que protegerme, ¿no? ¿Qué si saltabas sobre mi cuando tuviese las manos ocupadas con la bandeja?

-¿Y por qué no has hecho traer la bandeja por algún otro, mientras tú lo cubrías?

-Es que no lo he pensado -gimoteó Zukis.

David aumentó la presión sobre el brazo y la boca de Zukis se contorsionó en una mueca de agonía.

-¿Qué te parece si me dices la verdad, Zukis?

-Quería... quería matarte.

-¿Y qué le habrías dicho a Makian?

-Que habías... intentado huir.

-¿Idea tuya?

-No, de Hennes; él es el responsable, yo sólo he seguido órdenes.

David lo soltó; cogió los dos desintegradores.

-Levántate.

Zukis se apoyó de lado y gruñó de dolor: le era difícil ponerse de pie con una mano aplastada y un hombro casi descoyuntado.

-¿Qué quieres? ¿Qué harás? ¡No has de atacar a un hombre desarmado!

-¿Tú no lo harías?

Una nueva voz intervino, tensa:

-Suelta esas armas, Williams.

David volvió la cabeza con un movimiento brusco. Hennes estaba en el vano de la puerta apuntando con el desintegrador. Tras él Makian dejaba ver su rostro grisáceo, surcado de arrugas. Los ojos de Hennes no permitían dudar acerca de sus intenciones y su desintegrador estaba en condiciones de disparar.

David arrojó las armas que unos minutos antes arrebatara a Zukis.

-Aléjalos con el pie hacia aquí -dijo Hennes.

David lo hizo.

-Ahora dime qué ha ocurrido.

-Usted ya lo sabe -respondió el joven-. Zukis intentó asesinarme, siguiendo sus órdenes, y no me he quedado aguardando a que ocurriese.

En tanto, Zukis graznaba:

-No, señor Hennes. No señor. No ha sido eso. Le había traído su comida y él ha saltado sobre mí. Tenía las manos en la bandeja, no podía defenderme.

-Cállate -dijo Hennes con desprecio-, ya hablaremos de ello más tarde. Sal ahora y en menos de un segundo tráeme unas esposas.

Zukis se precipitó hacia afuera.

Makian preguntó casi sin interés:

-¿Por qué las esposas, Hennes?

-Porque este hombre es un impostor peligroso, señor Makian. Usted recordará que lo traje aquí porque parecía saber algo acerca del envenenamiento.

-Si, sí. Recuerdo.

-Nos contó una historia sobre una hermana menor envenenada por jamón marciano, ¿recuerda usted? Yo lo he investigado. No ha habido tantas muertes por envenenamiento que hayan sido registradas por las autoridades, como dice este hombre que lo fue la muerte de su hermana. En total suman doscientos cincuenta. Era fácil investigarías todas y lo he hecho; ningún caso de los registrados se refería a una niña de doce años con un hermano de la edad de Williams y que hubiese muerto comiendo jamón.

Makian estaba perplejo.

-¿Desde cuándo sabes esto, Hennes?

-Casi desde el instante de su llegada. Pero le he dejado hacer. Necesitaba saber qué era lo que buscaba. Y encargué a Griswold que lo vigilara...

-Que intentara matarme, querrá decir -interrumpió David.

-Si, algo así, considerando que tú lo asesinaste porque fue tan tonto como para permitir que sospecharas de él. -Volvió a dirigir sus palabras a Makian-: Luego se las compuso para enredarse con ese tío cabeza hueca de Benson, porque así podría seguir de cerca nuestros avances en la investigación. Luego, como indicio final, se ha escabullido del huerto tres noches atrás por un motivo que se niega a explicar. ¿Quiere usted saber por qué? Fue a pasar información a los tipos que lo han contratado, los que están detrás del asunto. Es más que pura coincidencia que el ultimátum haya llegado mientras él había desaparecido.

-¿Y dónde estaba usted? -preguntó David, de pronto-. ¿Dejó de vigilarme luego de la muerte de Griswold? Si sabía que yo me había ido con esa finalidad, ¿por qué no enviar una partida a buscarme?

Makian estaba más perplejo aún.

-Bien...

Pero ya David lo interrumpía:

-Déjeme usted llegar al fin, señor Makian. Creo que quizá Hennes no estaba en la cúpula la noche en que me alejé e incluso el día y la noche siguientes. ¿Dónde estaba, Hennes?

Hennes se adelantó, con una mueca horrible en la boca. La mano ahuecada de David estaba cerca de su cara; aunque creía que Hennes no se atrevería a disparar, estaba presto a utilizar su escudo de fuerza. De ser necesario.

Makian, inquieto, puso una mano sobre el hombro de Hennes.

-Mejor será que lo entreguemos al Consejo.

-¿Qué es eso del Consejo? -preguntó David, de prisa.

-Nada que sea cosa tuya -gruñó Hennes. Zukis regresó con las esposas. Eran varillas plásticas flexibles, que podían adoptar cualquier forma y quedar fijas en esa posición. Su resistencia era infinitamente mayor que la de un cable o la de las esposas comunes de metal.

-Las manos -ordenó Hennes.

David las tendió sin decir una palabra. La varilla envolvió sus muñecas por dos veces. Con una mirada maligna, Zukis la ajustó de modo brutal y luego accionó el cierre cuya acción se traducía en una reacomodación molecular automática que endurecía el plástico. La energía liberada en esa reacomodación entibió el plástico. Otra varilla fue aplicada a los tobillos de David.

El joven se sentó en silencio sobre la cama; en una mano sostenía aún la máscara-escudo. La mención que Makian hiciera acerca del Consejo era, para David, prueba suficiente de que no permanecería maniatado largo tiempo. Entretanto dejaría que las cosas se desarrollasen por sí mismas.

Una vez más preguntó:

-¿Qué es eso del Consejo?

Pero su pregunta fue inútil. Desde afuera llegó un alarido; como impulsado por una catapulta se precipitó dentro de la habitación, a través de la puerta, un cuerpo.

-¿Dónde está Williams?

Era el mismísimo Bigman, tan duradero como la vida, que no es muy duradera. El diminuto horticultor tenía la vista fija en la figura sentada de David y hablaba de prisa, sin tomar resuello.

-No he sabido que has atravesado una tormenta de polvo hasta el momento en que llegué al huerto. Por Ceres calcinante, bueno debes haber estado. ¿Cómo lograste atravesarla? Yo... yo...

En ese preciso instante advirtió la situación del joven y giró, furibundo.

-¿Quién, por el Espacio, ha maniatado así al chico?

A todo esto, Hennes, que se había recuperado ya de la sorpresa inicial, cogió de un brutal manotazo el cuello del mono de Bigman y lo levantó en vilo.

-¡Ya te he dicho qué ocurriría si te pillaba por aquí otra vez, marmota!

-¡Suéltame, tú, bocazas! -chilló el hombrecito-. Tengo derecho a estar aquí. Te doy un segundo y medio para soltarme o responderás ante el Consejo de Ciencias.

-Por el amor de Marte, Hennes -intervino Makian-, suéltalo.

Hennes lo dejó caer.

-Fuera de aquí.

-No en vida tuya. Soy funcionario acreditado del Consejo. He venido con el doctor Silvers. Pregúntaselo.

Con la cabeza señaló al individuo alto y delgado que estaba de pie junto a la puerta. Su cabello era blanco plateado y un espeso bigote del mismo color cubría su labio.

-Perdón -dijo el doctor Silvers-, querría hacerme cargo del asunto. El gobierno en Ciudad Internacional, en la Tierra, ha declarado una situación de emergencia en todo el Sistema y todos los huertos deberán quedar bajo control de Consejo de Ciencias a partir de ahora. Me han asignado la tarea de hacerme cargo del huerto de Makian.

-Me temía algo así -murmuró Makian, con aire descontento.

-Quitadle las esposas a este hombre -ordenó el doctor Silvers.

-Es peligroso -protestó Hennes.

-Yo me haré enteramente responsable.

Bigman dio un brinco y juntó con fuerza los talones.

-Andando, Hennes -dijo.

El capataz palideció de ira, pero no profirió una sola palabra.

Tres horas habían transcurrido cuando el doctor Silvers se entrevistó nuevamente con Makian y Hennes en el despacho privado del primero.

-Tendré que revisar todos los registros de producción de este huerto en los últimos seis meses. Hablaré también con el doctor Benson acerca de lo que haya logrado saber de útil para la resolución de este problema del envenenamiento de comestibles. Deberemos aclarar esto en seis semanas. Ni un instante más.

-¡Seis semanas! -estalló Hennes-. ¡Querrá decir un día!

-No, señor. Si no obtenemos la respuesta antes de que expire el plazo del ultimátum, todas las exportaciones de comestibles desde Marte serán paralizadas. Entretanto, no pasaremos por alto ni la más mínima circunstancia, ni el más leve indicio.

-Por el Espacio -dijo Hennes-, la Tierra sufrirá hambre.

-Sólo serán seis semanas. Las reservas de alimentos bastarán, si se procede a racionarlas.

-Habrá pánico y desórdenes -dijo Hennes.

-Es verdad -repuso el doctor Silvers-, será muy desagradable.

-El Consejo arruinará al sindicato de horticultores -gruñó Makian.

-La ruina es inevitable, si no trabajamos de prisa. Me propongo hablar con el doctor Benson. Mañana al mediodía conferenciaremos los cuatro. Si hasta la medianoche no surge nada en Marte o en los Laboratorios Centrales de la Luna, el embargo se hará efectivo y celebraremos una reunión general marciana de los miembros del sindicato.

-¿Por qué? -preguntó Hennes.

-Porque hay motivos -respondió el doctor Silvers- para creer que quienquiera que sea el que está detrás de esta locura criminal ha de hallarse íntimamente conectado con los huertos. Han mostrado saber mucho acerca de los huertos como para que pensemos otra cosa.

-¿Y qué hay con Williams?

-Ya le he interrogado. Se ha mantenido firme en su historia, que sin duda es extraña en grado sumo. Lo he enviado a la ciudad, donde el interrogatorio proseguirá en forma exhaustiva; de ser necesario, bajo hipnosis.

La señal de la puerta parpadeó.

El doctor Silvers ordenó:

-Abra la puerta, señor Makian.

Y Makian lo hizo, como si no fuese el dueño de uno de los más importantes huertos marcianos y, a causa de ese hecho, uno de los más ricos y poderosos hombres del Sistema Solar.

Bigman entró en el despacho, dirigiendo una mirada de desafío hacia Hennes.

-Williams está en un arenauto -dijo- camino de la ciudad, bajo custodia.

-Estupendo -dijo el doctor Silvers, y sus finos labios se contrajeron en una mueca impenetrable.

A dos kilómetros de la cúpula principal del huerto el arenauto se detuvo. David Starr, equipado con los cilindros de oxígeno y la mascarilla respiratoria, descendió y su mano dibujó un saludo hacia el conductor que, antes de cerrar la puerta del auto, le dijo:

-¡Recuerda! ¡Entrada! Allí estará uno de nuestros hombres para dejarte entrar.

David asintió con una sonrisa. Luego de observar cómo se alejaba el arenauto hacia la ciudad, se volvió e inició su marcha hacia la cúpula.

Los hombres del Consejo hablan cooperado, por supuesto. Accedieron a que él abandonara la cúpula en forma pública y regresara en secreto, pero ninguno de ellos, ni siquiera el doctor Silvers, conocía el motivo.

Ya había completado las piezas del enigma, pero aún carecía de la prueba.

14

"YO SOY EL RANGER DEL ESPACIO"

Hennes entró en su habitación con un talante en el que se equilibraban ira y fatiga; su fatiga era lógica. Eran las tres de la mañana y no había descansado bien en las últimas dos noches, y en rigor tampoco en los últimos seis meses. A pesar de todo había considerado un deber presenciar la entrevista que este doctor Silvers, del Consejo, había mantenido con Benson.

Al doctor Silvers no le había agradado esto, pero Hennes se cobraba así una mínima parte de la ira que lo poseía. ¡El doctor Silvers! Un viejo incompetente que venía de la ciudad contoneándose y creyendo que llegaría al meollo del problema en un día y una noche, cuando toda la ciencia de la Tierra y de Marte lo hablan examinado durante meses sin obtener soluciones. Y también contra Makian estaba furioso Hennes, por haberse vuelto tan flexible como una bota bien untada, por mostrarse como un simple lacayo del tonto de los pelos blancos. ¡Makian! Dos décadas atrás había sido casi una leyenda: el dueño más inflexible del huerto más duro de Marte.

Y también estaba Benson y su interferencia en los planes de Hennes que iban a demostrar la culpabilidad de ese novato, ese Williams, del modo más inmediato y simple. Y Griswold. y Zukis, que eran tan estúpidos como para haber dado los pasos necesarios para despertar la debilidad de Makian y el sentimentalismo de Benson.

Pensó en la necesidad de una píldora de soporite. Esta noche el descanso le era imprescindible; mañana seria una jornada ruda y su ira podía desvelarlo.

Sacudió la cabeza. No. No se podía arriesgar a estar drogado y sin defensa, por si se daba algún giro en los acontecimientos.

Por fin oprimió el interruptor que fijaba magnéticamente la puerta en su lugar. Con una breve mirada se cercioró de que los circuitos electromagnéticos estuviesen en funcionamiento. Las puertas individuales, en la vida del huerto, por entero masculina e informal, se cerraban tan pocas veces que no era extraño que el aislamiento fallara, o que hubiese averías en los cables, sin que nadie se llegase a percatar en años. Y Hennes no recordaba que su puerta hubiese estado cerrada desde el primer día en que fue contratado.

El circuito estaba en buenas condiciones. La puerta no se movió siquiera cuando la probó. Mejor así.

Con un suspiro profundo se sentó en la cama; se quitó las botas, primero una, luego la otra. Se frotó los pies extenuados, lanzó otro suspiro y quedó tieso; se levantó de la cama con un movimiento inconsciente.

La mirada de Hennes era de total turbación. No podía ser. ¡No podía ser! Porque significaría que la loca historia de Williams era verdad. Y que las ridiculeces que balbuceaba Benson acerca de marcianos, después de todo, podían...

No, se negaba a creerlo. Era mejor suponer que su mente, falta de reposo, le estaba jugando una mala pasada.

Sin embargo, la oscuridad de la habitación se iluminaba con un frío brillo azul blancuzco, una luz que no deslumbraba. Así veía la cama, las paredes, la silla, el armario, sus botas, en el mismísimo lugar donde él las dejara. Y también veían a la figura humana con un brillo luminoso en lugar de cabeza y de contornos indefinidos, como si una neblina lo estuviese recubriendo.

De pronto su espalda dio contra la pared. Su retroceso había sido un movimiento instintivo del que no cobró conciencia.

El ser hablaba y las palabras resultaban huecas y resonantes, como si las acompañara un eco.

El ser dijo:

-¡Yo soy el Ranger del Espacio!

Una vez superada la primera impresión de sorpresa, Hennes se esforzó por tranquilizarse. Con voz firme respondió:

-¿Qué quieres?

El Ranger del Espacio no se movió ni dijo una sola palabra, y Hennes recorrió, otra vez, la aparición con sus ojos.

El capataz se mantuvo a la expectativa; el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho. El ser de humo y luz no varió su posición. Bien podía ser un robot programado sólo para decir esa frase que lo identificaba.

Por un instante Hennes se preguntó si seria eso, pero rechazó de inmediato la idea; estaba de pie junto al cajón de su mesilla de noche y su sorpresa y asombro no le impidieron tomar conciencia de su situación. Con lentitud extrema su mano comenzó a adelantarse.

A la luz del propio ser, el movimiento de la mano no podía pasar inadvertido, pero tampoco ahora hubo cambios en la figura. La mano de Hennes descansaba sobre la tapa de la mesilla en un gesto que quería parecer inocente. Robot, marciano u hombre, pensó Hennes, no ha de conocer el secreto de ese cajón; sin duda había estado oculto en la habitación, pero no la había registrado. Y si lo había hecho, había cumplido una tarea perfecta, ya que el ojo alerta, ahora, de Hennes no lograba descubrir nada anormal, nada fuera de su lugar, ni una sola cosa que ocupara un sitio que no le correspondía, excepto, claro, el mismo Ranger del Espacio.

Sus dedos tocaron una pequeña fisura en la madera. Era un mecanismo elemental y pocos capataces dejaban de utilizarlo en los huertos de Marte. La pequeña fisura se movió a un lado, bajo la presión de sus uñas. En cierta manera, era antiguo, tan antiguo como la misma mesilla de madera, una tradición que se remontaba a los días viejos, los días sin ley de los horticultores primeros; pero la tradición muere prontamente. Un panel se había deslizado hacia afuera, de uno de los lados del mueble. Hennes estaba preparado y su mano fue un borrón de movimiento hacia el desintegrador.

Lo empuñó apuntando a matar: en todo ese lapso la criatura no se había movido; sus probables brazos pendían, muertos.

En busca de confianza, Hennes retrocedió un paso. Robot, marciano u hombre, el ser no podría resistir a un desintegrador. Era un arma pequeña y su proyectil era de un tamaño insignificante. Los antiguos revólveres de días pasados se cargaban con balas metálicas que, en comparación, eran rocas. Pero el diminuto proyectil del desintegrador era infinitamente más mortal. Una vez en movimiento, cualquier cosa que detuviera al proyectil en su trayectoria accionaba un pequeño dispositivo atómico que convertía una microscópica fracción de la masa en energía; en el instante en que se operaba esa conversión de la masa en energía, ya fuera piedra, metal o carne humana, el objeto interpuesto se consumía con un ruido leve, un chirrido mínimo.

En un tono que se adueñaba de la amenaza representada por el desintegrador, Hennes preguntó:

-¿Quién eres? ¿Qué quieres?

Una vez más el objeto habló y una vez más repitió, con lentitud:

-¡Yo soy el Ranger del Espacio!

Los labios de Hennes describieron una curva feroz mientras hacia fuego.

El proyectil salió del cañón en una trayectoria recta, se dirigió hacia el objeté de humo, lo alcanzó y se detuvo. Se detuvo de. pronto, sin tocar el cuerpo, del que estaba a unos milímetros. Ni siquiera los efectos de la colisión atravesaron la barrera del campo de fuerza, que absorbió todo el impulso del proyectil, devolviendo un rayo de luz.

Un rayo de luz jamás visto antes. Emergió del intenso resplandor del proyectil del desintegrador explotando en energía al ser detenido, sin la presencia de ningún tipo de materia que atenuase la intensidad lumínica. Fue como si, por una fracción de segundo, existiera en la habitación un sol diminutísimo.

Hennes, gritando salvajemente, se cubrió los ojos con las manos en un intento tardío de protegerlos; minutos después, cuando se atrevió a alzar los párpados, sus ojos doloridos y ardientes nada le dijeron. Abiertos o cerrados, sólo &Lstinguían una negrura tachonada de puntos rojos. No pudo ver que el Ranger del Espacio se precipitaba hacia sus botas, revisaba los bolsillos con dedos veloces, cortaba el circuito magnético de la puerta y se deslizaba fuera de la habitación segundos antes de que la inevitable aglomeración se produjera. Y ya comenzaban a oírse gritos confusos de alarma. Los horticultores se acercaban.

La mano de Hennes aún le cubría los ojos cuando oyó a sus hombres. Pidió a gritos:

-¡Cojan esa cosa! ¡Cójanla! Está en la habitación. ¡No lo dejen escapar, por el amor de Marte, cobardes de botas negras!

Media docena de voces resonaron, respondiendo:

-No hay nadie en la habitación.

Alguien agregó:

-Huele a desintegrador, sin embargo.

Una voz firme y autoritaria interrumpió:

-¿Qué ocurre, Hennes? -Era el doctor Silvers.

-Intrusos -repuso Hennes, temblando de frustración y furia-. ¿Nadie lo ha visto? ¿Qué os ocurre? ¿Estáis...? -No pudo decir la palabra. Sus ojos parpadeantes estaban llenos de lágrimas y la luz enceguecedora comenzaba a abrirse paso en ellos. No pudo decir «ciegos».

Silvers preguntó:

-¿Quién era el intruso? ¿Puede describirlo? Y Hennes sólo sacudió la cabeza, sin esperanzas. ¿Cómo explicarle? ¿Cómo iba a hablarle de una pesadilla de humo que podía hablar y contra la cual una bala podía explotar antes de tocarla y sin dañarla, pero cegando al hombre que la había disparado?

El doctor James Silvers se dirigió hacia su habitación lleno de preocupación. Este tumulto que lo había arrancado de sus planes y análisis, este alboroto de hombres a su alrededor, la explicación inconsciente de Hennes, todo carecía de sentido para él: eran molestias mínimas. Sus ojos estaban fijos en el día de mañana.

No tenía fe en la victoria, ni tampoco en la eficacia de un embargo. Si los embarcos de víveres cesaban, si siquiera unos pocos en la Tierra alcanzaban a inventar sus propias teorías al respecto, los resultados podrían ser más aterradores que cualquier envenenamiento en masa.

Aquel joven, David Starr, tenía confianza, pero hasta el presente los actos del muchacho no le inspiraba ninguna. Su historia de un Ranger del Espacio revelaba pobreza de imaginación, estaba encaminada a despertar las sospechas de hombres como Hennes, a quienes hasta podría ocasionar la muerte. Había sido una fortuna para el jovencito que él, Silvers, hubiese llegado en el instante oportuno. Y no le había explicado los motivos de semejante situación, ni tampoco había hecho más que comunicarle sus planes de partir hacia la ciudad y luego regresar en secreto. Cuando Silvers había recibido la primera carta de Starr, de manos del hombrecito que se autodenominaba Bigman, en tremendo desafío a la verdad, se apresuró a pedir confirmación a la Central del Consejo en la Tierra. Y le habían respondido que David Starr debía ser obedecido en todo.

Pero cómo podría ese jovencito...

El doctor Silvers se detuvo. ¡Qué extraño! La puerta de su habitación, que dejara abierta en su prisa, aún estaba abierta, pero no había luz en el interior y recordaba que no la había apagado al salir, tenía presente su reflejo, a sus espaldas, en el momento de abandonar el cuarto, hacia la escalera.

¿Quién la habría apagado? ¿Sería por razones de economía? No, no era muy probable.

Dentro del cuarto sólo había silencio. Empuñó su desintegrador, empujó la puerta y se dirigió hacia el interruptor de la luz.

Una mano le tapó la boca.

Se resistió, pero el brazo era fuerte, musculoso, y la voz que sonó en sus oídos le resultaba familiar.

-Perdón, doctor Silvers. Sólo quería impedir que delatara mi presencia con una exclamación de sorpresa.

El brazo se apartó. El doctor Silvers inquirió:

-¿Starr?

-Sí. Cierre la puerta. Creo que su habitación será el mejor escondite en tanto se efectúe la búsqueda. De todos modos debo hablar con usted. ¿Dijo Hennes qué había sucedido?

-No, no del todo. ¿Está usted involucrado en la cuestión?

La sonrisa de David pasó inadvertida en la oscuridad.

-En alguna medida, doctor Silvers. Hennes recibió la visita del Ranger del Espacio y, en medio de la confusión, pude filtrarme hasta su habitación sin que nadie me haya visto, espero.

La voz del viejo científico se alzó, contra su propia voluntad:

-¿Pero qué dice usted? No estoy de humor para bromas.

-No bromeo. El Ranger del Espacio existe.

-Esto no servirá de nada. La historia no ha impresionado a Hennes y yo me merezco la verdad.

-Ahora impresionará a Hennes, estoy seguro, y usted tendrá la verdad mañana, cuando todo se aclare. Hasta entonces, no se preocupe. Ahora escúcheme: el Ranger del Espacio, como le he dicho, existe y es nuestra mayor esperanza. Nuestras cartas son pobres, malas y aunque sé quién está detrás del envenenamiento, el saberlo puede ser inútil. No se trata de un criminal o dos que intentan ganar unos millones mediante un chantaje imponente, sino que nos enfrentamos con un grupo bien organizado que pretende obtener el control de todo el Sistema Solar. Y esto puede continuar, estoy convencido, aun cuando logremos detener a los jefes, a menos que conozcamos los detalles de la conspiración y la detengamos inmediatamente.

Indíqueme al jefe -dijo Silvers con gesto adusto- y el Consejo se hará cargo de los detalles.

-Habrá poco tiempo -repuso David, también adusto-; tendremos que obtener la respuesta, toda la verdad, en menos de veinticuatro horas. Si tardamos más no podremos impedir la muerte de millones de seres humanos en la Tierra.

-¿Cuál es su plan, pues? -preguntó el doctor Silvers.

-En teoría sé quién es el envenenador y cómo lo hace. Para refutar la negativa por parte del envenenador necesitaré una prueba material. Y la he de obtener antes de que termine la noche. Para sonsacarle, aun así, la información necesaria, tendremos que quebrantar, por entero, su moral. Y para ello utilizaremos al Ranger del Espacio. En realidad, el proceso de quebrantamiento de la moral ya se ha iniciado.

-El Ranger del Espacio nuevamente. Lo tiene a usted fascinado. Si de verdad existe, si no es una estratagema suya de la que hasta yo deba ser víctima, ¿quién es y qué es? ¿Cómo sabe que no lo decepcionará?

-A nadie puedo revelar los detalles. Sólo puedo decirle que él está de parte de la humanidad. Confío en él como en mí mismo y asumo la total responsabilidad en cuanto a él. Usted ha de hacer lo que yo le pido, doctor Silvers, en este asunto, o le prevengo que no tendremos más alternativa que operar sin usted. La importancia de esta jugada es tan enorme que ni siquiera usted puede cruzarse en mi camino:

El tono de la voz no se prestaba a error por su firmeza. El doctor Silvers no podía ver la expresión del rostro de David en la oscuridad, pero tampoco le era imprescindible.

-¿Qué debo hacer?

-Mañana al mediodía usted se encontrará con Makian, Hennes y Benson. Lleve consigo a Bigman, en carácter de guardia personal. Es pequeño, pero es veloz y no sabe de miedos. Ponga el Edificio Central bajo custodia de los hombres del Consejo y hágalos armar con desintegrador de repetición y bombas de gases, como medida precautoria. Ahora bien, recuerde que entre las doce y quince y las doce y treinta la entrada principal debe estar sin guardia ni custodia. Yo garantizo la seguridad general. No manifieste sorpresa frente a nada de lo que ocurra luego.

-¿Estará presente usted?

-No. Mi presencia no será necesaria.

-¿Y qué ha de ocurrir?

-Habrá una visita del Ranger del Espacio. El sabe lo que sé yo y, de su boca, la acusación sonará más tremenda para el criminal.

El doctor Silvers, a pesar de sí mismo, sintió que la esperanza crecía en su interior.

-¿Cree usted, entonces, que tendremos éxito?

Hubo un largo silencio. Luego David Starr respondió:

-¿Cómo asegurarlo? Sólo tengo esperanzas de que sea así.

Y se produjo un silencio más largo aún que el anterior. El doctor Silvers oyó un sonido leve, como si la puerta se hubiese abierto. Se volvió hacia el interruptor de la luz. El salón se inundó de claridad y el científico se halló solo.

Librodot

15

INTERVIENE EL RANGER DEL ESPACIO

David Starr se movió con tanta prisa como le fue posible. De la noche restaba muy poco. En parte, la excitación y las tensiones comenzaban a ceder y la honda fatiga que durante horas se había rehusado a reconocer lo invadía ahora.

Su pequeña linterna relampagueó aquí y allá. Ansiaba que lo que estaba buscando no se hallara bajo más cerraduras aún, porque de ser así tendría que utilizar la fuerza y nada le convenía menos que despertar a alguien en ese instante. No había caja de seguridad a la vista, ni otra cosa equivalente. Bueno y malo por igual. Lo que buscaba no tendría que hallarse fuera del alcance, pero bien podría no estar en la habitación.

Y sería una pena, sobre todo pensando en la forma tan cuidadosamente planeada a través de la cual obtuvo la llave. Las secuelas del plan no abandonarían a Hennes de modo inmediato.

David sonrió. En el primer momento él mismo se había sentido tan asombrado como Hennes. Sus palabras «yo soy el Ranger del Espacio» eran las primeras que articulaba a través del escudo de fuerza luego de la partida de las cavernas marcianas. No recordaba cómo había sonado su voz entonces; quizá no la había oído; quizá, bajo influencia marciana, sólo había percibido sus propios pensamientos y los de ellos.

Aquí en la superficie, en cambio, el sonido de su propia voz lo impresionó profundamente; la resonancia, el tono hondo le resultaron inesperados. Por cierto que se recuperó y comprendió el hecho casi en seguida. Aunque el escudo permitía el paso de moléculas de aire, era probable que las retardara, y esa interferencia tenía que afectar, por fuerza, las ondas sonoras.

David no estaba preocupado por ello: dadas las circunstancias ese tono podía representar un elemento a su favor.

El escudo lo había protegido de la radiación del desintegrador. El destello no había sido detenido por completo; él lo había alcanzado a ver. Pero al menos el efecto sobre sus ojos no fue nada comparado con el efecto sobre Hennes.

Con prolija metodicidad, aunque su mente cansada ansiaba echarlo todo por la borda, inspeccionó el contenido de estantes y cajones.

El rayo de luz se detuvo por unos segundos; David desestimó varios objetos y cogió uno diminuto y metálico. Lo giró una y otra vez bajo la luz; se asemejaba a un botón. Tras acomodarlo en diversas posiciones observó con atención.

Su corazón latió con fuerza.

Era la prueba final. La prueba de la exactitud de todas sus especulaciones, tan razonables y completas, pero sólo basadas en la lógica y en ninguna otra cosa. Ahora la lógica descansaba en algo compuesto por moléculas, algo que podía ser tocado y visto.

Lo guardó en el bolsillo de su bota, junto con la máscara y las llaves que había robado a Hennes unas horas antes.

Cerró la puerta tras sí y se dirigió hacia el exterior. La cúpula comenzaba a dibujarse, gris, en la luz del alba. En pocos minutos más la luz fluorescente dejaría paso a la luz del día, que sería el último, ya fuese para los envenenadores o bien para la civilización terrestre tal como existía.

Tenía algunas horas para dormir.

La cúpula del huerto de Makian yacía en un reposo helado. Pocos horticultores podían imaginar lo que estaba ocurriendo. Que se trataba de algo serio, estaba muy claro; pero más que eso no se podía saber. Algunos rumoreaban que Makian habría incurrido en irregularidades financieras graves y que lo habían cogido, pero nadie lo creía. No podía ser porque, en ese caso, ¿para qué enviar un ejército al huerto?

Muchos individuos de rostros duros y uniformados rodeaban el Edificio Central con desintegradores de repetición al brazo. En el techo de otro de los edificios dos piezas de artillería habían sido emplazadas la noche anterior. Toda el área circundante estaba desierta. La totalidad de los horticultores, excepto los que prestaban servicios esenciales, estaba confinada en sus pabellones. Los pocos exceptuados tenían órdenes de ceñirse estrictamente a sus faenas.

A las doce y quince en punto los dos hombres que vigilaban el edificio se alejaron, dejando el lugar sin custodia. A las doce y treinta regresaron para continuar su patrulla. Uno de los artilleros del techo, más tarde, aseguró que había visto a alguien penetrando en el edificio durante ese lapso; admitió que apenas lo había visto y su descripción parecía confusa: según él, se trataba de un hombre en llamas.

Nadie le creyó.

El doctor Silvers no estaba seguro de nada. No, nada seguro. Ni siquiera sabía cómo iniciar la reunión. Miró a los cuatro hombres sentados en torno a la mesa.

Makian. Tenía cara de no haber podido dormir en una semana. Y tal vez era así, justamente. Hasta ahora no había dicho ni una sola palabra. Silvers se preguntaba si ese hombre abatido era consciente de su situación real, de su entorno.

Hennes. Llevaba gafas oscuras. Se las quitó por un momento y se vieron sus ojos, inyectados en sangre, llenos de furia. Ahora estaba sentado y farfullaba para sí palabras ininteligibles.

Benson. Silencioso y derrotado. El doctor Silvers había hablado con él durante horas, la noche anterior, y había advertido que el agrónomo veía las fallas de su investigación como un fracaso y una culpa personales. Había hablado de marcianos, de nativos

marcianos, como causantes del envenenamiento, pero Silvers, por supuesto, no se había tomado en serio la teoría.

Bigman. El único en todo el grupo que parecía feliz. Sin duda debía haber comprendido sólo una parte de la verdad de la crisis. Estaba echado atrás en su silla, lleno de evidente placer por estar a la misma mesa que la gente importante, saboreando su situación con deleite.

Y había una silla adicional que Silvers había acercado a la mesa. Allí estaba, vacía y aguardando. Nadie había insinuado, siquiera, algún comentario al respecto.

El doctor Silvers mantuvo la conversación de cualquier modo, con observaciones inconscientes, intentando cubrir su propia inseguridad. Como la silla vacía, Silvers estaba aguardando.

A las doce y dieciséis minutos se puso de pie, lentamente, los ojos fijos en la puerta de la habitación. No dijo ni una palabra. Bigman también se puso de pie y su silla cayó al suelo con estrépito. La cabeza de Hennes giró de prisa y sus manos se aferraron a la mesa con todas sus fuerzas. Benson arrojó una mirada y un gimoteo. Sólo Makian permaneció inmóvil. Luego sus ojos se alzaron para comprobar, en apariencia, la materialidad de otro elemento incomprensible en un mundo que se había tornado grande y excesivamente extraño para él.

La figura detenida en el vano de la puerta dijo:

-¡Yo soy el Ranger del Espacio!

En medio de las luces brillantes del salón el resplandor que rodeaba su cabeza resultaba un tanto mortecino, el humo que contorneaba su cuerpo parecía más denso de lo que Hennes había logrado apreciar la noche anterior.

El Ranger del Espacio se adelantó. Casi en forma automática, los hombres sentados empujaron sus sillas: en medio del claro abierto, el asiento vacío destacó su aislada soledad.

El Ranger del Espacio se sentó; su rostro era invisible detrás de la luz; tendió hacia adelante los brazos ocultos por el humo, los hizo descansar sobre la mesa, aun sin tocarla. Entre la mesa y los brazos se advertía un espacio vacío de varios milímetros.

El Ranger del Espacio anunció:

-He venido a hablar con criminales.

Fue Hennes quien quebró el silencio angustioso que siguió a esas palabras. Con la voz llena de veneno, preguntó:

-¿Te refieres a ladrones?

Su mano se alzó hasta las gafas oscuras, pero no se las quitó; le temblaban los dedos.

La voz del Ranger del Espacio era monótona, emitía lentas palabras huecas.

-Es verdad; soy un ladrón. Aquí están las llaves que he robado de tus botas. Ya no las necesito.

Como flechas de metal atravesaron la mesa hacia Hennes, que no se movió para cogerlas.

El Ranger del Espacio prosiguió:

-Pero el robo está justificado: evitará un crimen mayor. Está el crimen del capataz digno de confianza, por ejemplo, que en forma periódica se pasa las noches en Wingrad, en solitaria búsqueda de envenenadores.

La cara diminuta de Bigman se llenó de incontrolable alegría:

-Eh, Hennes, parece que se refieren a ti.

Pero Hennes sólo tenía ojos y oídos para la aparición, al otro lado de la mesa, y preguntó:

-¿Qué crimen es ése?

-El crimen de breves viajes -repuso el Ranger del Espacio- en dirección a los asteroides.

-¿Por qué? ¿Para qué?

-¿Acaso el ultimátum de los envenenadores no ha llegado de los asteroides?

-¿Me acusas de estar relacionado con el envenenamiento? Rechazo la acusación. Exijo pruebas. Es decir, si tú crees que las pruebas son necesarias. Quizá pienses que tu mascarada puede obligarme a admitir una mentira.

-¿Dónde has estado durante las dos noches previas al ultimátum?

-No responderé. Te niego el derecho de interrogarme.

-Yo responderé la pregunta por ti, entonces. La maquinaria del vasto plan de envenenamiento está situada en los asteroides, donde se han reunido los restos de las antiguas bandas de piratas. El cerebro del plan está aquí, en el huerto Makian

Makian se puso de pie, abrió la boca intentando hablar.

El Ranger del Espacio le hizo un gesto firme con su brazo humoso, invitándolo a que se sentara nuevamente, y prosiguió:

-Tú, Hennes, eres el mediador.

Ahora Hennes se quitó las gafas. Su rostro rubicundo y liso, desfigurado por los ojos rojizos, estaba firme en una expresión dura.

Por fin dijo:

-Me fastidia, Ranger del Espacio, o como sea que te llames. Esta reunión, tal como yo la entiendo, debe ser para discutir los medios que poseemos para combatir a los envenenadores. Si se ha reducido a escenario de las estúpidas acusaciones de un actor, me marcho.

Por delante de Bigman, el doctor Silvers cogió la muñeca de Hennes.

Quédese usted, por favor, Hennes. Quiero oír algo más. Nadie intentará nada contra usted sin pruebas amplias.

Hennes se liberó de la mano de Silvers y se puso de pie.

Con tono tranquilo, Bigman le dijo:

-Me encantará verte muerto de un tiro, Hennes, que es exactamente lo que ocurrirá si atraviesas esa puerta.

-Bigman dice la verdad intervino Silvers-, hay hombres armados afuera, con instrucciones de no permitir que nadie abandone el edificio sin órdenes mías.

Los puños de Hennes se abrieron y cerraron; luego el capataz declaró:

-No agregaré ni una palabra a este procedimiento ilegal. Todos aquí son testigos de que he sido detenido por la fuerza. -Volvió a tomar asiento y cruzó los brazos sobre el pecho.

El Ranger del Espacio prosiguió con su exposición:

-Y, con todo, Hennes no es más que el mediador. Es demasiado infame para ser el verdadero criminal.

Con voz apagada, Benson observó:

-Te contradices.

-Sólo en apariencia. Consideremos el crimen. Puedes aprender mucho acerca del criminal a partir de la naturaleza de sus actos. Primero: es un hecho que hasta el presente es relativamente pequeña la cantidad de gente que ha muerto. Quizá los criminales podrían haber obtenido con más rapidez lo que buscaban si hubiesen iniciado un envenenamiento en gran escala, en lugar de casos aislados durante seis meses; en todo este tiempo han corrido el riesgo de ser descubiertos sin ganar nada. ¿Qué significa esto? Parecería que el jefe de la organización duda, al tener que asesinar. Y esto no es una particularidad del carácter de Hennes. La mayor parte de la información la he obtenido de Williams, que no está presente ahora, y de él he sabido que, a partir de su llegada al huerto, Hennes ha intentado eliminarlo en distintas ocasiones.

Hennes olvidó su anterior decisión para vociferar:

-¡Mentira!

El Ranger del Espacio, sin prestar atención, continuó exponiendo su teoría:

-O sea, que Hennes no tendría inconveniente en matar. Tendremos que hallar a otra persona, un poco más suave. ¿Qué impulsaría a un individuo más suave a matar a personas que jamás ha visto y que jamás le han hecho ningún daño? Aunque el porcentaje sobre el total de la población terrestre es insignificante, el número de muertos es de varios centenares. Cincuenta de ellos han sido niños. Tal vez experimenta una fuerte ansia de riqueza y poder, que supera su blandura congénita. ¿Qué hay detrás de su ansia? Una vida de frustraciones, quizá, que lo ha conducido a un odio enfermizo hacia la humanidad como conjunto, a un deseo de mostrar a quienes lo desprecian que él, en

realidad, es un gran hombre. Buscamos a un hombre que demuestre tener un hondo complejo de inferioridad. ¿Dónde hallarlo?

Todos observaban al Ranger del Espacio con ojos atentos; todos los rostros denotaban tensión. Y algo de su antigua perspicacia brillaba ahora en las facciones de Makian. Benson estaba pensativo y Bigman había olvidado sus muecas.

El Ranger del Espacio retomó el hilo:

-Como clave, es de la mayor importancia lo ocurrido luego de la llegada de Williams al huerto. Inmediatamente todos sospecharon que sería un espía. La historia del envenenamiento de su hermana mostró con presteza su falsedad. Hennes, como ya he dicho, estaba a favor del asesinato. El jefe, con su criterio menos brutal, adoptará otro método. Intenta neutralizar al peligroso Williams, ostentando una actitud amistosa para con él y una actitud hostil para con Hennes.

»En síntesis: ¿qué sabemos acerca del jefe de los envenenadores? Es un individuo con conciencia, que se ha mostrado amistoso frente a Williams y hostil frente a Hennes. Un hombre con un complejo de inferioridad derivado de una vida de frustraciones porque es distinto, menos que un hombre, más pequeño...

Hubo un movimiento veloz. Una silla se separó con violencia de la mesa, una figura se hizo atrás a toda prisa, con un desintegrador en la mano.

-¡Por el Espacio, Bigman!

El doctor Silvers, a su vez, gritaba sin consuelo:

-¡Pero..., pero yo debía traerlo aquí como guardia personal! ¡Está armado!

Por un instante, Bigman se quedó quieto, con el desintegrador listo para disparar, observando a cada uno de los presentes con sus ojitos penetrantes.

Librodot

16

SOLUCION

La voz aguda y firme de Bigman dijo:

-No saquéis conclusiones apresuradas. Suena como si el Ranger del Espacio me estuviese describiendo a mí, pero aún no ha dicho nada.

Todos lo miraban; pero nadie habló.

Bigman dio la vuelta a su desintegrador, de pronto, lo cogió por el caño y lo arrojó a la mesa sobre cuya superficie se deslizó, ruidoso, en dirección al Ranger del Espacio.

-He dicho que no soy el hombre y aquí va mi arma como prueba.

Los dedos envueltos en humo del Ranger del Espacio se estiraron hasta el desintegrador.

-También yo digo que tú no eres el hombre

-afirmó, y el desintegrador se deslizó otra vez hacia Bigman.

El horticultor lo cogió, y tras acomodarlo en su cinturón se sentó diciendo:

-Sigue con tu explicación, Ranger del Espacio.

Este prosiguió:

Podría haber sido Bigman, pero hay muchos motivos por los que no puede haber sido. En primer término, la enemistad entre ~ y Hennes nació mucho antes de que Williams apareciese en escena.

El doctor Silvers protestó:

-Pero si el jefe hubiese pretendido estar enemistado con Hennes, bien podía no haber sido por causa de Williams. Bien podría haber habido una situación previa.

El Ranger del Espacio respondió:

-Su observación está bien planteada, doctor Silvers. Pero tenga en cuenta que el jefe, quienquiera que sea, debe tener el control de las tácticas de la pandilla. Tiene que ser capaz de hacer prevalecer su propio escrúpulo frente al asesinato ante un grupo de los que, seguramente, son los más desesperados de entre todos los individuos fuera de la ley, en todo el Sistema. Tiene una sola posibilidad para ello: lograr que el plan no pueda seguir adelante sin él. ¿Cómo? Mediante el control del abastecimiento de veneno y el método de envenenamiento. Sin duda, Bigman no podría hacer ninguna de las dos cosas.

-¿Cómo lo sabe usted? -preguntó Silvers.

-Porque Bigman no tiene los conocimientos necesarios para desarrollar y producir un nuevo veneno más virulento que cualquier otro conocido. No posee el laboratorio ni los

conocimientos botánicos y bacteriológicos. No tiene acceso a los graneros de Wingrad. Todo esto, en cambio, es aplicable a Benson.

El agrónomo, con gruesas gotas de sudor en la frente, elevó su voz en una débil protesta:

-¿Qué intentas hacer? ¿Probarme tal como has probado a Bigman ahora mismo?

-No he probado a Bigman. En ningún momento he hecho una acusación contra él -dijo el Ranger del Espacio-. Lo acuso a usted, Benson. Usted es el cerebro y jefe del plan de envenenamiento.

-No; estás loco.

-Pues no, estoy bien cuerdo. Williams sospechaba de usted y me ha transmitido su sospecha.

-No tiene motivos; he sido enteramente franco con él.

-Demasiado franco. Usted ha cometido el error de decirle que opinaba que la fuente del veneno eran bacterias marcianas que se multiplicaban en los productos del huerto. Por sus conocimientos de agronomía, usted sabe que tal cosa es imposible. La vida marciana no es de naturaleza proteínica y no puede valerse para su crecimiento de las plantas terrestres, tal como nosotros no podemos alimentarnos de rocas. De modo que usted ha dicho una mentira deliberada y esto despertó las sospechas de Williams, quien se preguntó si usted mismo no habría obtenido un cultivo de bacterias marcianas. Ese cultivo podía ser venenoso. ¿Qué opina usted?

Benson estalló en una exclamación furibunda:

-¿Pero cómo podría yo esparcir el veneno? No tiene sentido.

-Usted tiene acceso a los embarques de la producción del huerto Makian. Luego de los primeros envenenamientos ha obtenido muestras en los graneros de la ciudad. Usted ha explicado a Williams con cuánto cuidado ha reunido muestras de distintos graneros, a distintas profundidades en cada uno de ellos. Usted le ha explicado que utilizaba un arpón especial, invento suyo, para recoger las muestras.

-¿Y qué hay de malo en ello?

-Mucho. He utilizado las llaves que anoche robé a Hennes para entrar en el único sitio del huerto que siempre se conserva cerrado: su laboratorio. Allí he hallado esto. -Alzó un pequeño objeto metálico hacia la luz.

-¿Qué es eso, Ranger del Espacio? -preguntó el doctor Silvers.

-Es el colector de muestras de Benson; ajusta perfectamente en el extremo de su arpón. Vea cómo funciona.

El Ranger del Espacio presionó un diminuto botón en un lado.

-Al disparar el arpón se zafa este cierre de seguridad, así. Ahora observemos.

Librodot

Un sonido debilísimo se dejó oír. Luego de cinco segundos el sonido cesó; el extremo del colector estaba abierto, se mantuvo así durante un segundo y luego se cerró.

-Así es como funciona -exclamó Benson-, no es ningún secreto.

-No, desde luego -dijo el Ranger del Espacio con voz severa-. Usted y Hennes han discutido largamente acerca de Williams. Usted no ha tenido el valor de permitir que lo asesinaran. Por último, ha llevado su arpón para que Williams lo viera; si se traicionaba a la vista del objeto, usted ya no dudaría. Y no ocurrió, pero Hennes no quiso aguardar más. Zukis fue enviado a matarlo.

-¿Pero qué hay de malo en el colector? -insistió Benson.

-Veamos otra vez cómo funciona. Pero usted, doctor Silvers, observe qué ocurre ahora sobre el lado del colector que quedará frente a su vista.

El doctor Silvers se inclinó sobre la mesa, la mirada atenta. Bigman había desenfundado el desintegrador y vigilaba a Benson y a Hennes. Makian estaba de pie, con las mejillas encarnadas.

Una vez más el colector fue disparado, una vez más la pequeña boca se abrió. Mientras todos observaban el punto indicado, una pieza metálica se deslizó dejando a la vista una depresión que contenía una sustancia gomosa.

-De este modo -dijo el Ranger del Espacio- cada vez que Benson cogía una muestra, unos pocos granos de trigo, una fruta o una hoja de lechuga quedaban impregnados con esa goma incolora, un extracto venenoso de bacterias marcianas. Es un simple veneno, sin duda, que no es afectado por los procesos de cocimiento posteriores y que puede ir a dar a un trozo de pan, una pieza de jamón o un bote de alimento para niños. Método astuto y diabólico.

Benson aporreaba la mesa con el puño.

-¡Es mentira! Es una maldita mentira.

-Bigman -ordenó el Ranger del Espacio-, hazlo callar y no te muevas de su lado.

-Ranger del Espacio -protestó el doctor Silvers-, usted ha expuesto su explicación del caso, pero debe permitir que el hombre se defienda.

-No hay tiempo, y una prueba satisfactoria, incluso para usted, aparecerá muy pronto.

Bigman utilizó su pañuelo para amordazar a Benson. El agrónomo se resistió, por unos segundos, pero luego un golpe en su cráneo con la empuñadura del desintegrador de Bigman lo tranquilizó.

-La próxima vez -advirtió Bigman-, el golpe será más duro, y quizá lo deje malparado.

El Ranger del Espacio se puso de pie.

-Todos ustedes han sospechado, o fingido sospechar, de Bigman cuando me he referido a un hombre con complejo de inferioridad por ser pequeño. No sólo de estatura se puede ser pequeño. Bigman compensa su físico diminuto con su valentía y expresando de viva voz sus opiniones personales. Aquí, los hombres le respetan por ello. Benson, en

cambio, aquí en Marte, entre hombres de acción, se ha hallado con que se le desprecia como «horticultor de escuela», se le ignora como a un individuo débil y es mal visto por hombres a los que considera sus inferiores. Y ha sido incapaz de compensar la situación por otra vía que no fuese el asesinato más cobarde: ésta es la peor especie de pequeñez.

»Pero Benson es un enfermo mental. Obtener de él una confesión será difícil, tal vez imposible. Con todo, Hennes puede servir muy bien como fuente de conocimiento de las futuras actividades de los envenenadores. Nos dirá en qué lugar exacto de los asteroides hallaremos a sus compinches. Nos dirá dónde está escondido el veneno que estaba por utilizar esta medianoche. Podrá decirnos muchas cosas.

Hennes hizo un gesto de burla.

-Nada puedo decirte y no te lo diré. Si nos asesinas a Benson y a mí, ahora mismo, el proceso proseguirá como si estuviésemos vivos. Haz lo que te parezca mejor.

-¿Hablarás -preguntó el Ranger del Espacio- si garantizamos tu seguridad personal?

-¿Quién creerá en lo que tú garantices? -respondió Hennes-. Me reafirmaré en lo que ya he dicho. Soy inocente. Matarnos no te servirá de nada.

-Sabes bien que si te niegas a hablar, millones de hombres, mujeres y niños morirán.

Hennes se encogió de hombros.

-Está bien -dijo el Ranger del Espacio-. He sabido algo acerca de los efectos del veneno marciano elaborado por Benson. Una vez en el estómago, la absorción se produce de prisa; los nervios de los músculos del pecho se paralizan; la víctima no puede respirar. Una dolorosa estrangulación que sólo dura unos cinco minutos. Por supuesto, sólo si el veneno ha llegado al estómago.

El Ranger del Espacio, al decir las últimas palabras, extrajo de su bolsillo una diminuta píldora de cristal. Abrió el colector e introdujo la píldora hasta que una capa gomosa oscura recubrió el brillo del cristal.

-Ahora bien -dijo-, si el veneno se sitúa en la parte posterior de los labios, el proceso será distinto. Será absorbido con mayor lentitud y su efecto será gradual. Makian -interpeló de pronto-, ahí está el hombre que te ha traicionado, que ha utilizado tu huerto para organizar el envenenamiento de seres humanos y la ruina de los sindicatos de horticultores. Amárralo a la silla.

El Ranger del Espacio arrojó una varilla plástica sobre la mesa

Makian, con un grito de bestia furiosa y acorralada, se precipitó hacia Hennes. Por unos minutos la ira le devolvió algo de la fuerza de su juventud; Hennes luchó en vano contra él.

Cuando Makian se alejó, Hennes estaba amarrado a la silla, los brazos cruzados por detrás de la espalda tenían las muñecas unidas con una estrecha ligadura.

Entre jadeos roncos, Makian amenazó:

-Después que hayas hablado, tendré el placer de hacerme justicia con mis manos.

El Ranger del Espacio rodeó la mesa, aproximándose a Hennes con lentitud; entre el índice y el pulgar de su mano derecha llevaba la píldora de cristal untada de veneno. Hennes intentó huir. Al otro lado de la mesa, Benson se revolvió con desesperación, pero lo aquietó un fuerte golpe del puño de su custodia.

El Ranger del Espacio cogió el labio inferior de Hennes y al llevarlo hacia adelante, descubrió los dientes. El capataz intentó desviar la cabeza, pero los dedos del Ranger del Espacio estrecharon su presión, y se oyó un gemido de dolor.

La pelotilla de cristal cayó en el espacio entre dientes y labio.

-Supongo que transcurrirán diez minutos antes de que absorbas, a través de los tejidos de la boca, el veneno necesario para que comiences a sentir sus efectos. Si aceptas mi ofrecimiento y hablas, te quitaré la píldora y te podrás lavar la boca. Si no aceptas, el veneno actuará con lentitud. En forma gradual te será más y más difícil y penoso respirar y, por último, al cabo de una hora, morirás de muy lenta estrangulación. Y si mueres, nada habrás logrado, porque la demostración ha de ser muy didáctica para Benson y le arrancaremos la verdad a él.

Gotas pesadas de sudor bañaban las sienes y caían por las mejillas de Hennes. En el fondo de su garganta resonaron sonidos de ahogo.

El Ranger del Espacio, paciente, aguardaba.

Hennes, de pronto, gritó:

-Hablaré. Hablaré. ¡Quítamela! ¡Quítamela!

Las palabras no sonaban claras a través de sus labios encogidos, pero su decisión y el terror pánico estaban claros en cada línea de su rostro.

-¡Estupendo! Será mejor que tome usted notas, doctor Silvers.

Tres días más tarde el doctor Silvers se entrevistaba con David Starr. Había dormido poco en esos días y se encontraba cansado, pero no tanto como para no saludar a David con alegría. Bigman, que no se había apartado de Silvers en ese período, también fue efusivo en su saludo.

-Todo ha resultado bien -dijo Silvers-. Ya debe de haberse enterado usted, sin duda. Ha resultado increíblemente bien.

-Lo sé -repuso David, sonriente-. El Ranger del Espacio me lo ha dicho.

-Es decir que usted se ha visto con él.

-Hace unos minutos.

-Desapareció casi inmediatamente, días pasados. Lo he mencionado en mi informe; debía hacerlo, por supuesto. Pero me ha resultado extraño. En fin, aquí están Bigman y Makian como testigos.

-Y yo mismo.

-Sí, claro. Bien, todo se ha solucionado. Ya conocemos los almacenes en que se guardaba el veneno y hemos barrido los asteroides. Habrá un par de docenas de sentencias de muerte y el trabajo de Benson, en última instancia, será beneficioso. Sus experimentos sobre vida marciana, a su modo, son revolucionarios. Toda una serie nueva y completa de antibióticos será el resultado de sus intentos de envenenar a la Tierra y someterla. Si ese pobre tonto hubiese tenido un objetivo científico, habría terminado por ser un gran hombre. Por fortuna la confesión de Hennes lo ha detenido.

-Esa confesión -dijo David- fue cuidadosamente planeada para ello. El Ranger del Espacio minó el espíritu de Hennes a partir de la noche anterior a la reunión.

-Oh, creo que ningún ser humano tendría el valor de afrontar la posibilidad de envenenar a Hennes. Porque, ¿qué habría sucedido si Hennes hubiera resultado inocente? El peligro que corrió el Ranger del Espacio ha sido enorme.

-No, no lo hubo, porque no hubo veneno. Benson lo sabia. ¿Supone usted que Benson dejaría su colector en el laboratorio; con veneno dentro, de modo que sirviese de prueba contra él? ¿Cree usted que él guardaba veneno en lugares donde se podría hallar por accidente?

-Pero el veneno en la bolilla...

-Era gelatina normal, sin sabor. Benson sabía que se trataba de una estratagema. Por eso fue que el Ranger del Espacio no intentó sonsacarle una confesión a él. Por eso lo hizo amordazar, para impedirle que advirtiera a Hennes, que se habría dado cuenta del artilugio, de no haber mediado su pánico enceguecido.

-Oh, tendrían que arrojarme al espacio -dijo el doctor Silvers, con aire azorado.

Aún se acariciaba el mentón cuando pidió excusas y se marchó a su habitación.

David Starr preguntó a su amigo:

-¿Qué harás ahora, Bigman?

-El doctor Silvers me ha ofrecido empleo permanente en el Consejo. Pero creo que no aceptaré.

-¿Por qué no?

-Te lo diré, joven Starr. Se me ha ocurrido que iré contigo adonde tú vayas, después de esto.

-Pues no iré más que a la Tierra -dijo David.

Estaban solos, pero Bigman miró con cautela a sus espaldas antes de hablar.

-Pues supongo que irás a muchos otros lugares más..., Ranger del Espacio.

-¿Qué?

-Ranger del Espacio, si. Lo he sabido desde que te he visto entrar en medio de esa luz y ese humo. Por eso no te he tomado en cuenta cuando parecía que me acusabas de ser el envenenador.

Su rostro se cubrió con una enorme sonrisa.

-¿Sabes de qué estás hablando?

-Pues sí. No podía ver tu cara ni los detalles de tu ropa, pero llevabas botas altas y la estatura y el peso coincidían.

-Eso. Coincidencia.

-Quizá. No he logrado ver el dibujo de las botas, pero algo he podido adivinar: los colores, por ejemplo. Y tú eres el único horticultor que yo haya visto en mi vida capaz de usar nada más que blanco y negro.

David Starr echó la cabeza atrás y rió con ganas.

-Has acertado. ¿De verdad quieres acompañarme?

-Me sentiré orgulloso si me aceptas -dijo Bigman.

David tendió su mano y, tras el apretón, dijo:

-Juntos, pues, adondequiera que vayamos.

FIN